

Historias y Cuentos del Mundo Rural



Antología

1 9 9 8

Presentación



La presente antología reúne 39 de los trabajos enviados al sexto Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural, 1998, organizado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA). Fueron cientos los cuentos recibidos, y para el jurado, no fue fácil la decisión de premiar a los “mejores” en cada una de las tres categorías del certamen.

En la categoría “A” – Historias Campesinas - como se ha venido haciendo desde los inicios del Concurso, FUCOA convocó a los habitantes del mundo rural, a escribir sus historias y leyendas. La categoría “B” - Me lo contó mi abuelito” - recogió los cuentos de los niños chilenos, y fue auspiciado por el Ministerio de Educación; A través de la categoría “C” – Con ojos de Mujer-, por segundo año consecutivo, el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) auspició el certamen, y pudimos escuchar las voces de las mujeres rurales.

Queremos agradecer a todos los que participaron en el certamen; nos llegaron trabajos de todo Chile y, entre otros, se premiaron cuentos recibidos desde Putre en el Norte y tan distanciamiento al Sur, como de la Isla Cahuach; y encarecidamente agradecemos al Jurado del concurso, compuesto por:

Los escritores Tatiana Olavarría, Carlos Órdenes y Hernán Bustos quienes leyeron y premiaron los trabajos de las categorías A y C; Fueron

más de 500 los cuentos que entre ellos se dividieron.

En Floridor Pérez, escritor y profesor de literatura; Marcela Rodríguez, profesora de castellano y Josefina Muñoz, escritora y licenciada en literatura recayó la tarea de decidir a quién premiar en la Categoría “Me lo contó mi abuelito”.

A las entidades que nos auspiciaron y patrocinaron, les agradecemos por creer en la tarea de rescatar y difundir el patrimonio cultural de nuestra tierra y de fortalecer la identidad de nuestra gente.

*Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro*

Categoría "A"

Historias Campesinas



Escrito está en la piedra, en el agua y en el viento que sólo el hombre puede volver al tiempo de la libertad del aire, hoy tan enrarecido con sus atuendos de gases y humos. Mujeres y hombres como los que, sorteando puentes rotos, furias naturales, lluvias torrenciales o sequías agobiantes, buscan el silencio de la noche o la placidez de las tardes para crear cuentos y leyendas con una magia de senderos cristalinos y cielos afincados sobre la tierra...

Mujeres y hombres que cantan y cuentan las maravillas de Norte a Sur.

¡Y cómo es de asombroso ver tantas creaciones a lo largo de todo el territorio! Aún desde el rincón más apartado y anónimo surgen voces, surgen perlas, diamantes, lámparas que te iluminan hasta el alma.

Algunos parecen auténticos maestros mostrándonos una increíble geografía de verdes ensueños de cánticos y leyendas; o bien, la inmensa belleza del Norte, sus casas, sus habitantes, sus variadas y alucinantes historias. Todo esto nos entrega un enorme panorama tan pleno de colores: lunas rojas y verdes o soles azules, anaranjados, violetas: animales luminosos, caminos, trenes, aves y rumores campestres y marinos; rostros dolorosamente sembrados de cielos y amor...

Es la magia. Es el bendito afán creativo de mujeres, niños y hombres, escribiendo o cincelando con semillas puras y transparentes.

Debemos manifestar nuestro grato estupor al leer estos cuentos por tanta calidad y excelente variedad de temas. Nos encontramos con **El Profesor Rural**,

un cuento maestro a la altura de **El Vaso de Leche** de Manuel Rojas. Así también **El Viaje**, una obra de gran belleza, escrita con sencillez y una magia de insuperable maestría.

También muchos otros cuentos y testimonios de gran factura y que merecen estar en la categoría de los llamados grandes. Ojalá toda esta maravilla no se pierda para que los jóvenes de hoy y los de mañana se sientan orgullosos de sus escritores...

Debemos expresar que aquellos trabajos no seleccionados, en ningún caso desmerecen: son escritos que tienen nuestro reconocimiento y, por tanto, nuestra admiración y respeto. De ninguna manera están perdidos. Al contrario, sus autores deben continuar en su labor, puliendo y mejorando y seguir, seguir hasta tocar con sus dedos y con su alma la cima...

Después de leer todos y cada uno de los trabajos ("A" y "C") nos sentimos optimistas y alegres, porque se confirmó nuestro antiguo concepto: en Chile tenemos quizás los mejores exponentes de la literatura americana. Todo aquel que comience a caminar por esta selva de ritmos, latidos, penas, alegrías y cantos, sentirá en corazón propio ese mágico temblor que sólo saben imprimir mujeres, niños y hombres de nuestra querida tierra.

Vayan nuestras felicitaciones a la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA, del Ministerio de Agricultura por fomentar el surgimiento de nuestros valores literarios.

¡Larga vida a los nuevos escritores!

Carlos Órdenes Pincheira
Sociedad de Escritores de Chile

Primer Premio

El profesor rural

Camilo Henríquez González
Profesor y Director del Centro de Educación Integrada
de Adultos «Luis Moll Briones»
VALDIVIA, X REGIÓN

El profesor despertó sobresaltado. Un relámpago trizó la ventana y un trueno rasgó la noche. Llovía torrencialmente. Encendió un fósforo y miró su reloj. Eran las cinco menos diez. Pese a que se acostó temprano no había dormido bien. Le preocupaba no despertarse a la hora indicada para alcanzar los camiones madereros que salían a las seis de la mañana hacia «Los Riscos», localidad en que se ubica su escuela.

Temió dormirse de nuevo. Se mantuvo por media hora más pensando y escuchando el repicar de la lluvia sobre los techos de tejas de las casas del poblado. Cinco minutos más y me levanto. Es necesario llegar a tiempo.

De pronto, el corazón le dio un vuelco y un terrible sobresalto lo hizo sentarse en la cama.

— ¿Y si los camiones no salieran a causa de la lluvia? No es posible - se dijo, y empezó a



levantarse. Salió a la calle alumbrada apenas por débiles luminarias. Solo el ruido de la lluvia y un perro que aullaba a la distancia.

Llegó justo a las seis al patio en donde se guardaban los camiones. Ni un solo movimiento, ni luces en sus casas. Escuchaba su respiración agitada. Esperó tres o cuatro minutos más. Luego, se atrevió. Golpeó, primero suave y

luego con más energía, la puerta. Esperó un momento. Un hombre soñoliento limpió por dentro el vidrio de la ventana con el dorso del brazo y acercando la vela al vidrio le dijo:

— Con esta lluvia es imposible salir, profesor... los caminos se ponen intransitables con estos diluvios.

El profesor, incrédulo, lo miró un instante, le dio las gracias y se alejó. Son veinte kilómetros, se dijo. Si camino duro podría llegar a las nueve a la Escuela. Dudó un instante ante el arrecio del vendaval. Le vino a la memoria la sentencia que su maestro había grabado a fuego en su espíritu: « El deber, el maldito deber, pero siempre el deber».

Se acomodó la manta en los hombros, se afirmó el sombrero e inició la marcha. Ya no sentía preocupación. Su andar era liviano y su corazón iba dichoso: lo empujaba el deber.

Pasó las primeras calles, pasó el puente Forrahue advirtiendo que el río llevaba más agua que el día sábado cuando llegó al pueblo a realizar algunos trámites y a cortarse el pelo.

— ¡Quién iba a pensar que iba a llover tanto!

El pueblo dormía. Su andar era ágil. Cruzó frente a la medialuna, pasó la población «El Lino» y dejó atrás la ciudad. La lluvia era persistente y ráfagas de viento lo empujaban. Sentía que el agua le pasaba la manta, el vestón, la camisa. Le llegaba a la piel.

Calculó que había caminado seis a siete kilómetros. Se guareció unos instantes bajo una quila.

— ¡Mejor sería regresar al pueblo!... ¿y los alumnos?...¿y el izamiento del pabellón?...¿y las clases?... Recordó que había designado a

Juan Oyarzo para que izara la bandera, y recordó la alegría en sus ojos inocentes. ¡No puedo hacerle esto a Juancho! - pensó.

Con nuevas energías reinició la caminata. ¡Juanucho!, ¡Juanchote!, ¡Juanito!, ¡Juanote, muchacho!... repetía en su mente las variables con que nombraba al muchacho campesino, por quien sentía especial cariño.

Mientras caminaba, sorteando el barro recordó el día que doña Elisa, temerosa, llegó a la Escuela y le dijo que si podía matricular a su hijo, pues lo habían expulsado de la escuela «Las Quemadas», por rebelde, por faltar a clases y porque no aprendió a leer. No sabemos qué hacer con el niño, le dijo con ternura. Y en la casa nos ayuda tanto en los quehaceres.

El profesor pensó un momento. Se acarició la barbilla con la mano. Era viernes...

— Mándelo hoy en la tarde a la escuela para conversar con él.

— ¡Gracias! le respondió la mujer y se alejó presurosa, temiendo que el profesor cambiara su decisión.

Esa tarde, mientras ordenaba algunos materiales, observó por la ventana a un muchachito moreno, de cabellos hirsutos y de ojos vivos que se acercaba a la escuela. El profesor salió al corredor. Lo examinó un instante y vio en sus ojos pequeños el temor.

— ¿Eres Juan Oyarzo?

— ¡Sí! (Observó el cuerpo del niño temblar bajo la manta).

— Pasa, hombre... siéntate.

El niño obedeció.

— ¿Como te llaman en tu casa?

— ¡Juancho!

— Bien, Juancho. Hoy tengo mucho trabajo atrasado. ¿Quieres ayudarme un poco?

El niño pareció no entender.

— Toma estos cuadernos y colócalos en ese estante.

Juan no reaccionó de inmediato. Luego se levantó, tomó los cuadernos y los depositó en el estante.

— ¡Sácate la manta, pos muchacho! ¿Como vas a trabajar con manta?

Siempre con lentitud el niño se quitó la manta.

— Ahora recoge esas láminas y colócalas en la mesa. El niño lo hizo. Fue cumpliendo las pequeñas tareas que el profesor le encomendaba.

Luego de ordenar unos papeles y barrer la sala el profesor cerró la puerta con candado. Le regaló al niño una caluga y le dijo:

— Mañana te espero a las 9. Hasta mañana Juancho.

El rapaz temeroso no dijo nada. Echó a andar. Volvió la vista y luego emprendió una carrera veloz.

El día sábado llegó Juan de nuevo a la escuela.

— Estoy corrigiendo pruebas, le dijo el profesor. Conforme las vaya corrigiendo, tú las vas ordenando y dejándolas en el mueble blanco...

— Yo también fui campesino, le contó el profesor. Cuando entré a la escuela me costó aprender. Como no aprendía las vocales, el profesor me castigó. Por suerte ese profesor se fue y llegó otro. Con él sí que aprendí. ¿Y tu sabes las vocales, Juancho?

— ¡No!

El profesor se levantó, sacó del estante unas láminas y le dijo:

— Te voy a contar cómo el «profesor nuevo» me enseñó las vocales.

De encima de un mueble tomó una caja negra, la abrió y sacó un violín.

— ¿Conoces este instrumento?

El niño movió la cabeza negativamente...

— Es un violín.

Tras afinarlo empezó a tocar el vals «Lágrimas y sonrisas». El niño quedó maravillado. El profesor dejó de tocar y le sonrió con afecto.

«A-A-A, mi gatito mal está.

Yo no sé si sanará,

o si no se morirá... A ...»,

y le iba indicando la lámina donde está impresa la vocal junto a un gato.

«E-E-E-, me gusta mucho el café»... y le mostró la lámina.

«I-I-I-, mi sombrero perdí»... Y la O... y la U...

Luego desordenó las láminas y le dijo.

— A ver, Juancho, muéstrame la A.

El niño se la mostró correctamente.

— Ahora la I.

El pequeño dudó un instante. Pareció repetir el canto en su memoria y con decisión mostró la I.

Y luego las demás vocales.

¿Decías que no sabías las vocales?

Y por primera vez el profesor vio en su cara una tierna sonrisa.

— Ahora, observa. Esta letra es la M. Júntala

con la A. ¿Cómo dice?

Con inseguridad y como quien hace una pregunta Juan dijo lentamente: m...a.

— ¡Correcto! Escribela en este papel.

— Escribela otra vez!

— Lee como dice! (Y Juancho: ma...ma...)

— Ahora escribela en esta hoja (El niño escribió con lentitud.)

— Llévasela de regalo a tu mamá.

El niño se puso de pie y sin despedirse, en loca carrera, desapareció tras el cerro, rumbo a su casa.

La lluvia había amainado. Empezaba lentamente a clarear.

El profesor pensó que si llegaba a las siete y media a «Riachuelo» podría llegar a la hora. A medida que se acercaba, cobraba nuevas fuerzas. Ya no sorteaba el barro ni las pozas de agua. No tenía sentido. Algunos campesinos le habían prestado sacos que llevaba sobre la espalda, para que el agua no le cayera en los hombros.

Llegó a la escuela a las 9 menos 10 minutos. Se cambió zapatos y ropa seca y salió al patio. Allí estaban los niños campesinos... Y Juancho con su camisa planchada, su pelo cortado, muy recio, hosco, a cumplir con su deber.

El profesor sacó la bandera, la amarró a un mástil y la pasó a Juan. Formó a los alumnos, sacó su violín, dio el tono e inició el Himno Nacional.

¡Qué orgullo en la expresión de Juan!...

Pasaron a la sala. El profesor saludó a los alum-

nos y les dijo:

— Desde hoy contamos con otro compañero. Es Juan Oyarzo, el que izó el pabellón patrio. Será mi ayudante y deben quererlo, respetarlo.

Juan Oyarzo no fue alumno destacado en el año, pero aprendió, ayudado por el profesor. Sobre todo fue un niño feliz... muy feliz.

El día en que el profesor debió irse porque había sido trasladado a la ciudad, Juancho lo acompañó.

Caminaron un largo trecho sin hablar... A veces no es necesario hablar para comunicarse con personas de alma pura, infantil.

Al llegar al pie de un viejo roble el niño se detuvo.

— Maestro, hasta aquí lo acompaño. El profesor se estremeció. Era primera vez que lo llamaban «maestro».

Se miraron largo rato. Luego el profesor estrechó la mano ruda del niño.

— Pórtate bien muchacho! - le dijo.

El profesor se dio media vuelta y con una maleta en una mano y el violín en la otra se perdió en la distancia, sin volver la vista.

Juancho lo vio por última vez, borrada un tanto la imagen, tras sus lágrimas llenitas de sol del mediodía.

Segundo Premio

Panteonero

Oscar Olavarria Sanhueza
Técnico Agrícola
LAMPA, REGION METROPOLITANA

Fue expulsado en varias oportunidades de la sala donde se efectuaba el velorio de don Quintín Farías Chaparro, que en vida sus amigos llamaban cariñosamente «'On Quinta».

El señor cura no aceptaba que hubiese animales en el velatorio.

Salía de la sala pero miraba a la gente con sus ojos negros, profundos, en una muda interrogación: ¿Por qué no lo dejaban estar junto a su amo a quien siempre había acompañado..?

El no sabía lo que era la muerte; sólo apreció que su anciano amo, de quien nunca se separaba, no lo acarició más. Su mano se deslizó a un costado del sillón de mimbre y quedó yerta. Pese a sus lamidos, no le respondió.

Con sus ladridos alertó a la gente de la casa, la que lo trasladó a la cama. Llamaron al médi-



co, pero ya era tarde; su viejo corazón se había cansado de latir.

«Mota» era joven; tipo terrier, descendiente de algún perro que en épocas pretéritas tuvo su pedigrí. Pero de los escarceos amorosos de sus nobles progenitores con hembras plebeyas, nació él; rústico individuo de pelo en motas de color gris claro; de tamaño regular, cola corta,

una oreja levantada y la otra sobre el ojo, cual sombrero de malevo.

Era lo que la gente denomina vulgarmente un «quiltro», pero con la gracia y picardía de los perros criollos; acompañante inseparable del huaso «'On Quinta».

«Mota» era hijo de «Chispa», que también fue propiedad de don Quintín, muerto por una yegua, de una soberbia coz. Él, casi un cachorro, asumió las funciones de su padre; iba al potrero y arrea, al atardecer, todos los animales del corral.

Don Quintín le había enseñado a viajar al anca de su yegua la «Primorosa», y aunque al principio se puso algo nerviosa, terminó por aceptarlo, naciendo entre ellos una gran amistad.

Cuando don Quintín necesitaba a la «Primorosa», Mota la traía desde el potrero; ya no la arrea, ella lo seguía.

A 'On Quinta le gustaba «correr en vaca». Era un huaso corralero.

Había enseñado a Mota varios trucos: traer un animal de la rienda; hacerse el muerto; recoger cosas; incluso traerle su sombrero.

Él amaba a su amo que era un hombre noble y bueno, cariñoso con los animales; pero había algo que le decía que lo había perdido para siempre.

Es cierto que en la casa lo trataban bien, pero no era lo mismo.

Trató en varias oportunidades de llegar hasta él, pero siempre fue expulsado. Tanto insistió que hubieron de amarrarlo con una cadena.

Esa noche fue la más triste de su existencia. Sus aullidos lastimeros daban fe de su sufri-

miento.

Extrañaba a su amo; añoraba el dormir en la alfombra junto a su cama; su voz cariñosa y la suave caricia de sus temblorosas manos.

Nunca había usado collar y hoy se encontraba encadenado. Sus ojos negros profundos clavados en el suelo, su cuello doblado y cola caída, eran la viva imagen de la desolación.

Le llevaron agua y comida; bebió algunos sorbos del líquido, pero no probó la comida. No tenía ganas de comer; solo quería ver a su amo.

Al día siguiente notó un gran movimiento en el fundo. En el corral escuchó relinchar a la «Primorosa» respondiéndole con fuertes ladridos.

Se hizo a la idea de que su amo iba a salir al campo. Pero ¿por qué no lo soltaban a él para acompañarlo..?

Luchó desesperadamente con la cadena; saltó, se retorció en el aire, tiró, pero la amarra era muy fuerte. Su cuello ensangrentado daba fe de ello. Cayó agotado. Después de unos minutos reanudó la lucha; el pequeño perro, con un corazón más grande que el de un león no se daba por vencido. Su tenacidad tuvo premio; se rompió el mosquetón y Mota quedó en libertad.

Corrió al corral. La cabalgata ya se había plegado al cortejo. El Club de Huasos en pleno acompañaba hasta su última morada a don Quintín.

Buscó a la «Primorosa». Interrumpió sus alegres ladridos al ver que era uno de los sobrinos de su amo el que la montaba. Nunca, nadie, hubiese osado ensillarla y cabalgar en ella. Algo raro sucedía. No obstante, de acuerdo a su costumbre, marchó a su lado.

Sintió que debía buscar a su amo. Adelantó la cabalgata hasta llegar a la carroza; comprendió que él iba allí.

Ocupó en su marcha, el espacio que respetuosamente conservaban entre el carro mortuorio y el cortejo.

A la gente, al avanzar el funeral por las calles, les llamaba la atención el perrillo que iba en primera fila acompañando al difunto; pero la huasería sabía que Mota había sido el compañero inseparable de don Quintín, y lo dejaron seguir.

Llegaron al camposanto y él se apartó refugiándose entre las tumbas cercanas. Desde allí vio como bajaban el féretro, lo depositaban en la excavación y lo tapaban con tierra.

La gente permaneció orando y conversando algunas horas en el cementerio; luego, una a una, se retiraron del lugar.

La tumba y sus coronas quedaron solitarias; el viento sopló dando vida a las flores que se agitaron a su impulso, y una tenue, aunque persistente llovizna, empapó el ambiente.

Mota salió de su refugio y se echó sobre la tumba donde descansaba su amo.

Al día siguiente, la mujer encargada de la mantención de las sepulturas, lo encontró gimiendo sobre esa tumba recién cavada. Le llamó pero el perro no se movió de su lugar. Al verlo tan triste, y conmovida con sus gemidos, le llevó un poco de leche, que Mota lamió con desgano.

Pasaron varios días y el perro permanecía junto a la tumba del ser que tanto amó.

La mujer, al conocer la historia del pequeño y simpático perrito - a quien compasivamente

había alimentado -, no pudo contener sus lágrimas de emoción.

La lealtad del pobre animal, había traspasado las barreras de la muerte.

Hoy, el pequeño Mota es querido por todos los que conocen su historia, principalmente la gente que trabaja en el cementerio.

Lo han bautizado con el nombre de «Panteonero» ya que desde la tumba que resguarda, ubicada en la loma del cerro, cuando ve aproximarse un cortejo, corre y lo acompaña hasta que el difunto es sepultado.

Ahora, únicamente obedece al nombre que tan acertadamente le pusieron en el camposanto.

A muchos visitantes les extraña ver sobre la tumba del que en vida se llamó Quintín Farías, una pequeña casa para perros, dejada allí por los cuidadores en un rasgo de caridad, ya que, desde hace varios años, sea invierno o verano, Panteonero acompaña y acompañará hasta su muerte a su querido amo.

Y, cosa curiosa, dicen que por las noches se escuchan los alegres ladridos del pequeño perro, entreverados con risas cascadas - propias de un anciano -, como si alguien se divirtiera jugando con Panteonero.

La curiosidad entre la gente que trabaja en el camposanto es mucha, pero hasta ahora nadie se ha atrevido a ver de qué se trata.

Tercer Premio

La Pampa de las perdices

Senén Durán Gutiérrez
Monitor de turismo e Investigador histórico de la I Región.
IQUIQUE, I REGION

Transcurrían los últimos lustros de lo que fue el desarrollo del Incaio en la zona de Tara Pacana (Tarapacá) cuando irrumpe en forma violenta la conquista por parte del europeo enardecido por la fiebre del oro; hubo avasallamiento de la población originaria, ocupación forzada de territorios y, en algunas ocasiones, conquistas amorosas de *ñustas* (princesas), herederas de tierras y ganados, que no fueron otra cosa que interesados enlaces morganáticos entre extranjeros plebeyos y mujeres de la nobleza local y así poder tener éstos acceso autorizado a la propiedad de los bienes de los antiguos caciques, cuantiosos tesoros acumulados durante generaciones de jefaturas autóctonas. También se dio el caso que tras algún invasor hubiera una conquistadora de ese corazón.

Don Francisco, oriundo del pueblo de Oñez en la provincia de Burgos de la meseta castellana, tras atravesar el Charco (Océano Atlántico),



alcanza Panamá a la corta edad de dieciocho años, desempeñándose de escudero del ya veterano descubridor don Ernesto de Jerez; años después lo tenemos asentado en los parajes del *tamarugo* y su caleta más importante: la aguada de Ike Ike. Cabalgando en su pingo alazán da sus primeros trancos en estas tierras increíblemente ricas en minerales preciosos, oficiando de cateador minero, infatigable coleccio-

nista de horizontes y senderos. Había aprendido el arte de leer la epidermis terrestre para ubicar las más ricas vetas de oro, plata, cobre y fierro, era el experto imprescindible en todas las empresas de búsqueda de minas de oro que era lo que más interesaba. Explorada ya la cordillera marítima, los próximos cateos se dirigían al macizo andino.

Feliz existía la cordillera tarapaqueña, con sus cumbres dispensadoras de agua, sus bofedales y hielos perpetuos, sus vicuñas, llamas y alpacas y con los hombres y mujeres que cuidaban de la naturaleza; quienes más dicha disfrutaban eran los padres y familiares de la última de las *ñustas* de Tara Pakana: Huantajaya, doncella de estampa tan límpida como la flor de cactus, suspiro apasionado de la arcilla serrana, la gentil *ñusta* era la flor silvestre que recién abre su capullo a la primavera de su vida; graciosa y hermosa, derrochaba efluvios de moza virgen; hija predilecta de la cordillera y adorno del valle. Regaló su alegría a los montes, praderas, ganado y humanos al compartir la ventura de ser parte del soberbio paisaje y esta verdad la vive con intensidad *aymara*. Retozó su niñez junto a vizcachas, cóndores, *guallatas* y *tarucas*; se crió aspirando el montañés aroma del *tolar* y la *chachacoma*, recogiendo la menuda flor de la *yareta* y la delicada corteza de la *queñua*; pateó sus rebaños entre crespones de *ichu*. Los rojos pétalos de sus labios sonreían a la Tierra Madre y a su Inti Padre. En la nubilidad de su vida cubría su esbelta y estatuaria belleza con un pulcro *akzu* tejido en suave lana de vicuña andina; su espesa cabellera de brillante color de azabache, enmarcaba el más bello rostro juvenil de mujer cobriza de la montaña; su voz modulada en acento poético pulsado en musical regalaba al oído el antiguo mensaje de la greda madre que amamantó a *tiwanakus* y cuzqueños. Feliz vivían Huantajaya y los suyos en su cordillera origen, cuando cascos he-

rrados de extraños animales pisotearon el *champlal* milenario junto a los corrales de laja y las casas de piedra.

Habían llegado los *kharas*, cubiertos de una piel blanca que recuerda la muerte y además barbados, con un raro pelo amarillo y grandes ojos, trayendo el fierro que vomita pólvora y presenta filos, acompañados de perros de presa y pestes desconocidas. Junto a ellos cabalgaba un anciano de oscuro hábito armado de un libro y dos maderos cruzados. Arribaban los saqueadores del oro ceremonial *aymara* depositado en cementerios, templos andinos, viviendas de principales y *tampus* (fortalezas). Las *huacas* fueron vaciadas de todo brillo aurífero. Entre los invasores llegó a las regiones de la puna, don Francisco de Oñez. El castellano de Oñez, frente a Huantajaya, vio la luz de un relámpago y se le apagaron los ruidos circundantes. Era el certero flechazo del amor que le hizo tambalear y ver a la *ñusta* como a un luminoso ser superior; sucumbió el blanco ante la morena belleza de la postrera *ñusta* de Tara Pakana; apasionado le declaró su amor; una lunación después, la ruborosa Huantajaya aceptó la encendida proposición de su enamorado. Se iniciaron los preparativos para los esponsales a la usanza *aymara*, sin pasar por la experiencia del Sirviñacu. El dueño de los secretos de los dormideros del oro prometió llevarla como su princesa y señora esposa al Ike Ike de las gaviotas y *garumas*, frente al mar de las jibias y albacoras. En Chiapamarca se llevarían a efecto los ceremoniales de la unión del mancebo blanco con la sobrina regalona del poderoso Tuscasanga, señor de Tara Pakana. A la celebración del matrimonio asistieron todos los *sicuris* de los pueblos *aymaras* engastados en el altiplano, los *lacas* y *lichiguayos* de los valles y quebradas; las *tarkas* desgranaron sus notas en fastuosas *tarkeadas*; el sonar de los *pututos* retumbó en las paredes de los cerros; cada *marka* envió a su cacique con nu-

meroso acompañamiento llevando el presente de cada *ayllu*. Todos fueron agasajados, durante los quince días que duraron los festejos, con *guatías*, *pissara*, *mucunas*, *savinta*, *panigo*, paltas, tunillas, coco, chicha de maíz, chicha de algarrobo, tostado de maíz, *lagua*, *locoto* con *guacatay*. El matrimonio de Huantajaya convierte a Francisco de Oñez en amo, dueño y señor de Sipiza, Hancoña, Aruma, Puchuldiza, Chusmiza, Chismiza, Sacsagane, Ullumaya, Jasilga, Chiappa, Jaiña y Jachura. En la formalidad externa, Huantajaya aceptó ser bautizada en la nueva religión, importada desde el viejo mundo, más, en lo íntimo de su corazón *aymara*, jamás abandonó a sus dioses tutelares, potencias superiores de Pachacamac, Wiracocha, Inti, Pacha Mama, Mama Cocha, Uiwiris, Mallkus y Achachilas, heredados de sus ancestros en diez mil años de generaciones. La sólida raíz de «las costumbres» pasó a ser su culto clandestino. Así lo hizo para evitar ser pasto de las hogueras de los tribunales del Santo Oficio, pavorosa creación de la época, recién llegada al «universo aymara», la vengativa Inquisición ejerció autos de fe que iluminaron, con el resplandor de sus *poras* humanas, el amanecer de los calvarios mientras avanzaba la evangelización en los territorios de Tarapacá. El celo de los misioneros, soldados de la cruz, encubría un ansia implacable de riqueza pronta y fácil.

Don Francisco de Oñez viajó con su esposa, Princesa de Huantajaya, El camino de los incas los vio pasar en busca de la costa; de Jachura se fueron a Llauquiña, atravesando Pampa Iluga, pasaron por Unita, llegaron al Tampu de Mapocho situado al occidente de la Pampa Huara, desde ahí se descolgaron a Ike Ike. Quedaron atrás las *apachitas* que atesoran ofrendas de piedras, hojas de coca y lanas teñidas dejadas por la *imilla* Huantajaya que por ese sitio pasó. En el recuerdo se cobijó el eco del madrugador cantar del *pucu-pucu* y el

cuculí, el inquieto vuelo de las *quiulas* y el pausado planear de las rosadas *parinas*; en el pasado anidaron los amaneceres sobre hielos y nieves eternas y carbones encendidos en gloriosa floración. Mudos se fueron quedando los instrumentos musicales que acompañaron las danzas sagradas y las festividades de la comunidad. Se alejaron el *llactar* y el *pautar* mientras, en la coronación del Andes, seguían bramando las obras de la naturaleza: el Iroputungo, el Isluga y el Guallatiri. Lágrimas de abandono humedecieron el rostro seco de *amautas*, *yatiris*, *kallawuayas*, caciques, *aravicus* y abuelos emponchados allá en las praderas altiplánicas, al ver que las *utas* quedaban vacías porque se iniciaba el éxodo de la sangre joven de sus pueblos rumbo al cautiverio del amor y lo material en la ribera del pacífico Mar del Sur, mientras seguía meciéndose la flor del *zaramaíz* en la cordillera. La luz del airampo volvió a despertar en otra realidad de otros *tatalillos* de otro día; había llegado la época en que la antigua cantuta se negó a florecer. Se había acabado el tiempo de la *aymaridad* pura, empezaba el mestizaje en tiempo occidental. La enigmática e inmortal Isluga, construida de alabastro, piedra, cal, roja tierra altiplánica y cardón, que realza la brutal belleza del Andes, pregonando el pensamiento *aymara* en ese inmenso escenario en que se respira un aliento de eternidad, siguió venciendo la *huaira* de los siglos y la agresión de fanatismos foráneos incapaces de aceptar la realidad originaria. Las mareas de Ike Ike enviaron ardencias, medusas y noctilucas en el traje de las olas y la danza de las aguas, en una fiesta para la vista y los oídos, para saludar a su amada *ñusta* convertida en princesa y enviada al exilio de la costa por su amor a un hombre de ultramar que trajo otro idioma y otra filosofía de vivir.

Oñez y Huantajaya recorrían cerros y pampas, extasiándose ante la belleza de la luz solar que va creando infinitos matices que superan todas las fantasías, cuando la nueva casada acusa sín-

tomas de gravidez y el buscador de vetas auríferas debe continuar solo por los mil derroteros del desierto perfumado de yodo nativo y translúcido de espejismos.

En su especial servicio de cateador, intérprete de los secretos mineralógicos de cerros y hondonadas, arraigando huellas y despertando ruidos va el castellano entre el cercano cielo y la inmediata tierra, bañada en sol, en viento, en luna y frío. Su vida de catador caminante ha superado muchas jornadas. Cuando la cordillera dio a luz un nuevo día que sonriente penetró en el desierto ungiéndolo de calor y de vida, sus báculos de luz vaciaron de sombras los valles y holladas, las faldas de los cerros volvieron a brillar de alegría y generosos ofrecieron sus tesoros acunados en la milenaria piedra. Fue allí que la adiestrada pupila del minero descubrió el filón tan buscado, una riquísima mina de oro que entrega el metal en forma de clavos; don Francisco demarcó su hallazgo con hitos de piedra y costras de sal y caminó en busca de la costa nuevamente para dar la buena nueva a sus hermanos de raza, y es aquí donde empieza la odisea: Oñez extravió el derrotero, se perdió, no encontró el camino de regreso a la ciudadela empalizada de Nuestra Señora de la Concepción de Ike Ike. Los vientos y las *camanchacas* habían borrado las huellas que habían marcado sus pies y que habían dejado las patas de su cabalgadura; vagó sin rumbo por varios días, sin alimentos, sin agua, y sin bestia porque ésta, a los ocho días era caballo muerto. En una ilimitada pampa situada en medio de la cordillera marítima y que él siempre presintió, se encontraba frente a la costa de Ike Ike. Veintidós días deambuló empampado y muchas veces sobre sus pasos don Francisco de Oñez, cuando halló nuevamente la senda que lo llevó a encontrarse con sus connacionales. Consultado por sus compañeros, de cómo había logrado sobrevivir tantos días en el desierto, él les explicó lo que le

había pasado: les contó que durante su permanencia en los arenales de la pampa, tras haber soportado hambre, frío, calor, cansancio, sueño, sed y miedo, se había alimentado de huevos de perdices, de muchos nidos que encontró en esa dilatada pampa; en la aldea junto al mar, nadie creyó su relato, dijéronse que, «el sol le ha recalentado los sesos y no sabe lo que dice»; además, como era un ferviente seguidor de Baco, tomaron el caso a la broma, ¿Qué oro? ¿Qué perdices?

Fueron sucediéndose los días; la vida de Oñez volvió a la normalidad junto a su esposa Huantajaya y su pequeña hija; pasaron las semanas frente a la rada de Ike Ike; don Francisco empezó a añorar el oro claveteado dejado en la pampa de los nidos de perdices, quiso interesar a alguno de sus paisanos para ir a rescatar el filón maravilloso; no quisieron escucharlo; no confiaron en él. Confundido don Francisco dijo para sí: ¡Qué insensatos son!... Iré solo en pos del derrotero...

En un majestuoso amanecer el blanco barbado se despidió de su hermosa esposa morena de ojos almendrados, la princesa Huantajaya y de su tierna hija mestiza de un año de edad, y se fue esta vez caminando, solo, sin cabalgadura, rumbo al Este por el sendero de la Quebrada de Huantaca. Desde lo alto del barranco, quinientas varas, oteó la inclinada planicie en un paisaje sereno junto al mar; su vista tropezó con el caserío de blancos y en él sus ojos localizaron y abrazaron su hogar, desde el cual su joven y amante esposa escrutaba, con ojos de enamorada, el horizonte de cerros; con brusco movimiento de cabeza despabiló las ideas y tomando la espalda caminó y siguió caminando todo ese día y parte de la noche hasta que, extenuado, lo alcanzó la fría *camanchaca* que lo cubrió con su manto perlescente, fenómeno que amortajó los cerros, pampas, colinas y hondonadas. Esa misma niebla le raptó el camino

haciéndolo perderse en la inmensidad de ese océano de arenas saladas. Se extravió don Francisco de Oñez, pero siempre siguió buscando el camino del oro o el de su regreso a Ike Ike, por un tiempo que le empezó a parecer la eternidad. Los compañeros de Francisco fueron a explorar el desierto en busca de su amigo y socio minero que jamás retornó. Llevaban también la esperanza cierta de hallar la rica mina de oro en clavos de la Pampa de las Perdices, llanura ondulada que así se empezó a llamar, revisaron cada palmo de los laberintos pampinos, no fue encontrado ni su cuerpo ni el yacimiento quimérico del cual iba creciendo la fama de su extraordinaria ley y abundancia. Posteriores buscadores de oro, riquezas y tesoros siguen hasta hoy tras el derrotero de la esquiva mina perdida entre los pliegues de la Cordillera de la Costa y de la Pampa de las Perdices. La princesa Huantajaya sintió el supremo deseo de encontrar a su Francisco, por lo que, tomando a su *imilla* en brazos, se fugó del fuerte de Ike Ike al amanecer de una ruidosa y extraña braveza de mar que azotaba la costa despedazando las rocas y lanzando sus restos a lo alto de la playa. Escalando el abrupto cerro llegó al borde del precipicio; desde allí disfrutó la vista espectacular de un mar proceloso agitándose espumante contra una costa desértica, rica en vertientes de agua dulce. Borneando su emplumado sombrero se despidió del pueblo costero y caminó hacia el oriente en busca de la Pampa de las Perdices en la que, supuso, podría encontrar a su esposo; el magnetismo del desierto la empampó; sin proponérselo fue deambulando por el mundo de montañas diferentes; varias veces llegó al bosque de tamarugos y algarrobos para regresar a la serranía costera; su tez platinada de fatigas, brillante de privaciones, pregonaba el esfuerzo del progresar lento en las amplitudes desérticas; agobiada del mucho andar y del escaso comer, confió el cuidado de su hija Huantajayita a una tía suya, Elynna, anciana *aymara* refugiada en

lo más denso del tamarugal cuya floresta era poblada por guanacos, zorros y huemules; Huantajaya dejó a su *imillita* uno de sus aretes de oro con incrustaciones de turquesa y lapislázuli y además, un collar de malaquita y nácar; prosiguió la búsqueda de su Oñez amado por días que formaron meses. Sus pies llagados calzando *uzutas* de pieles la llevaron por todos los derroteros entre el tajo de Tliviche y el cañón del Río Loa. Durante el día la acompañaron los remolinos hirvientes de *chuca* que diligentes peinan las pampas y cerros con sus columnas de variadas tonalidades de ocres y sus ruidos de sombras; en los atardeceres, el viento ejecutaba una cascada de silbidos. Las auroras se trocaban en crepúsculos durante la incesante búsqueda del esposo perdido y continuaba en las noches fecundas de luz astral sobre la amada tierra que encendía su crujierte sinfonía bajo el paso de su andar sobre costales, *chuscales* y pedregales. Las onduladas pampas y los centelleantes salares, los mantos de caliche, mármol y bórax; el cuerpo de piedras, arcillas, arenas y aguas de todo el tamarugal, bajo su liviano paso aprendieron a temblar y siguen estremeciéndose hasta el día de hoy en el recio secadal. Agotada Huantajaya, cansados sus ojos, imploró ayuda al recuerdo de su esposo. El espíritu de Francisco de Oñez, en un gesto de amor extremo la rescató del desierto, llevándose el alma de Huantajaya, dejando su carne sobre el suelo mineral; un raudó pájaro añil batió el frufrú de sus alas, cual fugaz saeta emplumada en azul. Línea de brillos iridiscentes dejó su vuelo al cruzar el transparente espacio, orientado al corazón del verde tamarugal; el ave color de cielo tomasolado posose cercana a Huantajayita y desde entonces la empezó a escoltar; siempre se les vio juntas a la niña y su hermana golondrina, libres como el viento en el soto bosque de los llanos de Tara Pakana. La floresta, los animales, las aves y las cascadas enmudecieron; el murmullo de los ríos se apagó, los lagos aque-

taron sus aguas, los salares dejaron de brillar, el arco iris agitó los vientos que en toda Tara Pakana se pusieron a ulular; la última de sus *ñustas* acababa de regresar a la serenidad de su naturaleza original. Durante el breve periodo del desierto florido, su cuerpo enjuto, naturalmente momificado, fue encontrado un año después por los mineros de Ike Ike, quienes le dieron cristiana sepultura señalada por una cruz de maderos de algarrobo, que aún se conserva. Donde reposaron los restos mortales de la última *ñusta* de Tara Pakana empezaron a llegar para hacer sus nidos las gaviotas de la costa iquiqueña. En ese lugar se encontró una grandiosa veta de plata pura que entregó el metal en forma de generosos bolones que los mineros llamaron papas. También se rescataron esplendorosos roscileres que adornaron mansiones de enriquecidos criollos de Tarapacá y Arequipa y palacios de príncipes en la Europa absolutista del S. XVIII. A este yacimiento de plata nativa se le dio el nombre de Huantajaya. Los mantos brillantes del mineral de Huantajaya generaron poderosas fortunas, entre ellas las de Lucas Martínez Begazo y también la de José Basilisco de la Fuente y Aro. La actividad industrial de estos mineros de Huantajaya cambió el curso de la historia tarapaqueña y sus consecuencias han marcado el pasado y el presente del territorio y de Iquique. Del cuerpo de Francisco de Oñez, la pampa trágica y materna esconde el secreto de su paradero; pero su espectro vagabundo sale a viajar a la dimensión de los vivos por noches de pedregales, *chuscales* y salares de la Pampa de las Perdices, en eterna peregrinación; su aparición transparente es el habitante de esa pampa cubierta de arenas amarillas, ocre y magentas. El espíritu de Oñez camina sin dejar huellas, observando la lluvia de aerolitos sobre el suelo tarapaqueño; el fulgor de los relámpagos, allá lejos, sobre la cordillera andina, cuna de Huantajaya, ilumina a este fantasma que nos visita desde el siglo XVI. En noches de luna

en la Pampa de las Perdices, si usted se lo propone, podrá encontrar, ver y dialogar con don Francisco de Oñez, que se presenta rodeado de un aura ocre y brumosa; si no logra verlo en esa noche pampina, con seguridad él se encontrará con usted.

Menciones Honrosas

Los Wenuah

Juan Bautista Levio Chicahual
Profesor de Educación Básica
TEMUCO, IX REGIÓN



Hace mucho, muchísimos años atrás llegaron los *wenuah* a nuestra región, contaba mi abuela materna.

Cuando recién llegaron los *wenuah*, los mapuches se preguntaban qué son éstos ¿extraterrestres o son visiones? Entonces el mayor de los *wenuah* dijo:

— No soy extraterrestre ni visión hermano: soy ser humano, tengo sabiduría, tengo temas que conversar, me agrada tener amigos. Vengo del otro lado de la cordillera y me gustó el lugar que ustedes habitan. Por este motivo hermanos todos me tienen que asignar un lugar para construir mi *ruka*; seremos amigos, me van a tener que ayudar hermanos, yo también ayudaré en lo que sea no estaré ausente. Estas fueron las palabras del *wenuah* más anciano.

— Está bien lo que has dicho hermano, lugar tendrás para construir tu *ruka*, seremos amigos y te vamos a ayudar, fue la respuesta que el *wenuah* recibió de inmediato. Se puso a bailotear de contento.

Los *wenuah* tenían las siguientes características: orejas de liebre, caminaban en dos patas, sabían hablar en mapuche, hacían discursos,

cantaban, hacían adivinanzas y contaban cuentos.

Los *wenuah* mujeres tejían, hablaban y sabían teñir la lana.

Los *wenuah* hombres jugaban al *palin* y jugaban al *awarkuzen*. Manejaban muy bien los instrumentos musicales: la *xuxuk*, el *xompe*, el *fojkiñ*, la *pifvjka*, el *kulxug*, la *kaskawija* y la *waza*.

Cierta vez un *wenuah* fue a la *ruka* vecina a conseguir una fuente de harina cruda. Entró distraído, entonces salieron ladrando cuatro enormes perros, entonces sintió miedo, salió corriendo y para correr más rápido empleó las cuatro patas, por eso los perros quedaron atrás. Cuando llegó a su *ruka* llegó caminando en cuatro patas y muy asustado. Entonces la familia le preguntó por qué caminaba así. No respondió. De inmediato todos se asustaron y todos caminaban en cuatro patas y se enmudecieron todos.

Así se transformaron los *wenuah* en liebres, contaba mi abuela.

Este es el fin del cuento.

El mestizo Juanito

Juan Catalán Portales
Obrero campesino

TIERRA DEL FUEGO, XII REGIÓN



En la rancha de Juan y su compañera Luisa, una joven nativa del lugar y sus cinco hijos; Rosa, Víctor, José, Belisario y Juanito, el bebé de tan solo casi 2 meses de edad, vivían un día como tantos otros, con la calma de siempre, desde que se afincaran en el lugar donde la paz es interrumpida, a veces, solo por el trinar de alguna bandada de avecillas, o lo más severo, el constante martillar de un pájaro carpintero picoteando un árbol en busca de su alimentación, las lombrices. Es por eso, que aquel 17 de diciembre de 1949, el comenzar a moverse los objetos dentro de la rancha, causa sorpresa desde un principio, lo que luego se transforma en pánico y terror por los fuertes sacudones del suelo con un infernal ruido de árboles destruyéndose unos con otros. Era un terremoto.

En medio de toda esta confusión donde cada cual intenta escapar a un lugar más seguro como salvación, alguien grita -¡y Juanito!-. Todos a la vez se dan cuenta de que la guagua ha quedado dentro de la Rancha, que ya comienza a destruirse por los efectos del sismo. Mamá Luisa logra rescatar a Juanito del cajón que le ha servido de cuna desde que nació. Este episodio quizás sea el presagio del triste caminar por la vida del mestizo Juanito.

Siete años después el papá Juan y familia se

disponen a abandonar el lugar denominado Chorrillo de Plomo, ubicado en la isla Riesco, sector Ottwey, donde Juan se desempeña como contratista maderero con alguna persona a su cargo para la tala de árboles convertirlas en vigas y, luego, entregarlas al aserradero «Alonso», único establecimiento elaborador de madera del lugar, propiedad del señor Alonso Acuña, de quien deriva su nombre, persona que le ha tomado una gran estima a su colaborador llegándolo a apreciar como a un amigo por su responsabilidad en el trabajo. Es por eso que al saber la decisión de Juan, intenta por diversos medios retenerlo, no logrando este objetivo. Como prueba de aquella amistad ofrece brindarle la posibilidad de una educación al ahora niño Juanito.

Llega el momento del traslado, esta vez, es el último rincón del seno Skiring, un lugar inhóspito, donde se llega solo a través del mar, es esta la manera como llega Juan y su familia. Ubicados en lugares de radicación comienzan la construcción de una nueva rancha, en un sector aún más solitario que el anterior, donde aún sus bosques y montañas son vírgenes, en donde aún, permanecen algunas familias indígenas *kawashkar* y paso obligado de otras tantas, por ser este lugar seguro y protegido, lejos de aquella mano tan discriminatoria llamada,

civilización. La labor de Juan, es la tala del ciprés, contrato firmado con el aserradero «Las Coles», establecimiento del sector Río Verde, propiedad de los señores Montes, quienes ponen a disposición un remolcador, para el traslado de esta producción de maderas.

Llega el día en que el niño Juanito sin saberlo, se ve enfrentado a otra realidad, jamás imaginada en sus diversos aspectos. Arrancado de su suelo originario, conducido a la ciudad de Punta Arenas, donde vive la persona, que ha heredado la responsabilidad, por petición de su padre antes de fallecer de brindarle educación al niño Juanito. Desde este punto destinado a la Escuela Hogar N° 48 de Agua Fresca, establecimiento donde sin saberlo se encuentra con un hermano de raza *kawashkar*.

Desde la pasada por Punta Arenas, Juanito ya comienza a ver un mundo de diferencias, antes de llegar a este colegio, jamás supo de su calidad de indígena. Aquí lo supo de la forma más incorrecta, con las palabras menos adecuadas y por la persona menos indicada, el señor Soto, director del colegio, quien ante una maldad de niño ignorante reacciona con ira y en forma humillante grita -¡Indio de mierda!-

Tampoco entiende Juanito por qué los niños se peleaban unos a otros, algo no ocurrido entre los suyos y mucho menos entiende el porqué de los castigos tan severos del profesor Sánchez, que van desde patadas y golpes de puño, en casos individuales y en lo colectivo, largas horas formadas en el pasillo de la escuela o trotar frente al colegio y para hacer ésto más severo en la arena a orillas del mar donde más de un niño se desvanece por el cansancio. Por no haber llegado a una edad apropiada para la enseñanza básica se comienzan los preparativos para el traslado a otro colegio, después de tres años de permanencia en esta escuela, período en que es visitado una sola vez por quien se ha

hecho cargo de sus estudios, llevando como regalo sólo unas frutas.

Después de un previo examen Juanito es aceptado en la Escuela Industrial de Punta Arenas, donde de nuevo es alumno interno. Este cambio significa un constante vivir de humillaciones al saberse su condición de indígena por ser un colegio ya no de niños, sino de jóvenes. Se suma a esto la precaria condición de vida, donde no existe una cama adecuada sin su respectiva sábana, con un colchón deteriorado que con el tiempo se destruye, con un escaso vestuario y si lo hay, tampoco es el adecuado, por ser la ropa de alguna persona adulta, al igual que el calzado, lo que marca una total diferencia entre los demás jóvenes, acompañado de esto al estar la mayor parte del tiempo sin un jabón para el aseo corporal, lo que motiva que el joven Juanito ya con 14 años se lo pasa sólo dentro del recinto educacional, incluyendo los días festivos, y si existe alguna salida, es solo a caminar por las calles, ya que llegar a la casa del encargado de su educación era un total desastre, por las humillaciones ahí vividas.

En días en que por obligación debe pernoctar en casa del tutor, dormía en miserables condiciones, en una pieza inmundada destinada a almacenar chatarra, con sus ventanales sin la mayor parte de sus vidrios, con una colchona de paja botada en el suelo, teniendo por frazadas capotes dados de baja de carabineros, sin un lavamanos, tampoco una taza de baño, razón por la cual, debe hacer sus necesidades biológicas en el tacho de la basura.

Subir al segundo piso donde los señores tienen todas estas comodidades, sería una falta de respeto.

Llegada la hora de alguna comida, el comedor para Juanito era un cuartucho donde se guardan los útiles de aseo, contiguo a la cocina.

Las pocas ocasiones en que tiene acceso a otras dependencias de la casa, es cuando hay que hacer algún tipo de aseo, lavar platos o los utensilios de cocina, momento en que doña Itala hace gala de su «simpatía» -¡Creían ustedes que lo iban a encontrar con plumas en la cabeza!- decía a sus invitados.

Llegado noviembre Juanito enferma y es hospitalizado por una hepatitis por casi un mes. Salido del hospital se las ingenia para llegar a su tierra natal, Río Verde, de donde no vuelve a salir hasta cumplir los 18 años, época donde le corresponde realizar el servicio militar en los Regimientos N° 10 Pudeto, Punta Arenas y N° 11 Caupolicán de Porvenir.

Cumplida esta etapa, comienza el desempeño laboral, por un poco tiempo en la ciudad, luego el campo, el campo que lo vio crecer, dejando toda una juventud como un simple obrero campesino, pero en paz. Alejado de tanta discriminación por el hecho de llevar sangre indígena en las venas y a pesar de tanta injusticia vivida, hoy con sus casi 50 años es un hombre responsable y con una honradez pocas veces vista.

Un secreto en el lucero

Magaly del Carmen Hernández
Temporera

SAN VICENTE DE TAGUA-TAGUA, VI REGIÓN



Constantemente visitaba el pueblo, en él vivían mis abuelos maternos. Cuando era niña los visitaba durante mis vacaciones, acompañada por mis padres y hermanas, pero ahora que ya tenía veinte y tantos el viaje lo hacía sola. Para mí, la mejor época para visitar el pueblo era a fines de agosto, cuando los húmedos paisajes de la zona central del país están más bellos que nunca y que con el paso de las semanas dan lugar a una belleza aún mayor, por ésta y muchas razones más me quedaba bastante tiempo en aquellos lugares «olvidados por la mano de Dios», como decía mi abuelo recordando lo olvidado que estaba el pueblito por todos.

Yo siempre buscaba la tranquilidad, el aire puro, la naturaleza en todo su esplendor y rodearme de cosas bellas. Me gustaban los tenues rayos del sol que se asomaba tímido entre las últimas nubes de invierno, sobre un cielo que se dejaba entrever azul; me gustaba también estar sola, sin más compañía que mis pensamientos y mi alma. Todo lo que hasta entonces yo buscaba y lo que me gustaba lo encontraba allí en el pueblo llamado El Lucero y sus empinados cerros.

Desde la cima de los cerros que rodeaban El Lucero, me gustaba mirar hacia abajo, el pue-

blo se veía muchísimo más pequeñito de lo que en realidad era. De lo alto me daba cuenta de lo minúsculo que se notaba todo, las casas, las calles, los terrenos sembrados e incluso los añosos y enormes encinos que se encontraban en la calle principal. A ratos se dejaba ver una fugaz nube de polvo debido al paso de algún vehículo, ya que las calles aún eran de tierra, porque el progreso de la comuna del que tanto se hablaba, todavía no se hacía notar en el pueblo, por lo menos existían la luz eléctrica y el agua potable.

Casi todas las mañanas durante mi estadía en casa de mis abuelitos, me iba de paseo al cerro, sin duda alguna era donde mejor me sentía. Yo subía y subía el monte y nunca me di realmente cuenta de lo alto que estaba y de lo peligroso que era, la verdad es que no tenía miedo, sentía que pertenecía a ese lugar y que todo estaba allí para que mis ojos se deleitaran con tanta hermosura y para que mi corazón sintiera ahí los más bellos sentimientos al mirar una simple flor o al oír el canto de alguna avecita propia de aquellos lugares.

Siempre tomaba el mismo camino y no descansaba hasta llegar a la cumbre. Un día pensé en tomar un sendero diferente, así que intencionalmente me desvié, fue un impulso

que no pude contener y sólo me dejé llevar. Todo era igual que por el otro lado del cerro, por lo cual continué tranquilamente sin ningún temor. A medida que iba avanzando, la vegetación iba en aumento, los boldos y litres bordeaban el camino, yo continué mi marcha y así fue como en medio del cerro común y corriente que yo conocía, me encontré de pronto ante un inesperado y desconocido bosque de eucaliptos, a mi paso solo escuchaba el ruido de mis pisadas sobre las ramas y hojas secas, y el canto de algunos zorzales que alzaban el vuelo ante mi súbita presencia.

Cuando el bosque llegó a su fin, vi maravillada el paisaje más bello que nadie imaginaria jamás. En medio de los montes había una especie de llanura cubierta por un manto de floritas muy blancas y pequeñas que se extendía sobre el pasto de un verde sin igual. En realidad estaba impresionada, nunca antes mis ojos habían contemplado tanta armonía y belleza junta, para complementar este sitio existían viejos árboles, diferentes tipos de arbustos de lustrosas hojas, los comunes cactus alcanzaban alturas impresionantes. Por todos lados se veían toda clase de pajaritos, que de vez en cuando cruzaban en bandadas sobre mi cabeza, además corrían de un lado para otro muchos conejitos que al notar mi presencia desaparecieron como por arte de magia. Encontrar este sitio fue como llegar al paraíso con el que tanto había soñado por años, me senté con todo el cuidado que pude tener en ese momento, para no arruinar las flores y me dediqué solo a observar aquel paraje.

Estuve mucho rato mirando y descansé bastante, luego caminé por todos lados recorriendo el sitio y me llevé una nueva y gran sorpresa al encontrar detrás de unos matorrales un precipicio enorme, gracias a Dios que en ese momento andaba caminando y no corriendo como acostumbraba, miré hacia abajo y el lu-

gar era muy tenebroso, lo único que vi en el fondo fueron dos grandes rocas bastante juntas y grandes, una de ellas estaba sutilmente salpicada por las flores blancas que había alrededor, me retiré del barranco y mirando al horizonte me di cuenta de que había solo cerros y desde ahí no se veía El Lucero, me sentí un tanto intranquila, ya que nunca lo perdía de vista, pero pensé que era mejor no preocuparse de eso en aquel momento y seguir disfrutando de aquel paraje maravilloso.

Estaba tan concentrada en lo que hacía, en recorrer los alrededores, que me sobresalté al oír voces y risas que iban acercándose, situación que me extrañó porque rara vez me encontraba con alguien en el cerro, los lugareños no eran muy asiduos para visitar el monte. Me escondí tras unos arbustos, al borde del precipicio para observar de quién se trataba; era una pareja de jóvenes de no más de 15 ó 16 años de edad, sus vestimentas eran algo anticuadas para mi gusto, la joven era muy hermosa y de un rostro un tanto angelical, de esos tan difíciles de encontrar por estos días, se veían felices, pero sobre todo se notaban enamorados. Al tratar de acomodarme entre los arbustos para no ser vista por ellos, resbalé y de no ser por una rama de la que me sostuve hubiese caído al vacío sin remedio, estaba muy asustada, lo único que me quedaba por hacer era pedir ayuda, así que comencé a gritar para que los muchachos me oyeran y así fue, ellos me socorrieron de inmediato y gracias a Dios salvaron mi vida. Cuando me recobré del susto les agradecí enormemente lo que habían hecho por mí, el muchacho me preguntó entonces:

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?— me lo preguntó muy extrañado por mi presencia.

Le respondí que mi nombre era Rosario y que me había desviado de mi camino habitual lle-

gando hasta ahí. Entonces seguí yo con las preguntas, necesitaba saber muchas cosas y ellos quizás me las podrían responder. Primero quería saber quienes eran ellos y que hacían allí; de donde salió ese lugar del que nunca había oído hablar, aproveché también para preguntarles por las misteriosas rocas que habían en el precipicio, ellos amablemente me respondieron algo que me dejó más intrigada aún: — Hay un secreto en El Lucero el que puede responder todas las preguntas, -me dijo la muchachita- ¿Quieres saberlo? -me preguntó-.

Mi respuesta fue lógicamente afirmativa, deseaba saber tantas cosas que hasta ahora no entendía totalmente, que me dispuse a escucharlos al ver su disponibilidad para contarme lo que ellos sabían. Los escuché muy atenta, al oír la historia me pareció en verdad sorprendente y algo misteriosa, esto último por el hecho de que en todos los años en que visitaba el pueblo, nadie me contó nada de lo que había sucedido mucho tiempo atrás, ni siquiera escuché algún comentario sobre lo ocurrido, que según la narración de los jóvenes fue lo siguiente:

En El Lucero, hace unos 110 años atrás existían costumbres y tradiciones muy distintas a las actuales como es lógico. Los matrimonios normalmente eran «arreglados» por los padres de las jovencitas que estaban en edad de casarse, ellas obedecían ciegamente la voluntad de sus padres.

En 1888 don Agustín Robles del Campo era el dueño de la hacienda llamada El Lucero, la que poseía el mayor número de hectáreas de la zona, él era un hombre muy cruel y despiadado al igual que sus antepasados. El patrón en ese tiempo, además de ser el dueño de las tierras, era el dueño de los que habitaban la hacienda, los que se sometían a sus órdenes, ya que lo mejor era hacer su voluntad y trabajar

sin reparos. A pesar de que nadie lo reconocía abiertamente, todos eran una especie de esclavos de don Agustín, estaban dominados por el terror de lo que pudiera pasarle a su familia y a ellos mismos. Los trabajadores estaban reprimidos e indignados, pero preferían callar y seguir viviendo, antes que rebelarse y encontrar una muerte segura.

Don Agustín tenía tres hijos, dos varones y una mujer llamada Josefina, que entonces tenía 16 años de edad y había llegado a la hacienda después de estar por espacio de 9 años en un internado de señoritas en la capital, lugar al que fue enviada después de fallecer su madre. Había vuelto porque tenía que casarse con el hombre que su padre había elegido, él era un primo de ella al que había visto un par de veces, pero así estaba decidido y así tendría que hacerse.

El día en que llegó a la casa, conoció a un jovencito llamado Vicente del que se enamoró con la pureza del primer amor, él era hijo del antiguo capataz de la hacienda, quien había muerto tiempo atrás, el muchacho se encargaba de las caballerizas. Cuando conoció a Josefina el amor fue mutuo, ambos se enamoraron perdidamente, pero había un solo inconveniente: don Agustín no consentiría jamás ese amor por ella y tendría que casarse de todas maneras con el hombre que le imponían, por el que no sentía absolutamente nada. Quisieron mientras les fuera posible dejar esa difícil situación de lado y dedicar el tiempo que a ella le quedaba de libertad a vivir y disfrutar de aquel amor que los unía cada día con más fuerzas. Decidieron que nada les importaría, ni don Agustín, ni la diferencia social y mucho menos el futuro esposo de Josefina. Estaban dispuestos a todo, para estar juntos el mayor tiempo que les fuera posible, así que ella se las arregló para que Vicente le enseñara a montar, porque ella no sabía hacerlo, su padre no tuvo ninguna objeción para esto, ya que no

tenía ni la menor sospecha de lo que en realidad pasaba entre los dos. Pasaban largas horas juntos, entre caminos polvorientos o muy dentro del bosque, ahí cuando estaban solos vivían los momentos más felices de sus vidas, su amor era muy puro e inocente, se querían, amaban y respetaban por sobre todas las cosas. Al volver a casa lo hacían como si nada pasara entre los dos, ahí todo debía volver a la normalidad, ella seguía siendo la señorita de la casa y Vicente sólo era un simple peón.

Don Agustín había oído rumores sobre la clandestina relación que sostenían y decidió tomar cartas en el asunto. Una semana antes del matrimonio, los siguió y pudo comprobar que los rumores eran ciertos, pero tuvo la sangre fría para no hacer lo que según él tendría que haber hecho, matarlos por haberlo engañado de esa forma. Estaba realmente furioso, pero decidió algo. A su llegada a la hacienda, dió a sus hombres de confianza órdenes de llevar a Vicente hasta una casa abandonada a las afueras de El Lucero. Sus órdenes como siempre fueron cumplidas, lo golpearon hasta cansarse dejándolo muy mal herido, ahí se quedó solo y maniatado para que no escapara.

A Josefina le extrañó no ver a Vicente por ninguna parte al día siguiente, por órdenes de don Agustín se le dijo que él había abandonado la hacienda y que había prometido no volver jamás. Con estas noticias ella ya no quería salir de su habitación, se encerró a llorar por su amor que pensó perdido, no entendía el motivo por el cual se había marchado, pero algo dentro de su corazón le decía que había más sobre la desaparición repentina de Vicente, aunque no sabía qué era.

En la víspera del matrimonio de Josefina, alguien golpeó la ventana de la habitación, la joven se llevó una gran sorpresa al ver que se trataba de Matilde quien estaba catalogada

como la bruja de El Lucero, el miedo que sintió al verla pasó en seguida al saber que venía de parte de Vicente, le contó dónde estaba y lo que había pasado con él, también le dijo que a pesar de todos los golpes recibidos ya estaba recuperado y que solo le quedaban heridas en las muñecas, las que se hizo al tratar de soltarse de sus ataduras.

El alivio que sintió la muchacha fue inmenso, sabía que estaba a salvo, Matilde además le traía un plan para que huyeran al día siguiente, ella les brindaría su ayuda. Josefina casi no durmió de la ansiedad de que llegara pronto el nuevo día. Con los primeros rayos de sol comenzó el ajetreo en la casa, todo debía estar listo para la boda.

A las once de la mañana la novia ya estaba vestida, el traje era sencillo y hermoso, mirándose en el espejo pensaba que ni el vestido había elegido ella misma, todo fue arreglado por su padre. Media hora antes de la boda don Agustín fue a ver si ya estaba lista su hija y aprovechó para hacerle una advertencia, le dijo que no se atreviera a hacer ninguna tontería porque una vergüenza se la haría pagar con su vida si fuera necesario. Ella no le tomó ninguna importancia a sus palabras, estaba decidida a huir con Vicente. Estas amenazas se debían a que ya se había enterado que el joven había escapado de su prisión, pero estaba convencido que su hija no se atrevería a desobedecerlo y haría como siempre su voluntad, confiaba en su autoridad, no sabía en realidad cuán equivocado estaba.

El plan del que había hablado Matilde era el siguiente: cuando todos estuvieran esperando a la novia, ésta huiría por la ventana de su habitación, la que daba a la parte posterior de la hacienda, allí estaría Vicente con un caballo en el que se dirigirían a los cerros, entonces siguiendo un rústico mapa hecho por Matilde,

llegarian a un bosque donde esperarían a que los hombres que los perseguían estuvieran cerca, de ese punto se tenía que encargar la bruja, la que se aseguraría que fuera principalmente don Agustín. Luego en un punto determinado tendrían que esconderse, esto para que en su loca carrera por alcanzarlos cayeran al precipicio hechizado por Matilde para que el que cayera en él se convirtiera sin ninguna contemplación en una roca, con lo que se suponía que todos los que se oponían al amor de los jóvenes quedarían inmóviles y ellos podrían amarse libremente para siempre.

Todo se efectuó como estaba previsto, huían velozmente en el caballo y esperaron en donde estaba dispuesto a que sus perseguidores estuvieran muy cerca, don Agustín que encabezaba a los hombres, dio órdenes de no dispararles, ya que era algo que quería hacer él mismo, en ese momento los jóvenes debían desviar su ruta para esconderse, pero algo salió mal y el caballo no respondió a sus órdenes de detenerse y continuó su veloz carrera sin parar hasta caer al barranco. Como todo estaba dispuesto por Matilde, ellos que por error del destino cayeron al vacío se convirtieron en dos grandes rocas. Los que venían tras ellos sí pudieron detenerse al tiempo y vieron con asombro como los cuerpos de los muchachos iban tomando forma y color de piedra, muy juntas las dos, como no queriendo separarse nunca. Los trabajadores no vieron ni una sola lágrima en los ojos del patrón por ver morir a su hija, en los oídos de todos aún creían escuchar los gritos desesperados de los jóvenes desgarrándoles el alma, don Agustín se quedó como si nada hubiese ocurrido, sólo dijo en tono amenazante a su comitiva:

— ¡Vámonos de este maldito lugar!, ¡aquí no ha pasado nada, yo jamás tuve una hija, no lo olviden! -dicho esto se marcharon-.

Al enterarse Matilde de lo que había aconteci-

do, corrió al monte y como no podía hacer nada para revertir el hechizo, sólo lo modificó. El lugar quedó encantado, lo cubrió de flores muy blancas y pequeñas, como la pureza e inocencia de Josefina y lo rodeó de una hermosura sin igual, en aquel paraíso tendrían vida para disfrutarlo y por sobre todo, ahí podrían amarse sin límites y sin ningún impedimento, perdidos en los cerros los que nunca revelarían su secreto, como lo hicieron todos los que vivieron los desafortunados acontecimientos, a causa de la terquedad y dureza del corazón de don Agustín Robles del Campo. Si por alguna casualidad del destino alguien lo supo, así como yo tampoco lo comenté, el secreto quedó y aún está muy bien guardado.

Cuando terminó de relatarme la historia, el muchacho me tendió su mano para darme un ramito de aquellas flores que rodeaban el lugar, entonces vi con desconcierto sus manos y muñecas heridas con algo que parecía habían sido ataduras, en ese momento tomé las flores y algo extraño recorrió mi cuerpo, no era miedo de eso estaba segura, sí era incertidumbre, no podía creer lo que estaba viendo e imaginando, pero yo no podía equivocarme, luego de un momento estaba segura de que eran ellos, los jóvenes con los que había estado charlando y los que me contaron lo acontecido hace años, no podían ser otros que Josefina y Vicente que aún estaban viviendo su amor.

Desde ese momento en adelante no recuerdo nada más, sólo sé que desperté en casa de mis abuelos muy confundida, no sabía si lo que había pasado lo soñé o en realidad lo viví, entonces me puse a mirar a mi alrededor y ahí estaba, no había sido un sueño, ni lo imaginé, a los pies de mi cama estaba el ramito de flores blancas que me regaló Vicente, era verdad que había estado con ellos, me sentí muy tranquila.

Mis abuelos me contaron más tarde que unas

personas me habían recogido de la ladera del cerro, al parecer sufrí una caída, pero no me dolía absolutamente nada. No supe qué responderles cuando me preguntaron que me sucedió, en realidad no lo recordaba.

Después de esto que sucedió hace ya algunos meses atrás, es la primera vez que lo comento con alguien, lo hago sabiendo que ustedes me guardarán el secreto tan bien como yo y no se lo contarán a nadie. He tratado de volver muchas veces a aquel lugar, pero no he podido, no porque no quiera, sino porque no he encontrado el camino correcto que me lleve hacia ese paraíso y hasta Vicente y Josefina, estoy convencida de que no lo haré nunca más, aunque recorra el monte de arriba hacia abajo todos los días. Desde el fondo de mi ser sé que eso es lo mejor, nadie podrá molestarlos y los enamorados vivirán por siempre el sueño eterno de su amor. A mí me quedó un recuerdo de aquella grandiosa tarde en la que descubrí un secreto de El Lucero, aún conservo aquel ramo de flores blancas, ellas también son mágicas, no se han marchitado y estoy segura de que no lo harán, las guardaré por siempre como el más grande tesoro que alguien pudiera poseer.

Réquiem

Voltaire Catalán Jiménez
Administrador agrícola
CALBUCO, X REGIÓN



V enía la gente apiñada; unas viejas feas, desdentadas y de negro encabezaban la marcha. Lo hacían en procesión, por el medio de la calle, levantando el polvo que envolvía los rezos, los suspiros, los cantos. Avanzaban con el muerto a cuestras, todos juntos, junto a sus familiares, junto a sus amigos, a los chiquillos descalzos y harapientos, entre el polvo de la calle vieja, junto al cojo Chalo, quien iba a saltos, encaramado en sus muletas, rodeado de perros famélicos, bochincheros.

Era la media tarde de ese domingo. Tarde de verano, con el sol colgado allá arriba, que se-caba arroyos, evaporaba esteros y achicharraba las piedras, pero, que hacía parir las parras de los viñedos, que daban el pisco más transparente y curador de los alrededores.

El pueblucho miserable reposaba el trajín y el calor del atardecer a orillas del cerro, como un cuero secándose al sol. Pueblo que vivía y agonizaba con las uvas. Su gente, por generaciones trabajó y murió entre parras y vendimias, en sus casas de adobe.

Así estaba la tarde en que los vi venir arrastrando las chancletas, las ojotas por el tierral rojizo, sudando a mares, con la transpiración

corriendo y brilládoles por el cogote, y el muerto pesando cada vez más en los hombros de los cuatro angarilleros, quienes, cansados, perdían el compás.

—Lleve el paso, pus compadre, que no ve que el muerto se zangolotea re mucho, de repente se nos puee mandar guarda abajo—.

Iban como cabreados, de mala gana; para qué voy a decir una cosa por otra, ya sea por un sí o por un no, pero, el finao fue harto maldito en vida; por eso creo yo, y no por otros motivos marchaban como apurados a meterlo al hoyo, por eso, nada más que por eso, porque fue el más infame de los habitantes del pueblo, con una lengua venenosa y larga como esperanza de pobre. Mal amigo, peor vecino y, como único almacenero, avaro y usurero hasta con su madre.

Casado tres veces. Su primera mujer se murió aburrida de los malos tratos y fletas que recibía. La segunda, se arrancó de las palizas que le propinaba diariamente, jamás nunca regresó. La tercera cayó en manos del energúmeno porque era nueva en el pueblo, por lo tanto, no conocía ni podía saber la laya de hombre que era Jesús del Carmen Anacleto Mateluna, por más señas don Cleto.

Ahora iba descansando, encerrado entre cuatro tablas bien claveteadas, bien remachadas, porque la gente desconfiaba de él; capaz que se estuviera haciendo el fiambre para verlos jodidos bajo el sol, con su peso de ciento cuarenta kilos, sin ropa, que era lo que pesaba antes de atorarse con la presa de pollo que se estaba engullendo anteayer a medio día y que lo mandó al otro mundo.

Dicen los mal pensados que su mujer, cuando lo vio atragantado con el trozo de ave, lo quedó mirando por encima de la mesa sin poder creerlo, y que éste con los ojos como el dos de oro, se levantó desesperado de la silla aventando el plato al medio del comedor. Se agarró del mantel y reventó de un pisotón al gato. Ella continuaba mirándolo hipnotizada (no podía imaginar tanta maravilla, dicen). Cuando don Cleto dio unos pasitos como de danza y cayó al suelo arrastrando sus bigotes, el mantel, platos, floreros, sillas, ella se acercó un poco. Al verlo de un color azul, tirado a morado ceniciento, con los mocos sanguinolentos resbalando por la pera, sin dar un ronquido de buey más, se echó a la calle gritando -¡ayuden a mi gordi!

Cuentan que nadie alcanzó a socorrerlo o se demoraron en hacerlo, más bien se hicieron los huevopatos.

Ahora iba allá arriba aplastando los hombros de los angarilleros, (tieso, grandote, gordo y malo) quienes lo único que deseaban era verlo lo más pronto posible a cien metros de profundidad.

— Porque andaba apestando la tierra, compadre-

caía hartó mal el mastodonte.

Senti lloriqueos y sorbetear de mocos a mi lado. Alguien preguntó:

— ¿Quién va a despedir a don Cleto?

El polvo me reseca la boca, se convertía en barro en la frente; con un pañuelo me limpié la cara, el cuello, las orejas. Junto a mí comenzaron de nuevo los rezos, los murmullos, la canción: «Alabado sea el Augusto».

— Podrían avisarle al Petronilo Romero que diga el discurso, él es letriao y le pega a la cuestión del bla-bla-.

— Es que el Petro es más curao que el vino, capacito que ahora ande como penca-

— No debiéramos hacerle ningún discurso de despedida a este jetón, con el perdón de Dios.-

Un pavote flaco y espinillento salió corriendo de la procesión en busca del Petronilo. Se fue a grandes zancadas, corriendo en unos enormes zapatos viejos, sacudiendo su camisa a rayas, sacudiendo la tarde, sacudiendo el polvo y el calor de la tarde.

En la única esquina que existe, se detuvo el cortejo. Los cargadores traspasaron el cajón a otro grupo de relevo. Faltaba poco para llegar a la loma, lugar del camposanto. En el alto se divisaban las siluetas de los dos panteoneros afirmados en las palas, secándose el sudor, junto al montículo de tierra recién removida.

Entramos al cementerio cantando «y se fue para el cielo el angelito, señor». Cuando el cura finalizaba su homilia y los enterradores se apresuraban a tirar las primeras paletadas de tierra, anareció el Petronilo, cayendo como un caba-

algo a don Cleto!-

Yo no quisiera acordarme de todo esto, no obstante debo decirlo, para que se enteren cómo fue la cuestión y no anden inventando cosas que no son ciertas, o agregándole más de lo debido, a pesar que hubo más de lo debido y a lo mejor se quedan cortos y yo que estuve allí, al lado del Petro, cuando dijo lo que dijo y lo que pasó después, puedo contarle, para que no haya duda sobre la historia.

De que Petronilo llegó curado; llegó curado. Que llegó abrazado a su compadre Guayo, también es cierto, de eso me acuerdo bien, porque cuando la gente le abrió cancha para que se ubicara a la cabecera del hoyo, se resbaló en el montículo de tierra, que si no lo agarran de las solapas, se va de cabeza al fondo.

Petronilo se acomodó en el lugar, nos miró a todos de arriba-abajo enderezando la cabeza y metiéndose una mano en el bolsillo, sacó pecho como disponiéndose a salir volando.

Ya que no voló, todos guardamos silencio esperando su oratoria en las que incluía palabras que nadie entendía, pero que sonaban bien al oído.

Después de un sonoro hipo que casi lo lanza nuevamente a la fosa, empezó diciendo:

— Jesús del Carmen Anacleto Mateluna. Ha muerto.

Hizo una pausa esperando que alguien opinara lo contrario; como si no supiéramos que don Cleto estaba requete muerto y que por eso estábamos donde estábamos.

— Con el alma en el corazón acongojado, hemos venido todo el pueblo a decirle el último adiós al amigo entrañable, al amante esposo,

al hermano querido, a este gran vecino, omnímodo cooperador, honrado y desprendido como el que más. Era el árbol que proyectaba su sombra telúrica y protectora a esta villa de pisco y papayas.

— Su trayectoria sobria y fúlgida debiera ser un ejemplo para nosotros, lo mismo su intransable idealismo y principios inquebrantables.

Un sonoro eructo hizo volar unos pájaros desde una higuera polvorienta, sin embargo el tribuno no se dio por aludido y continuó impertérrito.

— ¡Te has ido, amigo sin par, hemos quedado abandonados, pero como dijo Platón «Los que tienen la antorcha ahora, la pasarán a otros», entonces nuestras manos reciben de tus manos que se han marchado, esa antorcha para continuar alumbrando a los que vivimos en esta aldea enredada en las guías de sus parras.

A todo ésto, pensé que me había equivocado de funeral, pero tuve que convencerme, a nadie más se enterraba esa tarde achicharrante, me lo gritaba el enorme energúmeno metido en un cajón también enorme, con eso sobraba y bastaba por el día, digo mal, por la semana.

— Aquí estamos querido Anacleto despidiéndote como Dios manda: A tí que anteayer no más estabas vivo, anteayer no más reías y hablabas ¿quién se iba a imaginar, ¿Ah? ¿Quién iba a concebir que un simple trozo de un miserable pollo se cruzaría en tu camino, digo mal, en tu guargüero, acallando para siempre tu voz y tu risa?

Otro hipo y la tierra cedió un poco bajo sus pies. Su compadre Guayo lo sujetó de un brazo. Este continuó su perorata bajo el sol implacable.

— No obstante, impoluto vecino, te marchastes sin avisar a lugares ignorados, dejando en la orfandad a tu joven y amantísima esposa, cuyo hueco, me refiero al hogar, jamás nadie logrará llenar. Vivirá, estoy seguro, hip, con su pena y su desconsuelo para siempre-

Un gemido cual aullido de coyote de una de las viejas cantoras se dejó oír por sobre el silencio, por sobre el aburrimiento de los presentes.

Imperturbable, el Petro continuó.

— Te fuiste, Anacleto, hombre, para allá donde no se necesitan certificados de defunciones, ni timbres ni avales; claro que nadie de aquí habría querido servirte de garantía, ya que algunas malas lenguas afirmaban que tú, amigo del alma eras un felón, ¡Que manera de vilipendiarte!-

La cara de la gente comenzó a transformarse.

— Claro que a veces, no siempre, elaboraste algunos chanchullos inconfesables y cometiste uno que otro latro...latro...¿Cómo se dice, Guayito?-

— Latrocinio-

— Si, uno que otro latrocinio, porque, pa' que nos hacemos, eras pillín en el fondo...-

Un hermano del difunto, cuya gordura no lo ca, pero Petro, como si lloviera.

— En tu nombre, Cletito, familiares tuyos me llenan de oprobio y me vituperean a mansalva-

— ¡Te vai a callar el hocico tonto gil y dejarte de decir güeá!-

Lo que vino en seguida creo que nadie lo olvi-

dará así como así no más, cuando el Petronilo, entre hipos blasfemó: -¿Quién eres vos pa' hacerme callar, ah?, ¿Acaso no todo el mundo sabe que el infeliz de tu hermano fue el gallo más vaca del pueblo. Un traguilla, usurero y ladrón, coludido con los dueños de las viñas pa' explotar a too el pueblo? Y se llamaba Jesús del Carmen más encima el desatinado de mierda. Pa' que sepái ese enajenado mental que era tu hermano mató a patadas a su primera mujer, porque pa' malvado no se la ganaba nadie, además...

No alcanzó a terminar, una champa de pasto le dio en plena boca lanzada por el furibundo hermano del muerto, haciéndolo tambalear. Para no caer se agarró del pescuezo de su compadre Guayo. Este que a duras penas se sujetaba en su borrachera, se fue de punta al hoyo arrastrando al orador con él.

Tiene que fallarme mucho la memoria para no acordarme que los amigos del Petro se fueron de hacha sobre el gordo, de pasada le arrebataron las muletas al cojo Chalo para darles con ellas al atrevido.

— ¡Sáquenle la que no tiene a ese prepotente hijo de su mamá!- graznaba el Chalo, sentado al borde de la fosa.

Estaría mintiendo si no dijera que el finao, contaba con dos o tres incondicionales en la aldea, con quienes jugaba a la rayuela o les pellizcaban el poto a cuanta niña pasaba cerca de ellos. Estos no se quedaron al margen de la pelotera y entraron a defender al guatón dando y recibiendo charchazos por babor y estribor, pero lo que enardeció más los ánimos, generalizando la batahola, fue cuando el cojo Chalo se jue de zapatería por los matones de don Cleto. Entonces tomó color la cuestión. Saltaron los sombreros, las ojotas, los dientes, los garabatos, los mocos, las babas junto con las

coronas y flores de plástico.

Una vieja con voz de matraca corría para allá y para acá, entre los chillidos del mujerío, sacudiendo sus negras y largas polleras que le colgaban del esqueleto, gritando: -¡Se están matando, se están matando... llamen a los pacos, llamen a los pacos; por Diosito Santo, más respeto por el finao!-

En su apuro tropezó en el Chalo, que, sentado al borde del hoyo, insultaba a medio mundo, y como una negra ave, la veterana se fue de cabeza a hacerle compañía al Petro y a su compadre Guayo, quienes dormían hacia rato, y a pata suelta, su borrachera al fondo de la excavación, encima del catafalco.

Como por arte de magia, apareció mi sargento Ciriaco Santos, acompañado del paco raso Euculapio Cordero, enarbolando su autoridad reflejada en las lumas. Se llevaron preso a medio pueblo, incluidos los dolientes que no eran muchos, a las cantoras, las lloronas, a los panteoneros; al Chalo lo hicieron caminar a palos -por haber facilitado las muletas como armas contundentes- dijo la policía.

El resto del populacho huía desaforado cerro abajo, saltando cruces, enredados en las coronas, pateando flores, encabezados por el hermano del muerto que armó la trifulca, el gordo descomunal, al que parecía que de repente se le iba a desamarrar la ropa e iba a quedar regada por la loma, junto a las cruces, junto a las coronas.

Con el señor cura sacamos a los borrachos, a la vieja con voz de matraca de la cavidad y junto a ellos terminamos de sepultar a Anacleto que ni muerto dejaba de joder.

Al finalizar la faena, Petronilo, preguntó:
— Güeno, ¿Qué pasó que los otros nos deja-

ron solos, ah?-

Nadie le contestó y yo me fui a grandes zancadas para la villa a sacarme las ganas de tomarme una caña de vino tinto. El sol ya se había cansado de achicharrarnos y se resbalaba por las lomas anaranjadas, dejando en penumbras el valle, las viñas de parras retorcidas, las casas de adobes ocres.

Sali del boliche a media noche y a medio filo; al pasar por el frente de la casa del finao Anacleto, vi por la ventana como casi todo el pueblo (los demás estaban presos, incluido el cojo Chalo) celebraba la primera noche de la novena en memoria del difunto, rezando el primer misterio doloroso y de cuyas voces sobresalian las de Petronilo y el panzudo hermano de Anacleto: «Dios te salve Maria llena eres de gracia...»

Continué de largo para mi casa, aún sabiendo que en la mañana me sacarían el cuero.

En la vieja Nahuelbuta

José Merino Valdebenito
Profesor de Educación Básica
LOS ANGELES, VIII REGIÓN



El tren del ramal se alejó del apeadero, su estela de pesado humo se diluía lentamente en un aire quieto en medio de la mañana. El bulto con la cama, el somier con patas y una maleta le miraban desde el suelo, como esperando saber qué rumbo emprenderían.

— ¿Y... ahora qué hago?- pareció preguntar al equipaje como si sus pobres pertenencias pudieran brindarle alguna luminosa idea.

Un sol tibio, de fines de febrero se detuvo para atisbar lo que sucedía en aquel rincón de su tercer planeta. Los ojos del hombre iban de los bultos a la modesta rancha que se veía al otro lado de la cerca, por allí se había metido el esqueleto humano que habló con el conductor del tren; supuso que era algo así como guardavías en medio de esta desolación.

En derredor nada, nada, salvo cercados infinitos y árboles en un paisaje que no le pertenecía. Allá muy adentro sintió que algo se helaba entre un sistole y diástole, un miedo solitario comenzó muy despacio a surcar el largo camino de las venas. Abandonó el equipaje y se dirigió a la casa.

— ¡Aló ...hola!- dio unos golpes en la madera

sin desbatar que era rústica puerta de la cabaña -Buenas tardes...

— Buenas...- era la voz compañera de unos ojos legañosos, con olor a humo de leña y carbón de piedra empapando piel y ropas, con sabor a soledades vividas por siglos entre rieles y durmientes.

— Sabe ...voy hacia el fundo Santa Mercedes, en Guadaba Arriba, pero no tengo ni idea de dónde queda eso-.

— Güeno aquí no hay onde perderse- y con la mano comenzó a señalar en todas direcciones -ese camino que sigue orillando la línea va p'a Purén, ese otro vuelve hacia Los Sauces y el que tiene que seguir p'al fundo es ese que va derecho p'a esas lomas que se ven allá...

El dedo largo y piñiñiento señalaba el camino carretero que nacía frente a la estación, más allá del potrero donde de vez en cuando el hombre cultivaba una pequeña huerta.

— Dígame ¿Cómo piensa llegar allá?

— Bueno...pasará alguna micro o algo parecido...

— Ni lo sueñe, por aquí sólo se usa el caballo

y la carreta -agregó sin mucha convicción- Usted sólo, si apura el tranco estaría en las casas cerca de la medianoche...

— ¿Y qué hago con mis cosas?

— Déjelas aquí, yo se las mando cuando pase alguna carreta que vaya p'arriba.

Como no tenía más alternativa aceptó el ofrecimiento. Llevaron los bultos y los arrinconaron en la sucia cocina-comedor y dormitorio del guardavías. Bebió un vaso de agua y agradeciendo la amabilidad del hombre cogió su maleta para emprender la marcha.

— Oiga ...dígame a quien le hago llegar las cosas...

— ¡Ah! ...soy el nuevo profesor en la escuela del fundo...

Haciendo con la mano una seña de despedida cruzó los alambres del cerco y se alejó a través del potrero; los desteñidos blue jeans rechazaban el áspero contacto del pegajoso cacho'e cabra o el avieso ataque de la espina del cardo. Las zapatillas deportivas hacían su estreno a campo traviesa pisoteando la maleza rebelde al arado y la rastra.

Ocho horas eran mucho andar pero no le quedaba otra cosa que encarar las dificultades y mientras más rápido las anduviera, más pronto estaría en su nuevo hogar. Los primeros tres kilómetros le avisaron de que las cosas no serían tan sencillas: el sol y la maleta serían los pequeños obstáculos que se opondrían a una ligera y rápida caminata. Después de una hora de caminar apenas alcanzaba la cima del primer cerro, desde donde se iniciaba la verdadera senda hacia las misteriosas cumbres de la vieja Nahuelbuta.

Sintiendo que sus pasos eran cada vez más len-

tos subió y bajó por el lomaje precordillerano, en medio de una soledad que mordía su espalda con los colmillos del sudor y de una foresta bravia y callada.

El sol declinaba ya por sobre la lejana cresta, llenando con sus últimos rayos la hermosa Piedra del Águila, gigantesco vigía de las alturas y de los peñones, fin de todos los caminos y senderos abiertos por el pie desnudo del araucano cuando la selva era el símbolo de la libertad cuajada en un copihue hecho de luz en los ocasos estivales.

Los ojos del caminante recorrían los alrededores buscando en vano un humo que le indicara alguna morada cercana donde buscar refugio antes que las sombras cubrieran la senda. Nada, nada más que árboles y árboles polvo y cansancio.

Al rato sus piernas se negaron a seguir andando. Se detuvo junto a una gran roca al costado del camino; miles de ideas y vueltas de ejes habían ido profundizando un largo surco en el duro peñón al pasar los años. La imaginación y la picardía del hombre de campo dio nacimiento a cuentos e historias de miedo que fueron pasando y creciendo de generación en generación. La Piedra del Diablo daba tema para acortar las noches de los campesinos junto al fogón casero.

El viajero, ignorante de la fama adquirida por el lugar en que se había detenido, rodeado ya por las sombras nocturnas, abrió la maleta y de entre un montón de ropas extrajo una linterna y un pequeño Pasper argentino, calibre 22, adquirido de segunda mano y por mera precaución.

Encendiendo la linterna hizo girar el círculo luminoso en busca de un buen lugar para esperar el nuevo día, finalmente se decidió por per-

manecer junto a la roca. Ayudado por la luz reunió un buen brazado de leña seca y encendió una pequeña fogata; se sacó las zapatillas y se sobó los adoloridos pies; sus pensamientos trataron de hilvanar recuerdos de su pueblo, las polvorientas calles de su infancia y los últimos días vividos en la vieja y querida Normal: Pincheira, Bascur, López y los otros... ¿estarían como él camino a sus respectivas escuelas?

La carreta avanzaba lentamente, marcando el giro de las ruedas en el cansino paso de las don yuntas que tiraban de ella; desde Los Sauces había salido en plena noche y rodado horas y horas hacia la estación de Guadaba donde, los hermanos Fernández acostumbraban a dar el primer descanso a las bestias.

Raúl, con la garrocha al hombro caminaba delante de los bueyes; el chirrido de eje rayaba en la pauta del silencio nocturno las desafinadas notas con que se acompañaba el silbido quedo de Raúl mientras avanzaban pisando los rayos de la luna sobre el polvo del camino.

— ¡Arreee..! ...¡Niño! -de cuando en cuando la voz del hombre advertía a los animales que no debían disminuir el tranco; Niño, el viejo overo sintió resbalar la aguda punta de la garrocha por sobre su dura piel sin apresurar el paso.

Alrededor de las tres de la madrugada arribaron a la estación de Guadaba. El guardavías alertado por el ladrido de los perros salió a recibir a los viajeros.

— Aquí le traímos su encarguito, On Ramo - Carlos se acercó a la casa portando en una de sus manos la garrafa de vino -Me lo vendieron por güeno, de esos para chuparse los bigotes...

— Macanúo pué ...si gustan aprovechamos p'a

sacarle el viento.

— Güeno, un vasito no más mientras descansan un poco los güeyes...

Los Fernández aprovecharon el primer vasito, el segundo vasito y el tercer vasito para ir contando a Ramón Martínez las últimas novedades conocidas en su viaje al pueblo. Al quinto vasito decidieron que era hora de emprender la marcha.

— Oigan, por qué no le llevan unos bultos de cama que dejó aquí el nuevo profesor...

Cargaron la cama y el somier y se despidieron de Martínez. Raúl se acomodó entre la carga y se dispuso a dormir mientras su hermano se encargaba de guiar la carreta hacia el lejano hogar.

La luna se había perdido a la vuelta de Los Andes y el frío madrugador de los campos, parecía marcar el chirrido del pértigo contra el pesado yugo, anunciando quizás la pronta llegada del amanecer; las horas desfilaban a cada tranco de las duras pezuñas.

Cuando las sombras vieron aparecer los primeros rayos del sol por el oriente, fustigaron los negros coreeles nocturnos y corrieron a perderse más allá del mar.

En la media penumbra del amanecer, el hombre percibió la curva que asomaba más adelante, en lo alto de la loma. Un poco más lejos llegarían a la Piedra del Diablo, lugar en el que siempre daban el último descanso a las fatigadas bestias. Luego, no pararían ya hasta llegar a casa.

El sol pareció perseguir la huella de la carreta y cuando ésta llegó a lo alto, alargó la sombra de Carlos camino adelante. La sensación de sentir los rayos del astro rey apoyarse en sus

hombros, pareció entibiar la mañana a su alrededor; al llegar a la gran roca detuvo los bueyes y sus ojos recorrieron el lugar.

— ¡Raúl, Raúl..!

— ¿Qué pasa?

— Ven, aquí hay cosas botadas...

Los hombres buscaron con la mirada la presencia del dueño de las cosas allí, tiradas. Salvo el canto del chucao por allá adentro la selva callaba.

— Carlos mira... conocís esas huellas?

Raúl llamaba a su hermano desde la otra vera, con la mano señalaba el suelo, entre dos guayes quemados cuyos ennegrecidos ramajes parecían manos alzadas a lo alto, el polvo retenía la extraña rosa que dejaran las patas de un pesado animal.

— El... gato...

Armándose de la escopeta y el hacha que nunca dejaban de portar en sus frecuentes viajes al pueblo, comenzaron a registrar el bosque circundante sintiendo en la nariz el olor a selva que manaba del humus mojado por el rocío de la noche. Maqui y boldo se codeaban con el viejo roble por donde se encaramaba el hilo duro del boquí, una huella recién abierta guiaba a los hombres por entre los árboles.

— ¡Por la chu..!

Quedaron horrorizados al descubrir, semi cubiertos por unas cuantas ramas, los restos presumiblemente humanos; tan destrozado estaba que sólo los jirones de ropa que cubrían parte de la mutilada carne hacían presumir que eso era todo lo que quedaba de lo que ayer era un hombre.

— Era más de uno...

— Sí, tal vez una leona y su cría.

— ¿Quién sería el pobre desgraciado?

— Delante de nosotros solo venía uno -Carlos miró la maleta- Solo puede ser el profe...

— ¡Ya, dejemos todo tal como está y vamos p'a que del fundo avisen a los carabineros..!

Abandonaron el lugar de la tragedia, ahora pidiendo a los bueyes más rapidez... la Piedra del Diablo quedó atrás reverberando bajo los rayos del sol.

Tres días más tarde una pareja de carabineros llegó hasta las casas de Santa Mercedes.

— Efectivamente, se trataba del nuevo profesor que venía con destino a esta escuela, se llamaba Rolando Ormeño Isla- la fría voz del policía dejaba entrever la molestia que le significaba el viaje a caballo cuesta arriba y cuesta abajo por los cerros de la vieja cordillera. -Ya confirmé con el Departamento de Educación y ellos se están comunicando con la familia. Era de un pueblito del norte...

La última oración por el desaparecido Rolando Ormeño la hizo el Jefe del Departamento de Educación:

— Señorita Yolanda, tenemos que ubicar un nuevo docente para la vacante de Santa Mercedes.

Y del pobre Ormeño sólo se volvió a hablar en las noches invernales, incorporada ya su historia a las extrañas leyendas que se tejen alrededor de la Piedra del Diablo.

Perro muerto resucitado

Eduardo Román Rodríguez
Gestor Cultural

CURACAVÍ, REGIÓN METROPOLITANA



La mujer estaba haciendo hervir agua, en la tiznada y abollada tetera sobre el fogón, cuando se asomó su hijo José a la puerta de la cocina.

— ¿Vamos a ir a la escuela mamá..?

— Hay que esperar que llegue tu padre. Anda a lavarte...

— Ya me lavé. Contestó el muchacho tratando de parecer seguro, aunque sabía que su madre lo mandaría a lavarse de nuevo porque siempre adivinaba que solo se había mojado la cara.

— Está bien. Despierta a tu hermano...

— Voy al tiro. Se apuró en decir José; desapareciendo contento que por una vez hubiera engañado a su madre.

Etelvina, fija la vista en el fuego, dejaba que la amargura y preocupación le bailaran en la cara a la luz de las llamas. De pronto la figura de su marido se recortó en el umbral, sin decir nada el hombre se sacó la chupalla y se pasó la mano por la cabeza. La mujer paciente sólo se limitó a echar otro palo al fuego.

— Vamos a tener que irnos, no hay más pega

pa'mí.

— ¿No iban a empezar a dar vuelta la tierra del potrero del bajo..?

— Parece... pero a mí no me necesitan. Hirvió la tetera. La mujer la tomó con la punta del delantal.

— Quiere un poco de té..? También me queda un poco de harina tostá.

— Déjasela a los cabros mejor...

Hubo una pequeña pausa apenas rota por el crepitar del fuego.

— Dicen que pal la'o 'e Chorombo están necesitando gente.

— Así supe. Parec'que voy a ir a darme una vuelta.

Etelvina sin ruido fue preparando dos jarros y dos tazas saltadas en los bordes; la conversación era en tono bajo y moroso como si cada uno quisiera medir muy bien lo que decía.

— ¿Y si viene el Rosendo cuando usted no esté?

— Lo mandái a la mierda no más. ¡No somos na' perros pa que nos echen al campo porque a él se le frunce..!

Por unos momentos, alumbrados por las llamas, marido y mujer se quedaron quietos en silencio. Ni la mujer sirvió nada ni el hombre reclamó ante la taza vacía... Después de unos momentos Manuel preguntó más tranquilo:

— ¿Te queda algo de plata..?

— Trescientos pesos.

— ¿El bus pide doscientos no' cierto..?

— Doscincuenta... Alcanzaría pa' que usted llegara allá.

— A qui' horas pasa...

— Debe estar al pasar como en media hora.

— Nada. De pasá' le decimos a la Maria que si viene el Chendo a sacarnos las cosas, que nos guarde lo que sirva y lo demás lo bote.

La mujer de acuerdo a su costumbre pensó en más de alguna ropita que aún servía y otras cosas, pero nada dijo.

Salieron en fila. Juanito el más chico, enfundado en el buzo que le habían regalado para la Pascua, se atrevió a preguntar:

— ¿A dónde vamos 'apá..?

— A caminar un rato.

— ¿Y después vamos a tomar té..?

— Cállate tonto. Le cortó José, adivinando en la cara de sus padres que el asunto era serio.

Sin mirar siquiera si venía el bus echaron a

andar por la berma de la carretera, Etelvina se dio cuenta que su marido pensaba hacer el camino hasta Chorombo a pie. «Este Manuel es más loco... En fin que Dios nos cuide... Cuando Juanito se canse lo tomo en brazos... el problema va a ser José con la suela rota del zapato...

Cuando ya llevaban casi media hora caminando un aroma a pan recién horneado les llegó de una casa a la orilla de la carretera.

— Mamá tengo hambre, dijo Juanito.

— Cállate tonto, cortó José... luego en otro tono reconoció. Yo también tengo.

— Descansemos. Propuso el padre. Señora compre doscientos pesos de pan, guarde cien, uno nunca sabe.

Etelvina sin contestar se acercó al localcito, remedo de almacén, Juanito la siguió. José se aguantó las ganas y se quedó al lado de su padre.

Los panes eran grandes y estaban recién hechos, oían a harina fresca como oía la harina cuando recién la traían del molino y Manuel la repartía, dos sacos por familia era la ración... Se levantó para evitar los recuerdos dolorosos.

— Sigamos dijo y como una ordenada patrulla su mujer y sus hijos se levantaron echando a andar. La mujer abría la marcha, le seguía Juanito ahora contento, luego José distrayéndose con cada ruido, con cada trino, con cada vuelo. De vez en cuando los vehículos levantaban una ola de viento frío, los camiones sobre todo, uno de ellos más grande y rápido que los demás obligó a Etelvina a andar rápido con sus vestidos que amenazaron subírsele a la cintura, Manuel sonrió pero al mismo tiempo pensó preocupado dónde dormirían esa noche... En fin donde fuera su mujer estaría ahí y él...

Un poco después de medio día un pálido sol los acompañó, Juanito se quedaba atrás permanentemente y su madre quiso cargarlo. Manuel no la dejó lo que levantó sin esfuerzo para ponerlo sobre sus hombros. Poco después llegaron al cruce de Bollenar.

— Papá tengo hambre. -dijo Juanito, aún en hombros de su padre.

Esta vez José no lo regañó, por el contrario lo apoyó:

— Yo tengo hambre y sed...

— Por aquí vamos a pedir agua. Dijo Manuel bajando a Juanito. Etelvina con mariposas en el estómago pensó en el pan que no se había comido y que aún guardaba en el bolsillo. «Un poco más adelante lo repartiría».

Caminaron un poco hacia la derecha, más por descansar del ruido de la carretera que por otra cosa.

A poco andar, los niños entre temerosos y admirados se acercaron a un lujoso y reluciente automóvil blanco que había estacionado casi enfrente de un restaurante de turismo; al acercarse los niños, del auto bajó un chofer de uniforme atento a que no lo tocaran. No era esa la intención de los chiquillos, sólo querían mirarlo de cerca. Cuando Manuel y Etelvina llegaron a la altura de sus hijos el hombre se limitó a meterse en el vehículo y cerrar la puerta.

Manuel pensó que el restaurante era un buen lugar para pedir agua.

En la entrada una elegante mesera de ropón negro, escuchó el ruido de la puerta del auto al cerrarse y vio aparecer por detrás a Manuel y los suyos, pensó que era una familia de patrones de algún fundo y les sonrió obsequiosa...

Manuel en un impulso que ni él mismo entendió. Dio la orden:

— Aquí vamos a-almorzar.

Etelvina abrió los ojos asustada pero fiel a su costumbre nada dijo, se limitó a seguir a su marido, los niños entre asustados y asombrados de la elegancia del local solo miraban, caminando muy circunspectos al lado de sus padres.

Más de cerca, a la mesera le pareció que no vestían de acuerdo a lo que acostumbraban las familias dueñas de fundo que habitualmente frecuentaban el local pero... Si habían llegado en auto con chofer...

— Tomen asiento... Por acá tienen una mejor vista... Qué van a ordenar, dijo extendiéndoles una carta a los dos mayores y sonriendo a Juanito que se la devolvió simpático.

Etelvina al ver los precios se puso roja, bajó la cabeza y pensó en la única moneda de cien pesos que tenían... Miró a Manuel, no pudo adivinar si su cara era de enojo, de amargura, o de seguridad... ¿Tendría plata guardada y no le había dicho nada...? Si era así no le perdonaría que hubiera hecho caminar tanto a los niños...

— Para empezar, dijo Manuel, nos va a traer cuatro cazuelas bien contundentes con dos ensaladas surtidas, después cuatro purés con dos chuletas para los grandes y una para los niños, de postre... Bueno después conversamos.

La mesera se alejó con más dudas que nunca, pero al ver de reojo el lujoso automóvil esperándolos afuera, se encogió de hombros y se dirigió a hacer el pedido.

—¿Qué está haciendo Manuel...? Preguntó Etelvina en voz baja angustiada.

— Tranquila. Lo único que interesa ahora es que Ud. Y los niños van a almorzar como la gente, hace como dos semanas que están a pura harina tost'a.

Ya en el segundo plato los niños habían recobrado los colores y reían sólo por lo bajo.

— ¿Y de postre que van a querer los brevas..? Preguntó Manuel...

— ¡Helados..! dijeron casi a una los niños.

— Señorita. Cuatro porciones de helados por favor...

Después de los helados hasta Etelvina se atrevió a sonreír, pero el gesto de su marido llamando a la mesera le devolvió de golpe a la realidad.

— ¿Qué vamos a hacer Manuel..?

— Déjeme a mí señora... Uds. Aprovechen de ir al baño...

No quería que los niños escucharan lo que iba a decir.

— Vamos al baño niños invitó casi brusca la madre, tanto que los niños obedecieron sin chistar.

— Señorita. Tengo que hablar con la dueña, ¿podría llamarla?

— Está en su casa, vive aquí al lado, llame en la puerta blanca...

— Entiendo permiso...

Manuel salió, de verdad iba dispuesto a hablar claramente con la dueña, decirle... que no era justo que sus niños pasaran hambre por culpa

de él y que cualquier trabajo para pagar... o si le fiaba le podía jurar que volvería a pagarle... o que si a ella se le ocurría cualquier solución se la dijera ... o que... Al salir a la calle vio que casi a más de media cuadra Etelvina caminaba rápido llevando de la mano a Juanito y apurando a José. Le dieron ganas de reír ¡su mujer le había entendido mal! Miró hacia la puerta del local, la mesera no lo había seguido. ¡Sería confiada..! No podía adivinar que la mujer no le quitaba ojo de encima al auto blanco... Frente a la puerta blanca y ya con la mano levantada para llamar a Manuel le abandonaron las fuerzas.

¡Algún día volveré a pagar..! pensó apurando el paso alcanzó a su mujer y los niños.

Después de un rato a las tantas miradas de Etelvina explicó.

— Tranquila, Dios siempre se las arregla para darle de comer a los niños.

A media tarde llegaron al fundo Chorombo, iban contentos, satisfechos, el letrero en el portón NO HAY VACANTES normalmente los habria hecho retroceder sin llamar siquiera pero con el estómago lleno tenían otro temple. Llamaron insistentemente... Al rato vino un hombre, vestido de huaso, se le veía molesto.

— ¿Digan qué se les ofrece..?

— ¿Supe que aquí necesitaban gente.

— ¿No vieron el letrero..?

— Es que vinimos de lejos y hablando se entiende la gente. Habló Etelvina con voz firme pero con una sonrisa. Los hombres la miraron, los niños también.

«De dónde habrá sacado esa voz» Pensó Manuel.

— ¿De qué se las da..?

— Soy tractorista pero sé cualquier otra faena...

Hubo una pausa, el hombre los miró de a uno por uno: los niños se veían sanos y ordenados, él bueno y sencillo, como a él le gustaban los trabajadores. Ella inteligente y tranquila, respetuosa pero segura de sí misma, la nueva mujer de campo, con iniciativa...

— ¿Si la señora pudiera tomar a cargo la cocina..?

— Por qué no... depende de las condiciones. - Contestó mirando de frente Etelvina.-

— Pasen para que conversemos... Creo que hay trabajo para los dos.

Como se había prometido Manuel, esa noche, cuando por fin Etelvina después de haber limpiado a fondo la cocina a gas y las ollas casi nuevas, después de haber conversado largo con las que serían sus ayudantes y después de haber arropado bien a los niños que dormían como troncos, se acostó a su lado la abrazó y la atrajo hacia él. Ella lo dejó hacer, total era su marido y tenía suerte, y además si ahora ella podría ayudarlo... Devolvió las caricias de su marido sin decir nada como era su costumbre...

El tractor se paró frente al restaurante. Seguro se bajó Manuel; entrando al local buscó con la vista a la mesera. Ella lo reconoció de inmediato y fue hacia él iracunda pero la sonrisa del hombre la desarmó.

— ¿Se acuerda de mí..?

— Como no me voy a acordar si casi me cuesta el puesto, todos los malabares que tuve que

hacer para cubrir su «perro muerto».

— No se me enoje que aquí lo tiene resucitado.

Diciendo eso Manuel le puso en la mano dos billetes de diez mil pesos.

— Alcanza con eso para resucitar al perro.

— Sobra. Déjeme darle el vuelto.

— Ni lo piense, déjelo por la molestia.

— ¿Pero por qué no me habló esa vez..?

— ¿Usted nos habría fiado..?

— ¡Claro que no..! ¿Pero algo tendrían..?

— Cien pesos...

— Ni pa una pulga del perro -Ella rió por fin.

— ¿Como está la señora y los niños?

— Bien... muy bien.

— Les da saludos míos...

— Gracias en su nombre. Adiós y que Dios la bendiga.

Manuel salió pisando fuerte. Desde el tractor la saludó con la mano.

— El ojito mio ¡dueño de fundo en auto con chofer..!

Menos mal que resucitó el perro muerto... - Riendo por lo bajo la mujer entró en el local...

Lento el tractor se perdió rumbo al cruce de Bollenar...

El huevo de gallo

Manuel Adolfo Báez Yáñez
Pequeño agricultor

LO BARNECHEA, REGIÓN METROPOLITANA



Esto aconteció en el campo. Había una casona grande en donde vivían dos hermanas solteras que eran Juana y Rosa, las que tenían un gallinero con muchas gallinas y lo único que éstas querían era hacerse de plata para que las gallinas les pusieron muchos, pero muchos huevos, para luego ellas venderlos en el pueblo y comprar sus joyas. Eran muy ambiciosas, las dos tenían una huerta a la cual le sembraban maíz y compraban alimento para que las gallinas pusieran dos o tres veces por día; también les tenían gallos que eran los más grandes para las gallinas que eran alrededor de doscientas. Estas dos eran muy avarientas, no comían nada de huevos, todos eran para venderlos y comprarse ropa y joyas.

Ocurrió que un día todas las gallinas empezaron a enlucarse y cuando estuvieron todas cluecas, hubo que matar unos gallos. Juana comenzó a juntar plumas para hacerse un almohadón con ellas. Un día en el piso del gallinero vio un huevo muy pequeño; Juana en cuanto lo vio se lo llevó a su pieza, con tal de que Rosa no se diera cuenta; pero ésta igual lo vio. — ¿Qué vas a hacer con eso huevo? — preguntó Rosa. — Yo pensaba que se lo ibas a echar a una gallina que le faltan huevos. — Bueno, total ya tendremos más — dijo Juana, pero ésta

igual cogió el huevo y se lo llevó, lo puso dentro del almohadón.

Bueno, como ustedes saben, las gallinas no ponen este tipo de huevo, solo muy rara vez es el gallo quien los pone. Pasaron como tres meses y Juana tenía el huevo dentro de su almohadón, el cual le daba mucho calor. Ella hubiera deseado nunca guardar ese huevo.

Un día Juana amaneció sin ganas de levantarse, Rosa dijo: — Bueno, vamos a ver gallinas. — No, no tengo ganas levantarme hoy — dijo Juana. Así pasó todo el verano y un día Rosa le dijo: — ¡Tú estás muy delgada! ¿Qué te sucede? — Juana parecía tener un fuerte resfrío o una influenza, que la venía arrastrando desde hace ya unos días y Juana no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al patio apoyada en el brazo de su hermana. Miraba indiferentemente a uno y otro lado, de repente Rosa con honda ternura, le pasó muy lentamente por su cabeza su mano, y Juana rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello de su hermana, lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la más leve caricia de Rosa, luego los sollozos fueron retardándose y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse y sin pronunciar una palabra. Ese fue el último día que

Juana estuvo levantada, porque al día siguiente amaneció desvanecida. El médico del pueblo la examinó con mucho cuidado y con suma atención ordenándole reposo y descanso absoluto. — ¿Qué tiene doctor? - preguntó Rosa. — ¡No lo sé! - respondió el doctor; — Tiene una gran debilidad que no me explico. Si mañana despierta como hoy, vaya enseguida a mi casa y se despidió.

Ese mismo día en la tarde pasó un anciano en una mula, el cual pidió agua a Rosa, quien se lo convidó. Estaba tomando el viejo, cuando escuchó unos quejidos, más bien gritos y éste preguntó — ¿Qué es eso que se queja? - Rosa dijo — Es mi hermana, la cual está muy enferma — ¿Y qué es lo que tiene? -preguntó el viejo — ¡no sé! -respondió ésta — ¿La puedo pasar a ver? — Claro, pase-dijo Rosa y lo llevó donde Juana. El la miró y dijo:

— ¿Hace cuantos días que lleva así? — Bueno, a principios de verano empezó con esto. ¿Y que le das que está tan flaca? — Nada, solo agua es lo que pide. Bueno, vamos a tener que hacerle unas sopas. ¿Qué tenemos para prepararle? -preguntó el viejo — Hay papas, porotos, chicharrones, fideo; dijo Rosa. — ¿Pero algo para degustar la sopa? En esto estaban cuando escucharon cantar a un gallo y todas las gallinas empezaron a cacarear, éste preguntó — ¿Son tuyas todas estas gallinas? -y ella contestó: Estas son para que pongan huevos y yo los vendo. — Pero si matas a una no quiere decir nada - recalcó el viejo. — Anda al gallinero y trae una para matarla. - Rosa fue al gallinero y trajo un pollo gordo, el viejo lo mató y desplumó e hizo un caldo con mucho condimento, el cual le sirvió a Juana y a Rosa. Estas se lo sirvieron con muchas ganas, ya que tenían mucha hambre y de tanto comer se arrebataron y durmieron todo el resto del día y la tarde y la noche.

Al otro día Rosa se levantó bien temprano, pero

el viejo ya tenía el desayuno armado: Una paila con huevos fritos, té caliente y pan. — ¿Cómo, ya se ha levantado? ¡Sí! -dijo éste — Fui y dejé la mula en el potrero, recogí los huevos y di de comer a las gallinas. — ¡Pero usted no debe hacer eso!; Soy yo la que debo hacer todas esas cosas! - dijo Rosa - Pero ya las he hecho, ahora voy a ensillar mi mula para seguir mi camino-dijo el viejo.

— Pero no puede hacer eso... yo le puedo pagar un peso y medio si usted trabaja para nosotras. - dijo Rosa. - Bien- dijo el viejo- Pero a mí me gusta comer, como trabajo. Soy leñador. — Bueno -dijo Rosa — Aquí no es tanto el trabajo...hay que sembrar solo maíz y cosecharlo para nuestras gallinas. — Bueno- dijo el viejo. En eso estaban cuando a Juana se le cayó un grito, los dos corrieron a la habitación, abrieron la puerta de la pieza y vieron a Juana como se retorció en la cama. El viejo se acercó para tocarla y se dio cuenta que de su cabeza salía algo así como un lagarto con plumas que se metió bajo la cama y desapareció.

El viejo quedó muy impresionado. — Ya sé lo que es esto. — Pero que es- preguntó Rosa. — Esto es un chupasangre de gallo. — Y eso ¿qué es? - volvió a preguntar Rosa. — Es un pollo de gallo. - le respondió el viejo. — Pero ¡cómo! -dijo Rosa — Le explico. Es un huevo que ponen algunos gallos cuando están muy viejos y esto...¿es malo? - preguntó Rosa - ¡Por supuesto! Mira como está tu hermana... van acabando a la persona chupándole la sangre del cerebro y del cuerpo. La persona se va secando lentamente... mira como está tu hermana de flaca. — Pero, para esto ¿hay algún remedio en contra? — No...nada. - dijo el viejo. - para esto no hay nada, sólo hay que buscarlo y matarlo antes que se multiplique - dijo el viejo. - Pero ¿cómo hay que hacerlo? Preguntó desconcertada Rosa. — Solo quemando la casa... es lo único que se puede hacer, de lo

contrario, Juana seguirá sufriendo día a día y seguirá adelgazando más y más. - contestó el viejo. — Bueno... tendré que hacerlo- dijo Rosa — No queda otra cosa que hacer.

Juana, por otro lado, seguía postrada en su lecho de enferma.

Rosa, por esos días fue al pueblo a comercializar las gallinas al mercado, pasó a una tienda y las ofreció. Preguntaron el precio y las encontraron muy caras, pero ella dijo: — Son criadas con puro maíz candeal y son todas del año.

—Sin embargo, seguían encontrándolas muy caras. Pasó a otro local y bajó un poco el precio. Ahí le aceptaron el valor de sus gallinas. Al otro día llegó con un carretón con jaulas para acarrear a las gallinas. Después de haber llevado a todas sus gallinas, arreglaron unas pocas cosas; Juana envolvió un abrigo en el cual iba el animal, pero ella no se había dado cuenta, ya que la enfermedad la había dejado corta de vista.

El viejo fue a verla y dijo:- Pero señorita Juana ¿adonde lleva esa ropa? —La llevo a donde nos vamos.- le contestó Juana. ¡Por supuesto que no! yo dije que se llevaran solo lo puesto.- le rebatió el viejo. Entonces Rosa dijo: — ¡Deja eso, niña, te dicen! Y ya, vamos.-. Entonces, Juana dejó todo, pero antes de dejar el abrigo, en un instante cayó desde dentro de él el chupasangre al suelo. Nadie se dio cuenta y el bicho, a pesar de que era ciego, corrió a esconderse a donde habían unas piedras y se ocultó. El viejo roció con parafina la casa y Rosa le prendió fuego; todo se quemó en pocos minutos y el viejo subió a Juana y Rosa a una carreta, amarró la mula y se alejaron por un camino de tierra, creyendo que habían muerto al bicho; pero éste caminó a otra casa que estaba no muy lejos de ahí. Iba a entrar a la casa y en eso apareció un gato, lo miró y comenzó

a jugar, lo arañó y de un bocado se lo comió.

Así murió ese animal, así es que cuando tenga gallinas, cuide de no tener gallos muy viejos; revise sus gallineros; este consejo se lo doy yo, de un amigo que vivió muy de cerca esta historia.

Este año sí

Jorge Flores Clerfeuille
Apicultor
TEMUCO, IX REGIÓN



En el campo, los sembrados estaban verdes, amarillos y se podían ver todos los matices que uno se pudiera imaginar además; las hojas, el pasto, todo cuanto se divisaba se mecía con una suave y helada brisa matinal. A lo lejos, el silbido de una perdiz se mezclaba con el cacareo asustado de una gallina, inquieta, desesperada ante la sombra inmóvil de un peuco. Las costillas salientes, la sombra famélica se estremecía mientras ladraba, al mismo tiempo que ladraba se recostaba afirmándose en las tablas de la pared, esta silueta se movía cuando sacudía su pata trasera insistentemente, intentando rascarse las ansias y los recuerdos pero, su vista vidriosa siempre puesta en la puerta, esperando algo, soñando despierto, paciente, aquel trozo de carne que nunca vio, ni verá. De la ruca sale un humo espeso que hace salir al gato y eso que este, es parte de él, más aún, nació acostumbrado a lamerse los escasos pelos chamuscados llenos de alquitrán y todo esto, es por que hace su vida a la orilla del fogón, debido a que tiene la ceniza tibia de cama, las piedras que rodean las llamas le sirven para sujetarlo en su eterno cavilar diario. Él permanece sentado sobre su cola durante horas, mientras estas llamas eternas le alumbran algunos trozos de pan al crío, que caen después de cada mordisco. Y cuando empiezan a caer algunas migas al suelo el se

agazapa esperándolas y de un salto tambaleante las recoge con un zarpazo, acompañado de un gruñido que sólo espanta a las moscas pero, el humo no solo echa al ñasque engrifado, sino, este también sale con una voz ronca que lo persigue y las palabras que no logran atraparlo, se entretienen rompiendo las paredes, el techo de paja y por último, por cuanto lugar les permita salir. La voz se deja oír entre atorada y cortada.- Oye mujer, qué diablos le echaste al fuego- maulló el gato, arqueando el lomo y corriendo disparado por el humo, claro es que iba más espantado de su propio hablar.

El perro levanta la cabeza, menea el rabo y lanza un aullido. No sé realmente, si lo asustó el gato al salir corriendo, la pregunta de éste o algún tábano que pasó a saciar su hambre, lo real fue que el aullido hecho por este esperpento de animal, fue un ruido irreconocible, hasta llegó a hacer un espacio de silencio en la tierra, el viento se detuvo y después de ese momento, en que este alarido estuvo un instante suspendido en el aire, volvió la brisa a llevárselo lentamente y se fue perdiendo entre los árboles cercanos, los cuales también tiritaron soltando más de una hoja, tampoco sé, si fue por el viento o del susto, lo que si creo, es que el alarido los pilló desprevenidos a todos,

porque, hasta a los matorrales que estaban apuntalando el portón, les dio un escalofrío que hizo que este quedara entreabierto, y con tan buena suerte que, sólo dejó entrar una vez más a la esperanza de una mañana de día soleado, para que cualquier alma se topara con ella, se le dibujara una sonrisa en el espíritu.

El hombre levantó la vista restregándose los ojos y cuando los tuvo bien abiertos pudo ver el verde, el amarillo, el pasto, las hojas, los árboles, el cielo, las nubes y sentir al viento en las orejas, fue ahí, donde pudo oír un susurro que le dibujó en el rostro un rictus de sonrisa alegre, entonces se sobaba las manos, se restregaba los callos y movía la boca. Hablaba vulgarmente solo, se sentía alegre consigo mismo, por lo cual dejó salir bajito una voz tan igual, como la que había escuchado, en sumo, copió el secreto del vientecillo que siguió de largo hasta las cañas del trigo y este también se vio muy apurado cuando, casi quedó enredado entre las ramas de los árboles y entonces tuvo que hacer otro nuevo esfuerzo para zafarse y luego perderse por el camino de tierra cercano, donde solo las piedras escucharon mudas, sin entender el lenguaje del perro, del gato, ni de los árboles y si no eran capaces de comprender esas voces, menos pudieron con la del hombre, porque ellas no entienden nada y quedaron impávidas cuando escucharon pasar. - Este año sí.- Este año sí.- cada vez más bajito.

La puerta de la casucha se abre dejando salir una bocanada de humo y una orden. - Éntrate pa'entro chiquillo del demonio.- El aire terso y tibio sostiene las canciones alegres de los pájaros que van pasando de rama en hoja y urdiendo zigzag en el tiempo, en las cañas, en el pasto, en las esperanzas. Él estaba embelesado con las imágenes reales y feliz ensoñando el futuro. El niño como si no hubiera escuchado, recoge un tarro, corre, salpica barro, per-

sigue al gato, le pega unos varillazos al perro, abre la puerta para entrar pero, no pudo cerrarla porque, una voz rectilínea tuvo más fuerza que él. - No hay azúcar, falta yerba.- Dos ojos café, grandes, redondos, estaban inexpresivos, fijos en el campo y con esta voz fue que comenzaron a mirar, volver a pestañear lentos y lo que lo llevó a girarse sobre sus pies, posando los ojos sobre una mujer flaca, de rostro arrugado, un delantal floreado con el cual se secaba las manos y después hurgaba un bolsillo hondo, sacando y sacando semillas que desparramaba a unas gallinas que llegaron volando, de no sé donde y lo curioso en cuanto ésta solo asomó a la puerta. Él no dijo nada, sino siguió parpadeando, claro que esta vez más rápido.

En un rincón, al lado derecho de la casa, mirando la salida del sol, afirmado en las tablas, descansaba el arado de chanco casi sin punta, tres cuartas más allá, el azadón romo, aún sujeta un pedazo de chéptica, el hacha paciente esperaba la energía de un rayo para revivir su función, mientras tanto, se conforma partiendo el suelo, como si de él fuera a brotar leña. Las ojotas de Pedro empezaron a secar la tierra con cada movimiento permanente, llegando a levantar pequeñas espirales de polvo en el tiempo lento y se notaba su lentitud en cada paso, tranco a tranco. La noche, el día, llegaban y se iban, pasaban despacio, lentos. Él se sentía cansado y miraba con ansiedad como los días del calendario desaparecían por entre las tablas tingladas de la cocina, Muchas veces se asustó pensando que era por el humo pero, al mirar a su mujer, ésta lo volvía a un despertar de hoy y al mismo tiempo, lo hacía soñar con una esperanza de mañana.

El tiempo trajo los amarillos, el sol, colocó rubias las cabezas, llegó el pan, el tostado, las gallinas corriendo por el rastrojo, peleándose los granos que habían quedado olvidados, cuan-

do ya estaban cansadas, se revolcaban, abrían las alas y se echaban cacareando a la sombra de unas matas.

Pedro, había enyugado temprano, ese día había que cruzar el barbecho y tenerlo listo para las primeras aguas. Mientras colgaba el arado en el yugo, comenzó a sacar las cuentas de los pagos, había que pagar el arriendo de un buey, dejar para el abono, para la harina del año, la yerba, el azúcar. Estaba en esos menesteres, pensando en cosas que le eran desagradables, levantó la mano izquierda, se rascó la cabeza, tomó la garrocha y por entre los huecos de los dientes, salió un grito suave, fueron los nombres de la yunta. Con paso tranquilo comenzaron hombre y animales a destripar terrones, entre tanto, los tiuques se daban un banquete de gusanos blancos, los bueyes se reían del hombre y este los picaneaba alegando, discutiendo sus nombres que se mezclaban entre regaños y silbidos. Tratando de hacerles entender que el arado debía dar vuelta la tierra, en ese ir y venir, vuelta y vueltas en el potrero se pasaron los días, los bueyes alegaban mañoseando, le rebatían cabestreándole las órdenes y él les respondía con las voces acostumbradas, con el grito. — ¡Vamos, Corazón!, ¡Negro!, ¡Negro...Corazón!. — El Pensamiento ese día estaba descansando, El Corazón tenía carácter calmado, sabía su trabajo, así que sólo de vez en cuando, para apurarlo un poco, le mostraba la garrocha. Le gustaba enyugar, el Corazón con el Pensamiento, estos casi trabajan solos, al mismo tiempo se podía conversar con ellos. No así con el Negro, con este había que estar atento, no permitía que ni siquiera le mostraran la picana, araba a medio trote, sin descansar. Fueron pasando los días, estaba llegando el otoño y la rastra molía los últimos terrones que habían quedado de la cruz, el Pensamiento con el Negro andaban apurados por terminar temprano, tranqueaban sin parar manteniendo la cadena siempre tensa y en una

de las vueltas, cuando pasaron cerca de las trancas, el Negro se paró, se sacudió el yugo, el Pensamiento se quejó con ese movimiento brusco, suspiró y no entendió nada. Pedro botó la garrocha, se acercó a la yunta y comenzó a desenyugarla, estaba en esos trajines y menesteres, cuando el Negro levantando el cogote y abriendo el hocico le preguntó: - ¿Este año sí? - Pedro quedó pensativo, meditabundo, abrió las trancas, los animales menearon la cabeza saliendo al camino y paso a paso, caminaron rumbo a casa. Él de atrás los seguía con el mismo tranco, pensando lo que había dicho el Negro, no miró el camino hasta que llegaron al corral. Pedro fue adentro de la casa y salió con una ración de avena para cada uno y mientras se las daba le tomó los cachos al Negro, le hizo cariño con unas palmadas en la cabeza, le acarició el cogote y se le acercó lo que más le permitió para susurrarle algo en la oreja y despacito, lo más calladito, lo más bajito que pudo y todo esto era para que no fueran a escuchar el Pensamiento y el Corazón. Este año sí. Levantó la vista y se recostó afirmándose en las varas del corral, esperando que apareciera en el cielo la primera estrella, para así poder respirarla y sentir la diferencia entre el día y la noche.

Tengo una pena caballa

Héctor Valenzuela Zura
Agricultor
COIHUECO, VIII REGIÓN



Hurgando en el baúl de los recuerdos encontré el Diario de Vida de un caballo, me llamó la atención el discurso, tal vez pronunciado durante la fiesta del rodeo y lo reproduzco en su totalidad como un intento de rescatar parte de nuestras raíces.

Por averiguaciones acerca de este personaje, me informé que era la historia vivida de un caballo corralero, hijo del famoso potro Don Temo, nacido en un rincón de esta generosa tierra enclavada en la Provincia de Ñuble, frente a la majestuosa Cordillera de los Andes.

No le colocó fecha ni firma, razones obvias tendría, averigüelas Ud.

Señor Director de...
Señor Presidente de...
Estimado lector de...
Amigos todos...

Yo sé que vosotros insertos en el mundo de las letras y el lenguaje de Cervantes, Neruda, Espronceda y tantos otros personajes de la narrativa, el cuento la prosa u otras especialidades de nuestro idioma castellano, estaréis pensando ¿Quién es este invitado de piedra que ha osado presentarse en esta forma?

No creo que importe mi nombre ni la fecha de mi nacimiento; pero si importa individualizarme, dame a conocer por mi estirpe, abolengo o linaje. Vale la pena que lo haga para que no se me confunda con el legendario y paciente Rocinante de don Quijote de la Mancha, ni con ningún vulgar jumento.

Soy un mamífero perisodáctilo de la familia de los équidos, científicamente un *equus caballus*, el vulgo me conoce como Caballo, he puesto énfasis en esta última definición para que muchas mentes obtusas que usan de mis servicios tampoco me confundan con el Caballo Marino que es un pez lafobranquio de la familia de los signátidos, o con el Caballo de Troya que Ulises construyó para engañar a los troyanos, ni con el Caballo de Vapor, que corresponde a una unidad de medida que representa el esfuerzo necesario para levantar 75 kilos de peso en un segundo a un metro de altura, no, no, no, nada de eso, soy simplemente un Caballo Chileno de pura y fina sangre, con las siguientes características antropométricas:

1,44 mts. De cruz al suelo, de perfil redondeado; de cuello ancho con una leve inclinación hacia las manos, la estatura de mi pareja (así se estila hoy) es aproximadamente 1,40 mts. Más o menos.

Hecha pues mi presentación, con el agregado de que soy un gran corralero, hijo del famoso «Don Temo» el que guiado por las diestras manos del Ñato Parada, arrasó con cuanto *champion* se disputaba en las medias lunas de mi patria, hace más o menos años a la fecha. Yo, sólo era un potrillo, pero todavía recuerdo los acordes de la guitarra y la sonora voz de la Negra Linda, Los Cuatro Huasos, Los Quincheros y la letra de aquella canción...échame el novillo por la media luna, frente a la bandera le hago la atajada... y eran cuatro puntos buenos en cada vuelta.

Por estos recuerdos es que tengo una **pena caballa**.

Mi padre, Don Temo, me contó varias veces que proveníamos de la raza del caballo español o moro andaluz que llegaron a esta larga y angosta faja de praderas, bosques, montes y ríos, venciendo las tempestades de la cordillera y la amarillenta soledad del desierto, portando en sus lomos a Diego de Almagro, Pedro de Valdivia y a García Hurtado de Mendoza para asentarse en los valles de Melipilla y Marga Marga; otros hicieron sonar sus cascos por tierras del sur, donde Arauco se hincha de aires puros y sus noches iluminan con el brillar de las luciérnagas, trabando amistad y mansedumbre con Lautaro y Caupolicán, después con Manuel Rodríguez; finalmente con Alberto Larraguibel saltaron a la fama para asombro y admiración de esta América Morena.

Bueno, y ustedes se preguntarán por qué insisto en que tengo una **pena caballa**, la verdad es que debo la explicación y allá va.

Fui creciendo, desarrollándome como potrillo, para llegar a potro chúcaro, nunca fui ajeno o indiferente a los apasionados relinchos de jóvenes potrancas, que insistentemente buscaban mi compañía, yo todavía incólume a los re-

quebros amorosos esperaba paciente que el tiempo diera la oportunidad; pero el día de la desgracia, confirmando aquello de que se dice que no hay plazo que no se cumpla, llegó también para mi el turno, y ello ocurrió cuando mi amo, el famoso Ñato Parada ordenó que había llegado el día de mi castración.

Nunca olvidaré ese día de ultraje a mi dignidad caballuna, confieso con cierto grado de vergüenza que un frío sudor corrió por todo mi cuerpo, sentí que un agudo dolor se extendió de mi tusa por la cola hasta las herraduras mismas recién puestas. Cuando me puse de pie con cierta dificultad, con espanto pude ver la poza de orines, consecuencia de un hecho consumado y como Nerón, el can favorito de mi amo se alejaba con un festín entre los dientes. Mi dignidad de futuro semental había sido extirpada por el filo de un cuchillo y la mano experta de mi propio amo y señor. Me puse de pie, con la cabeza gacha y muy colijunto caminé hasta donde estaban mis congéneres indiferentes a mi tragedia, y para sorpresa mía, me rehuyeron. ¿Cuánto tiempo duró esta pesadilla? Quince o veinte días infernales en que sólo atinaba mitigar mi vergüenza escondiendo mi trasero entre las zarzamoras y culenes que crecían junto al estero de aguas frescas y cristalinas. Días enteros, solo, a la sombra de los sauces, los únicos amigos que parecían llorar mi desgracia, a lo lejos divisaba el alegre corretear de mis compañeros; poco a poco, fui perdiendo el miedo, y la vergüenza de ser rechazado; decidí volver a la tropa, en muchas oportunidades escuché relinchos risueños, burlescos, miradas furtivas o exentas de compasión; pero el tiempo que todo lo borra y lo olvida fue pasando y al mes ya estaba totalmente repuesto de mi herida; y mi dignidad ya recuperada; por lo cual integré de nuevo la tropilla con ansias de vivir mi vida de caballo.

Por estos recuerdos es que tengo una pena ca-

balla.

Heredero de la agilidad de mi padre Don Temo, y guiado por las diestras manos de mi amo, arrasé también con el *champion* en la media luna de Chillán, San Carlos, Curicó, Rancagua, Temuco, Osorno, Valdivia y por supuesto en Coihueco, mi pueblo natal. Fui mimado por huasos bien montados del norte, centro y sur, de mi Chile lindo como el sol, palmoreado mi cuello por cientos de buenas mozas, y más de una potranca madura puso su cuello sobre el mío, tal vez porsiacá, pero yo, naca la pininaca. Mi habilidad de caballo corralero, la entereza y voluntad del gran jinete de mi amo, fueron siempre a la par.

¡Qué gran pareja hicimos juntos! hasta el día en que éste falleció en su ley, construyendo una nueva media luna para el pueblo de Coihueco.

Dos jinetes amigos de mi amo, mi padre y yo forman las dos colleras que corrieron el «novillo del silencio» en aquella oportunidad, discursos a granel en el homenaje a la memoria de mi amo el gran Nato Parada. A la salida de la media luna, aquí en Coihueco, todo el pueblo levantó un monolito en el que se colocó una plancha con su nombre. Creo que alguna vez correré de nuevo con él y con mi padre, allá en las alturas de la noche, en la media luna del cielo.

Por esto tengo una **pena caballa**.

He relatado una parte de mi vida y como bien dice la cueca «no hay primera sin segunda, vamos a la otra partida mi alma».

Pasando los picaros años, mis nuevos amos me destinaron al «potrero del rezago», donde parecía que el mayor cuidado del administrador era el verdor del forraje y como de pasa'ita un

mirotón para los que allí veíamos como la vez nos iba arrinconando, periodo en el cual muchas veces me comparé con el hombre, ya que el parecido o semejanza de ambas vidas bien valía ese parangón, por ello es que.

Tengo una **pena caballa**.

¿Acaso el hombre después de una vida útil y productiva no pasa a constituirse en un estorbo o trasto viejo? Mientras me consideré con cierto grado de vitalidad dada la fuerza de mis relinchos y corcovos que valieron para destinarme por un tiempo al arado con el que cumplí a cabalidad las ocho horas de labores agrícolas, hasta que llegó la máquina que al decir de los peones nos reemplazaría con tantos «caballos de fuerza»; posteriormente, fui destinado al carro lechero, confieso que me ruboricé de vergüenza, pues esta designación era un insulto a mi dignidad de haber sido un legítimo corralero, hijo de otro gran corralero como Don Temo, pero recapacité con la resignación de que los años no pasan en vano y el cambio que ellos hacen en nuestro físico ¡así es el destino! Y recordé como al hombre lo llevan en silla o afirmado en un bastón a la vereda de su casa, para tomar el solcito o para que los amigos y vecinos vean que aún respira y en el atardecer del día lo llevan a la pieza del fondo de la casa que con tanto trabajo y sacrificio logró edificar, así cada día de primavera o verano, mientras las hojas del calendario vayan cayendo, por todo esto es que tengo **una pena caballa**.

La diferencia está marcada en el final, cuando al hombre lo llevan dentro de una barnizada vitrina, en un automóvil fenomenal, acompañado de amigos que lo recuerdan para bien o para mal, su viuda aún joven, buena moza y con plata en la cuenta bancaria del difunto marido será el punto fijo de las miradas de cuanto donjuanesco buitre con sangre de zán-gano merodee por las calles del pueblo, con-

templando el cortejo, las comadres irán a manera de sentencia comentando «a rey muerto, rey puesto». En cambio mi viaje, en este caso será, en un camión de barandas altas, o tal vez tirado de una cuerda a «pasito lento, solo por la calle», hasta llegar al edificio de blancos muros que en su frontis dice «Matadero Municipal», así termina mi vida, sin viuda ni coronas, solamente el recuerdo consistente en un paquetito que dirá «CHARQUI EQUINO, MARCA DONpeso neto 1 kilo».

Por ello es que tengo una pena caballa, pero no obstante

CON ESTA MISMA PENA CANTO
CANTO CON ESTA PENA MORADA
Y EL SENTIMIENTO AMARILLO
MI PENA ROJA COMO GRANADA
Y EL SENTIMIENTO COMO MEMBRILLO.

Ingrata revancha

Leonardo Mosso Zolezzi
Pequeño agricultor

ISLA DE MAIPO, REGIÓN METROPOLITANA



¿Cómo te va, pu', Segundo? ¿Cómo está la Bandera?

Por ahí está, responde misteriosamente.

¿Y el Celaje? Lo tengo en casa del jutre. Me lo pidió, pa' que le cuidara la casa, allá está, lo veo todos los días. Le dan güena comía, tá gordo, vieras vos. Hasta se mejoró de la paleta. Para hacerlo pisar el palito, ladinamente le dice: supe que la Bandera, la llevaste a María Pinto y barrió con el perro negro, que tanto mentaban. ¿Jué cierto eso?. Es diablo Segundo, piensa, la respuesta le da la razón. Si, güeno, nunca tanto... le ganó, es cierto, pero estuvo peliagua la cosa, modestamente acota. Quearon hartos viejos picaos la otra vez, cuando echamos a correr los perros, te acordai.. Mire que tanta cosa, si se sabe que tu perra, es mejor que el Celaje. Este último comentario, hincha el pecho de su rival, que exclama jactancioso: la Bandera, corre convencia ahora, está harto más ligera, agrega, ya no quiere naide correrme por aquí. Esta es la ocasión, piensa Eusebio y con fingida timidez, como hablando consigo mismo, dice: ahora que el perro mejoró un poco de la paleta, podríamos echarlos a correr. Pa' cuando, más que preguntar, afirma Segundo. Esta tarde, en El Esfuerzo, te'igo. Se refiere al bar. Todos los trabajadores se re-

únen ahí. Hoy de seguro, van a haber varios. La copucha corre como reguero de pólvora. Patrón, el Segua, cayó en la trampa, hoy en la tarde tengo que respondele, ¿qué me dice? Se soba las manos. Pancho, menos eufórico, sopesa, pero contagiado con el entusiasmo de Eusebio, olvida precauciones e impetuosamente, le ordena, más bien. Le vai a jugar la vaca paría, la bestia ensillaita, los 2 quintales de lentejas, tamién, más encima te voy a pasar ochenta mil pesos en plata, pa' que se los mostrís y se los vas apostar, ¿oíste? Te voy a recomendar lo siguiente; escucha bien. Le vas a tirar el desafío haciéndote el leso. Déjalo que hable, hasta que le dé hipo. Cuando esté cabriao de pavonearse y se haiga tragao el anzuelo hasta las agallas, te lo traí pa' la orilla mansito, vai a ver.

Llega al bar, los peones callan, entre ellos Segundo. Estábamos haulando de los quiltros y justo llegaste. Eusebio no le da importancia y la conversación se desvía a los precios hortícolas, puesto que Segundo es chacarero. Le ha ido bien, es famoso por su aceptación entre las casaderas y por sus lindos ponchos. Como con disimulo, Eusebio saca del bolsillo de su raído pantalón, el fajo de dinero e indica al cantinero: -póngase unos «patitos de chicha», pa' los amigos, on Roberto. ¿Unos cuántos se-

rán? A ver... somos varios. Diez que sean. Todos agradecen y como acariciando los billetes, guarda el vuelto. Le da sogá. Finalmente, Segundo impaciente inquiere —¿Cuál es la respuesta, pu'hombre? — ¿Qué respuesta? — La de la carrera, ya ni te acordai. ¡De veras casi se me olvida!

Habíamos quedao en que... ya me acuerdo. Güeno -exclama casi insolente, — te voy a hace'te la carrera, pero con mis condiciones.

— Las que querái, responde. Tal cual Pancho pronosticó. — En la cancha, el Domingo 29, entonces, a las 3 y media. ¿Hecho? — Hecho. Se dan la mano.

Del cansado y alicaído lebrél, no queda nada. Los músculos, parecen saltárseles del cuero. Si no hubiera sido por Don Pancho, que le ha comprado el alimento y el doctor que lo mejoró. Si hasta la patrona, le hizo una capa, como las que salen en los libros, con el nombre Celaje, el cual, llevará el día de la carrera.

Celaje, desciende ágilmente de la camioneta. Los paisanos lo admiran. Tallas van y vienen. En dos carreras más, les toca. El galgo es masajeadó. Lo mantienen apartado, para no ponerlo nervioso. Capaz que un chiquillo, lo pise. — No se le acerque m'hijo, no lo vaiga a morder. Nunca hubo tanta gente, ni en las carreras de caballos. La gente rodea al galgo. — Me habían dicho que era color huevo'e pata. — No creo que le gane a la perra de Segua. — La otra vez lo cortó, casi por cuatro cuerpos. Llega a tener el lomo curcuncho.

— Debe ser rápido, el ba'ulaque, este. — La perra está ahí, ¿la juiste a ver? — Goñicha la bruta... esta carrera va a ser güena.

Llega la hora. Pasean los perros por la pista, cosa que la gente los vea. Llegan donde está la

meta y vuelven hacia el partidó. — Me gusta la overa, por cinco mil. — Conmigo. La señora que sea la depositaria. ¿Quién quiere apostarle a la perra? Diez mil. Veinte si quiere. El público, olvida los cuadrúpedos atletas y se enfrasca en las apuestas. Pancho, anota en su libreta. Momentito. ¿Cuánto tenemos los dos? Caramba, que hay plata apostada, si perdimos...

El calor del azar, desinhibe a la mayoría y las mujeres se atreven a jugar sus recortitos.

Los galgos con sus dueños, pasan enfrente de la ramada.

Bah, ¿qué viniste a hacer, vieja? Pregunta Eusebio a Zunilda, que rodeada de sus chiquillos, parece gallina con pollos. — A ve'te vine, pu. Celaje, aprovecha y se acerca a Carlitos, alegremente, le mueve la cola, le lengüetea la cara. El niño, feliz, lo abraza por el cuello y se quedan quietos. Dile que gane -le dice riendo- Zunilda. No hay pa'qué -ríe inocente el chiquillo, y lo aprieta más aún, entusiasmado.

Apuremos la carrera niñitos, hay varias más y se va a hacer tarde. — Carlitos y Celaje se miran tiernamente y el galgo majestuoso, sigue a su dueño.

Hay tensión en la cancha.

Eusebio apura el paso y lo hace trotar. Los galgos en la partida, observan fijamente el escondite, por donde sale, el señuelo. La señal se hace y los perros saltan velozmente, en pos del cuero de liebre embalsamado. ¡Se vinieron! A los 200 metros aún no hay ventajas, ninguno afloja. Las prodigiosas zancadas del lebrél, devoran los metros. Cada centímetro se combate a morir. Raudamente, recuerda a Eusebio. Ladra mentalmente de alegría. Que hermosos días he vivido últimamente. Te lo

agradezco tanto, mi amo. El olvido sumerge, maltrato, insultos, hambre, frío... todo. Solo la gratitud ocupa su estrecho cerebro. Gracias, gracias, reitera. Desearía lo escucharan: árboles, tierra, animales, humanos, amos míos, familia... Nunca nadie los ha querido tanto como yo.

¿Qué tiene este perro de mierda? -preocupado, musita Eusebio. Su vanidad, sus apuestas, el ridículo que le espera. Carajo, me llegó al pihuelo. El egoísmo humano, inclina como siempre la balanza. Amor sin dobleces, versus materialismo.

¿Qué hacer ante esta cruda evidencia?

¡Vamos Celaje. Hazle otro empenito! — El grito del pequeño, sobresale entre el ensordecedor griterío. — Vamos Celajito. — Se desgarran la garganta del chiquillo.

El noble lebrél siente el grito y como impulsado por un inexistente viento de cola, aumenta su velocidad, angustiosamente, saca fuerzas de flaqueza. Debe ganar, lo sabe. — Otro poquito más, Celajito. — Escucha a lo lejos, muy lejos. Cruza la raya de la meta y rueda violentamente por el arenoso suelo. — Se destungó tu perro, Eusebio. Parece que se enredó en la lienza. Fijate, que le sacó casi un cuerpo a la perra. — Segundo, resignado, paga. Eusebio mira a su perro, lo va a tocar, a acariciarlo, por última vez. Carlitos se adelanta y se abraza al agónico galgo, que parece ser, lo espera. Se abrazan. El sollozo infantil, contrasta con la algarabía de los ganadores. Lo arropa con la elegante capa y llora sobre él. ¿Qué saben de destungarse, de enredarse? Ambos se miran, se comprenden.

Tu aliento desgarrador, merecía un esfuerzo también brutal. Te cumplí, por cierto, mi compañero de aventuras. Si, crecimos juntos, apren-

diste a caminar apoyándote en mi lomo. ¿Cuántas veces te quité el pan de la boca? Te cacé hartas liebres. Apriétame más, me queda muy poco.

Perro y niño se funden en este último abrazo. El sollozo casi animal, rompe el respetuoso silencio de los presentes. - Celajito, Celajito...- Gime el niño.

La mirada del lebrél, se pierde en el infinito.

La loma del milagrero

Fernando Antonio Rojas Faúndez
Profesor de Educación Básica
PELLUHUE, VII REGIÓN



Los diarios, las radioemisoras, la televisión entregaban exactamente las mismas noticias. Hablaban de las mismas cosas. También callaban las mismas cosas. Eran los días en que nadie quedaba igual después de escuchar un rumor. El rumor era una agencia noticiosa que irrumpía en los hogares, en las conversaciones a hurtadillas.

Se hablaba que todo fue más cruento que lo que decían los gobernantes. Se hablaba de miles de muertos, miles de detenidos y desaparecidos. En ese ambiente en que los signos gramaticales debían ser muy bien pronunciados e interpretados, porque de lo contrario era exponerse a ser borrado del diario vivir. En ese ambiente, amaneció. Doña Consuelo había decidido cocinar empanadas ese día, aprovechando que su esposo, sin poder salir a ninguna parte por razón del estado de sitio, le había reparado el horno a la vieja cocina. — ¡Veinte años! ¡La edad de Robertito... y pagada con tanto sacrificio! Orgullosa, Doña Consuelo se disponía a pelar las cebollas para el pino cuando sonó el timbre. Doña Consuelo miró a su esposo y éste a su esposa y Robertito. Robertito dijo: — Yo voy mamá...

No, voy yo, replicó el padre y se dirigió a la puerta mientras el timbre sonaba nuevamente.

Se sintió cerrar y la voz de Don Roberto que anunciaba la llegada de un telegrama. Un pequeño silencio y atmósfera enrarecida de nerviosismo e interrogantes invadió la habitación. Ábrelo, pues Roberto.

Ya lo hago mujer, tranquila... «Consuelo: hoy falleció tu hermano Carlos. Viaja urgente. Irene».

Ahora el silencio fue más largo, más profundo y se terminó con los sollozos de Doña Consuelo.

Roberto, ¿cómo voy a viajar?, Así como están las cosas me da miedo...

No sé... pero algo habrá que hacer...

Mamá, ¿y si viajo yo?... es menos riesgoso para mí, por que si es verdad que revisan los buses y las maletas, eso produce retraso en el viaje y podría suceder que no se llegue en el día; de ser así, yo puedo dormir en el terminal de buses, mientras que para ti sería demasiado agotador y peligroso... no sé, pero yo propongo eso...

Yo también creo que eso es lo más adecuado Consuelo, no me gustaría que te expusieras a

riesgos por ahí.

Suspirando con rabia, pena y resignación, doña Consuelo exclamó:

¡Qué se le va a hacer, ni siquiera al funeral de un familiar puede ir una con tanta cosa que pasa!

Prepárate Robertito y te vas lo antes posible.

Todo transcurrió rápido. El bus salió esa mañana retrasado porque cuando todo estaba listo para su salida, alguien dio la orden de allanar el terminal de buses y entreabrir las maletas y guardar los contenidos, el tiempo que era lo único que corría sin problemas, pasó raudo, acortando el día.

Cuando era noche, Robertito llegó al apartado y rural lugar del velorio de su tío.

Una anciana rezaba y el resto de la asistencia respondía automáticamente. El olor a flores invadía todo. Coronas en las murallas, velas encendidas en todas partes, flores del campo en improvisados floreros.

El difunto era el único soltero de sus hermanos; vivía con la hermana mayor y su familia. Había fallecido de un ataque al corazón, según decían los familiares, y como el médico del pueblo era dueño de una parcela cercana y conocía al extinto por sus labores agrícolas, los deudos consiguieron el Certificado de Defunción sin que el médico lo examinara.

Había comenzado a hacer frío; la típica casa de campo con un comedor amplio y corredores estaba ocupada con gente del sector. En la cocina hervían agua que más tarde serviría para preparar el café de trigo. Por esa hora dos mujeres ofrecían un vasito de gloriado o de aguardiente. El reconfortante líquido apuró conversaciones y motivó a contar chistes.

De pronto, como que el frío se agudizó. Como que el silencio les robó la identidad a todas aquellas humildes personas que con ojos redondos y temerosos miraban hacia el patio, en los mismos instantes en que una camioneta y dos jeeps detenían su marcha enfrente de la casa, apagaban el motor y al parecer lo único que existía era la luz de los focos y el ladrido de los perros.

Sin saludo previo ni decir agua va:

Todos con los «carneses» en las manos...

Nadie salga de la casa...

Ya pó, ya pó, sacando los «carneses» -rezongó el recién llegado, que al parecer era el segundo jefe del grupo, y a éste, junto con su superior, era al que más se le notaba que había bebido alcohol. Toda la casa quedó revuelta: colchones con su lana de oveja en el suelo, roperos con la ropa tirada por cualquier parte, cajones abiertos, el entretecho, la cocina y hasta el gallinero, todo, todo, quedó en desorden.

¿Hay algo? -Interrogó el jefe.
Negativo mi jefe, no hay nada, ni siquiera algo sospechoso...

Irritado: — ¿Cómo que no va haber nada?..

¿Revisaron al muerto?... Silencio de parte de todos. Gritando: -Pregunto si revisaron al muerto...
No, mi jefe... es que no creíamos necesario... ahora, si Ud. dice, lo hacemos...

Por supuesto. Bajen el cajón. -Enérgico y cortante respondió el jefe.

Alguien apretó los dedos de la mano en el brazo de la hermana del difunto, sosteniéndola, intuyendo que ella iría a impedirlo. El que hacía de jefe, hombre relativamente joven, con

bigotes tipo cantante de boleros, preguntó con voz prepotente. ¿La viuda?

... No señor, aquí no hay viuda, el finadito era soltero, el era mi hermano... murió ayer en la mañana, pobrecito, fue un ataque al corazón, por más que le dimos gotitas y remedios de casa, igual que Dios se lo llevó... -contestó su hermana, con voz humilde y algo asustada. Mientras revisaban las cédulas de identidad, el jefe alzó la voz y dijo: -¿Y si este huevón no está muerto y es un terrorista escondido? Puede ser... -se apresuró a responder el segundo jefe. Estos extremistas son capaces de cualquier cosa... allanemos todo po' jefe, que nos demoramos...

Sí...procedamos... ya... sacándose los chaquetones y todos con las manos en la cabeza, las piernas abiertas y contra la muralla... Ya po', ya po', muévanse, -gritaba al borde de la histeria.

Ubicaron el ataúd en el piso. El segundo jefe y dos subordinados procedieron a abrirlo y a sacar al difunto tío de Robertito. El muerto, con su mejor tenida, se dejaba tironear hasta que lograron poner fuera de la caja fúnebre ambos brazos y una pierna. A todo esto, el resto de la asistencia al velorio estaba muda. Unos sentados, otros con los ojos tapados, otros rezando en silencio. El más joven de los subordinados advirtió algo así como un pequeño movimiento en los dedos de la mano izquierda del muerto. Le pareció una ilusión óptica y no lo contó al resto de sus compañeros; pero él no era el único en observar esta situación, luego ya no fueron solamente los dedos de la mano izquierda, sino que también las piernas, ambas manos, ambos brazos, las cejas y sus labios, aún cianóticos, también comenzaron a moverse lentamente, y tornándose de color natural. Los jóvenes subordinados, aterrados, gritaron al jefe y éste, con una copa en las

manos se acercó incrédulo:

Lo miró, sintió dos lanzas de hielo que le atravesaban el cuerpo, temblando, por el miedo y por el alcohol, estiró la mano, palpó el pulso y con sorpresa constató que era débil pero sin duda indicaba signos de vida. Pensó entonces que estaba vivo, que sería lo mismo que una vez que en una conversación con un practicante de su institución éste le había contado de un caso en que el muerto en realidad no estaba muerto y que solo había sido un ataque. Rápidamente, pensó qué haría su odiado jefe en esta situación, recordó eso de la mentalidad ganadora, eso de tener siempre la razón, eso de sacarle provecho a toda cosa en que se pudiera obtener adherentes y rápidamente también se decidió. Dio órdenes de reunir a todas las personas en el lugar donde se encontraba el difunto (o ex difunto) y así medio desmayadas, otros espantados, la gente tomó ubicación alrededor del jefe.

Señoras y señores, yo, Marcos Cuadras Hernández, jefe de este destacamento, les debo anunciar que gracias a que me dan pena sus pobrezas, heredadas de otros gobiernos, que sólo pensaron en su provecho y no el del pueblo, es que al verlos tan tristes, he decidido volver a la vida a este caballero; ya vieron que sólo con mirarlo a los ojos lo he traído a la vida nuevamente... — Con los ojos rojos por el alcohol y la locura del poder absoluto, continuó hablándoles de su milagro y que además era un enviado de San Marcos, es por eso su nombre. Robertito vio que su tío se incorporaba y que con voz entrecortada pedía agua, él mismo quiso ayudarlo, pero el culatazo de un arma lo envió exactamente debajo de una silla. Una de las viejitas pidió clemencia por el joven y su tío y comenzó nuevamente a rezar, pero el jefe la mandó a callar, sacar las flores al patio, llevarse al ex difunto al dormitorio, descolgar también las coronas y cambiar el

gloriado por un ponche, que cante la señora Rosario y brindar por el milagro. Borrachos, los subordinados brindaban con su jefe y alguno que otro vecino de don Carlos que también se entusiasmó, convirtieron la casa del velorio en una casa con fiesta. Robertito se dirigió al dormitorio donde estaba su tío, se dio cuenta que tenía dificultad para respirar y decía que le dolía el pecho. Rápidamente fue donde el jefe, el que insistía que una muchacha bailara con él. Le explicó que su tío estaba mal, que necesitaba ayuda médica, que debía trasladarlo hasta el pueblo más cercano en vehículo; pero el milagroso jefe reaccionó violentamente, diciendo que ya bastante esfuerzo le costó el milagro, que estaba cansado, con hambre y con sed. Robertito, indignado, le gritó que él no era campesino, que tal vez la gente de ahí creería eso del milagro, pero no él, que además era un farsante, un abusador de su autoridad y aprovechador de la ignorancia de los demás, que si el tío se moría sería también un asesino... -de improvisó alguien gritó: — ¡Don Carlitos se muere otra vez... dio tres suspiros y quedó con los ojos abiertos..!

Robertito corrió al dormitorio y encontró a su tío tal como lo anunció la voz que gritando comunicó la segunda muerte. Volvió tan rápido como salió al comedor y se abalanzó sobre el jefe, pero un subordinado apretó el gatillo de su fusil y el cuerpo del joven se desplomó lentamente, acompañado por el eco del estampido que recorrió toda la casa y la fría noche.

Los asesinos ordenaron a los deudos que entraran nuevamente las flores y las coronas, que las señoras comenzaran a rezar el rosario y que se ofreciera gloriado a los asistentes. Ubicaron los cuerpos inertes, cada uno en una cama y poco a poco se fue creando un ambiente de velorio, frente a la incertidumbre de los lugareños y dueños de casa. Antes de retirarse del lugar y con la voz típica de un borracho, el jefe

se dirigió a los asistentes.

Son todos unos mal agradecidos, nosotros queríamos resucitarles al muerto, pero ustedes no colaboraron; este cabrito era un extremista que nos quería atacar y seguramente, después los atacaría a ustedes también, es por eso que nos vimos en la necesidad de eliminarlo...

La gente miraba los cuerpos sin vida y automáticamente respondieron al rezo que una de las ancianas comenzó a rezar. -Dios te salve María, Madre de Dios...

La mañana era limpia, por la ventanilla del vehículo entraba una suave brisa y allá lejos, se veía la cordillera blanca, blanca, blanca.

Papá, ¿por qué a este lugar le llaman la Loma del Milagrero?

El hombre, con cariño, le tiró la oreja a su hijo, diciéndole:

Prometiste mejorar tus notas en historia, ¿te olvidaste acaso que te ofrecí un viaje de pesca por el lago?.. en todo caso, ¿recuerdas ese tomo de la antigua colección de libros en que cuentan cuando América estaba dividida en países? Bueno, en uno de esos textos aparecen varias narraciones, entre ellas la de la Loma del Milagrero, deberás leerlas, entonces comprenderás por qué hoy tenemos un cielo azul y un mar que tranquilo nos baña.

La mañana era limpia.

El bailarín de folklore

Branny Cardoch Zedan
Comerciante

SANTIAGO, REGIÓN METROPOLITANA



Mientras me inclino, feliz, para saludar junto a mis bailarines, me digo a mí mismo que nada ha cambiado, son los mismos aplausos y los mismos gritos de entusiasmo que en los viejos tiempos, cuando yo también bailaba. El Patagual desborda y la alegría que nosotros sembramos se nos retribuye en forma generosa.

Última noche de festival. Los premios se acababan de entregar entre aplausos y pifias. Tres días de gran trabajo, coordinación, muchos gritos y poco descanso, pero ¡qué felicidad!, somos buenos, muy buenos. Mi conjunto es disciplinado y cumplidor, he logrado inculcarles todos esos valores que tanto predicó mi maestro, siempre lo recuerdo y antes de iniciar el espectáculo reúno al elenco y les digo lo mismo que Hermógenes Méndez nos decía a nosotros: «si no están seguros de ser los mejores, es preferible que se retiren ahora, más vale ser un buen diletante que un mal profesional».

Mientras el público sale empujándose unos a otros, dejo a mis bailarines cambiándose de ropa y me mezclo con el gentío para escuchar sus comentarios. Entonces lo veo pasar, por un momento creo que sólo es una equivocación de mi parte, un remoto parecido que vuelve

del pasado. Camina con dificultad apoyado en un bastón. Lo veo triste y ensimismado. ¿Será Pablo? Me apuro para ponerme a su lado y lo miro de reojo. Si, es él, ¡Dios mío! Como ha cambiado. Pobre, claro que tiene motivos para estar triste. Cuando teníamos veinte años éramos los mejores bailarines del conjunto. Estábamos en todos los espectáculos y Hermógenes siempre nos miraba con cara de duda, tratando de dilucidar cuál era el mejor.

Humildemente reconozco que Pablo zapateaba mejor que yo, con más fuerza. Su cepillado sacaba chispas y sus ojos lanzaban fuego. El público lo aplaudía de pie, entonces él me miraba desafiante, como diciendo -Ves, soy mejor que tú- pero no me daba envidia, yo le ganaba en gracia y donaire. No éramos enemigos, todo lo contrario. Él deseaba mi gracia y yo su fuerza. En los ensayos tratábamos de ayudarnos mutuamente, él diciéndome como igualarlo y yo deseando inculcarle mi liviandad, pero parece que con eso se nace y nunca pudimos enseñarnos nada.

¿Qué había pasado? Durante años quise encontrarlo y volver a sentarme a su lado para desgranar nuestros recuerdos y saber de su vida. ¿Acaso su cojera es consecuencia de esa mala caída aquella noche de gloria? Mientras lo

miro caminar siento su pena y la hago mía. Pablo, mi viejo amigo, dime ¿puede mi voz consolarte o mi amistad servirte de apoyo?

Recuerdo la noche en que debutamos en Concepción a beneficio del Hogar de Niños, él se lució en su rol del brujo que bendecía un matrimonio mapuche. La Susana y yo habíamos hecho nuestra parte y sacamos muchos aplausos, pero cuando Pablo saltó al escenario haciendo volar su inmenso poncho y agitando ramas de canelo sobre nosotros que nos habíamos arrodillado humildemente, el público guardó silencio, el torbellino de su baile, las piruetas de bailarín clásico y ese no se qué de mágico que transmitía, hizo desaparecer todo lo demás. Al terminar su parte, los gritos y aplausos hicieron temblar el escenario. La Susana y yo nos mantuvimos aparte, era su triunfo, su noche de gloria, lo dejamos solo para que disfrutara. Salió corriendo para tirarse en nuestros brazos y felicitarnos mutuamente. Tropezó con un madero atravesado en su camino, perdió el equilibrio y cayó de tan mala forma que se quebró la pierna derecha. -Nada de importancia- dijo el médico, en un mes estará como antes.

Durante ese tiempo estuvo enyesado rumiando su rabia, pero su pierna quedó débil y vinieron los tratamientos. No podía bailar. Estábamos invitados junto a otros miembros de la compañía a una gira por Europa. Era una oportunidad que no podíamos perder. Pablo no pudo ir, con pena lo dejamos atrás. Cada día lo recordábamos y las tarjetas y cartas se despachaban a diario desde todos los lugares. El debía saber que vivía en nuestros corazones y agarrar fuerzas para sobreponerse y volver a ser el mismo bailarín de cueca que era antes.

Cuando otro hacía sus roles sin el empuje que lo caracterizaba y que lo convertía en un ser único e insustituible, no podíamos dejar de comentar, -Pablo lo hacía mejor-, o -¿Qué lís-

tima que Pablo no esté con nosotros! Poco a poco Pablo se convirtió en nuestra obsesión, Pablo, siempre Pablo, era nuestro fantasma, motivo de conversación. Sin estar presente llenaba nuestras vidas y gravitaba sobre la compañía.

Cuando regresamos, seis meses después, corrimos a su casa, pero no estaba, su madre, con los ojos llorosos nos dijo que no había quedando bien y desesperado, buscando alguna mejoría, partió a Brasil en busca de un médico brujo, muy recomendado, que decían era milagroso. Lo esperamos mucho tiempo, pero Pablo no regresó, desapareció de nuestras vidas y nunca supimos más de él. Hasta esta noche.

Parado en medio del gentío que me empuja, siento latir mi corazón con fuerza y el impulso de abrazarlo y saciar mi curiosidad se hace más intenso. Me adelanto un poco para que me vea, pero está tan metido dentro de sí mismo que no se da cuenta. Estiro mi mano y toco su hombro, reacciona lentamente, levanta su cabeza y me mira extrañado.

Pablo, soy yo, Ramón, ¿me recuerdas?

Con sus ojos anegados, como una compuerta que lucha por no desbordar, me sonríe.

¿Cómo olvidarte, Ramuncho? Siempre fuiste el mejor.

La compuerta se rompe y ambos lloramos unidos en un abrazo de tiempos perdidos, de nostalgias y penas.

Dime Pablo ¿qué pasó? ¿por qué desapareciste?

No pasó nada, es mejor no recordar. Deja el pasado donde está, ya no podía ser el mejor, no valía la pena seguir. Eso es todo.

Se desprendió de mi abrazo y, al igual que treinta años atrás, Pablo se fue sin decir adiós. Me quedé clavado en mi lugar mirándolo desaparecer en la vorágine humana. No puede dejar de recriminarme. Si esa noche hubiese estado a su lado nada habría pasado. ¿Por qué abandoné el escenario antes de tiempo? ¿por qué Señor, por qué? Pero los por qué ya no servían de nada. La vida había pasado y las ilusiones las había arrastrado el tiempo. Al menos yo tenía mi propia compañía, mis bailarines, tan jóvenes y esforzados como Pablo y yo lo habíamos sido, pero él ¿que tiene? Nada, menos que nada, sólo una pierna coja que le hace recordar sus triunfos y un dolor tan grande que no lo deja vivir.

Para ocultar mis lágrimas apoyo mi cabeza en un árbol y ahí me quedo hasta que El Patagual está en silencio. Como un enjambre me rodean mis muchachos.

¿Qué pasa, maestro, por qué llora? ¿lo hicimos mal? Diga, por favor.

Les sonrío igual que Pablo me sonrió a mí, con una mucca de lejanía, juventud perdida y sin esperanza.

No me pasa nada, sólo me visitó el pasado. Su belleza me duele.

Categoría "B"

Me lo contó mi abuelito



Cuentos fantásticos, historias fantasiosas, tradiciones lugareñas, todo eso que fue o un día será leyenda, es lo que nos muestran estos pequeños cronistas, arrastrándonos en su expedición a un Chile siempre por descubrir.

Para no demorar su partida, sólo quiero compartir con el lector algunos puntos indispensables para una justa valoración de estas páginas.

El lector deberá tener siempre presente que la categoría B del concurso se llamaba «Me lo contó mi abuelito», es decir, no era una competencia de «originalidades», sino un aporte a la fijación de la tradición oral, mediante su recreación en un relato escrito. Esto no le quita mérito a los pequeños narradores, sino que se los aumenta, pues ese trabajo continúa el de chilenos tan destacados como Yolando Pino, Oreste Plath y otros que recorrieron el territorio «grabando» relatos de «abuelitos» mineros, peones o huasos, pescadores, navegantes, ganaderos o agricultores, y luego nos contaron esos relatos por escrito.

Los premiados

Dentro de su variedad, los tres primeros premios tienen como denominador común plasmar la creatividad infantil dentro de un esquema muy cercano a la fábula, con papel protagonista de animales y seres inanimados que hablan, piensan, gozan y sufren como personas.

En *La papa, el gualato y el hombre*, aparece como personaje central el trabajo humano, comenzando a entrar en conflicto con sus herramientas y con la naturaleza. Sin embargo, la relación es todavía tan directa, que sería antojadizo

pretender sacar una moraleja ecológica. En cambio, esta aparece si nos alejamos del medio familiar. Juguemos, por ejemplo, a cambiar el campesino por un empresario extranjero, el gualato por un «barco factoría» y las papas por los peces y mariscos. La falla entonces no sería el astil roto, sino las máquinas averiadas, y el hombre no abandonaría el papal sino el mar chilote... ¿Y no es verdad que en ese caso todos, autor, lector y prologuista estaríamos felices?

Matilda ¿vaca o gallina? ejemplifica el gusto del cuento popular por el absurdo. Mediante este recurso, el amor supera las barreras de la naturaleza, lo que por raro puede resultar divertido, frente al salto de las barreras económico-sociales, tan usado en las teleseries, y que a menudo cae en lo simplemente ridículo. Pero hay un elemento más humano en Matilda, y es la existencia de seres diferentes, la posibilidad de convivir con ellos y aceptarlos, por raros que nos parezcan.

En **La avestruz y el zorro** hallamos la gracia de la narración popular con elementos propios de la fábula, como la solidaridad con los afligidos y la inteligencia como arma de los débiles para vencer a los poderosos. En este caso, anotemos el gesto humorístico agregado por la «caballerosidad» del zorro que necesita «ir al baño»...

Estos tres primeros premios tienen -para participantes y lectores- un mérito adicional: representan a las tres zonas geográficas naturales del país, Norte, Centro y Sur, representatividad territorial y humana que se mantiene en las menciones honrosas otorgadas por el jurado y los textos con recomendación para publicar.

Las menciones honrosas

Cómo no premiar la profunda «investigación» histórica que significa descubrir que Alonso de Ercilla se detuvo en la propiedad de los propios abuelos... O el sacrificio materno llevado al grado de lo sobrenatural por la vía celestial o de la brujería; o la lección de ayuda al necesitado que dan los animalitos, las aves y hasta los duendes del bosque; o la inteligencia infantil alimentada por la sabiduría aldeana; o el humor campechano del que no escapan ni los reyes, y hasta la destreza para contar una historia en verso...

Todo eso -y mucho más- descubrirá el buen lector en los textos merecedores de menciones honrosas.

Después de este recorrido por el libro, que el jurado se ha empeñado en que sea también un recorrido por las tradiciones regionales, pienso que la sola lectura del índice de los trabajos con premios y menciones, resonará en nuestros oídos como la lista de un curso en que nos hubiera gustado estudiar, para tener amigos Caniqueo Paillal, Catín Cheuquemán, Choque Calizaga, Churata Choque,

Nahuelquin, Saire Colomar, y otros hermosos apellidos que estiran la familia nacional hacia el norte o el sur, hacia las islas o el altiplano, más allá de los Guzmán Gómez del valle central o del simple Pérez que firma este prólogo...

Así, por sus textos y contextos, estos cuentos infantiles nos dan una lección tan repetida como frecuentemente olvidada: la enorme variedad de la naturaleza de Chile, de su flora y fauna, de sus costumbres, tradiciones y tipos humanos. Y hasta de formas tan variadas de hablar, distintas palabras para decir los mismos sentimientos y los mismos sueños, que forman nuestra identidad nacional.

Floridor Pérez
Escritor

Primer Premio

La papa, el gualato y el hombre

Moisés Antonio Unquén Unquén
10 años
Estudiante de 5° año básico
Escuela El Estero
ISLA CAHUACH, X REGIÓN

Una vez un hombre fue a sacar papas para hacer su cena y olvidó su *gualato** en el papal.

De repente, una papa que estaba cerca le dijo al *gualato*:

— Oye amigo, no me arranques de aquí ¿ya?

El *gualato*, un poco sorprendido, le contestó:

— Yo no te quiero sacar, es el hombre, que con su fuerza me obliga.

Un día el hombre se enfermó de un dolor en la espalda, porque después que sacó papas, fue a cortar un palo para hacer leña. Como el palo era tan grande, se lo echó al hombro y en ese momento sintió el dolor. Por eso al otro día no pudo sacar papas.

¡Qué contentas estuvieron las papas ese día!



Pero cuando el hombre se mejoró, volvió a sacar papas y entonces encontró su *gualato* con el astil podrido.

— Tendré que ir a cambiar de astil, porque así no podré trabajar -dijo entonces.

Volvió a su casa y cuando estaba preparando

un palo para astil, una astilla le saltó y le pegó en la cabeza. En ese momento el hombre quedó medio aturdido.

Entonces, de la rabia que sintió, tiró su gualato al monte y dejó las papas tiradas en el papal para que se pudran o las coman los chanchos.

Entonces las papas vivieron felices y tranquilas en la tierra, hasta dos meses después, cuando el hombre pasó con su arado sembrando trigo.

* «Gualato: azada de hoja ovalada por un lado y como hachita por el otro, inserta en un astil fijo. Sigue siendo hoy la herramienta más usada por los campesinos en Chiloé.»

Segundo Premio

Matilda ¿vaca o gallina?

Mabel Zapata Retamal
14 años
Estudiante de 8º año básico
Escuela Gabriela Mistral F -536
PAINE, LONGAVÍ, VII REGIÓN

Una vez me contaron que en una granja hubo un animal extraño llamado Matilda; este animal era especial porque era una gallina a medias con vaca.

Matilda tenía aspecto de gallina, porque tenía plumas, ponía huevos y tenía pico, pero a la vez era vaca pues mugía, tenía cachos, cola y daba leche. Era un poco más grande que una gallina, pero más pequeña que una vaca.

«¿Sería gallina o vaca?», se preguntaban todos.

Unos decían «Es vaca, porque da leche», y otros decían «¡No! Es gallina. ¿No ven que pone huevos?».

Ella a veces se molestaba por aquellos comentarios de mal gusto, pero otras veces se sentía feliz pues todos se fijaban en ella. Era la novedad de la granja, la gran atracción.



Matilda ponía sus huevos en un lugar oculto y luego los incubaba. De ahí salían sus hijos, que eran pollos, porque ella estaba casada con don Gallo. Él, a la vez, se sentía alegre al ver a sus hijos tan bellos, pues todos lo molestaban por estar casado con Matilda.

Los hijos de Matilda se alimentaban de leche y no de maíz, como todos los pollos.

Todos se preguntaban «¿Quiénes serán los padres de Matilda? ¿De dónde habrá salido?».

Un día encontraron respuesta a sus preguntas al oír a sus dueños decir que esta gallina a medias con vaca era hija de un toro y una gallina, que superaron las barreras de la naturaleza, al luchar por su amor.

Su dueño la quería mucho; nunca la vendió y menos la mató.

Por lo demás era muy beneficiosa, porque daba leche y ponía huevos a la vez, aunque nunca los encontraban.

Matilda nunca tuvo hijos igual a ella.

Su recuerdo se convirtió en una leyenda y siempre perduró la pregunta y aún está: ¿Sería gallina o vaca?

Tercer Premio

El avestruz y el zorro

Elvira Elena Choque Calizaya
14 años
Estudiante de 8° año básico
Escuela E -43 El Marquez
TICNAMAR, PUTRE, I REGIÓN

Era una vez un zorro que iba en busca de comida para sus cachorros. Llenó un saco con pajaritos y emprendió el camino de regreso. Cuando iba caminando, pasó por una laguna y al lado de la laguna había una vieja avestruz, que estaba sentada en su silla, tejiendo.

Al zorro en ese mismo instante le habían dado ganas de ir al baño. El zorro se acercó a la vieja avestruz y le preguntó dónde podía ir al baño. La vieja avestruz le dijo que tenía que ir al otro lado del cerro. El zorro, antes de irse, le dejó encargado el saco al avestruz y le dijo que por favor no lo abriera.

La vieja avestruz se preguntaba qué es lo que llevaría el zorro en ese saco. Llegó un momento en que no pudo más y fue más poderosa su curiosidad; entonces abrió el saco y salieron volando todos los pájaros que el zorro había logrado cazar.



La vieja avestruz al darse cuenta de lo que había hecho no supo qué hacer, porque si llegaba el zorro y se daba cuenta que en el saco no había nada, se iba a enojar muchísimo. Entonces se le ocurrió llenar el saco con muchas espinas, para así poder engañar al zorro.

El zorro llegó, le dio las gracias al avestruz, tomó el saco y siguió su camino.

Cuando iba camino a su casa, empezó a sentir unos pinchazos en la espalda y el zorro pensó: «deben ser sus uñitas», y siguió caminando.

Rato después volvió a sentir los pinchazos en la espalda y esta vez pensó: «deben ser sus piquitos». Así llegó a su casa donde se encontraban sus cachorros.

El zorro le dijo a sus hijos que abrieran sus bocas y ellos las abrieron, el zorro vació el saco sobre sus cachorros y los cachorros, como estaban muy hambrientos, comían y tragaban las espinas sin darse cuenta.

Al poco rato todos los cachorros habían muerto por haber comido tantas espinas.

El zorro se enfureció y fue en busca de la vieja avestruz. Cuando llegó a la laguna encontró a la avestruz en medio de ella. Claro que la vieja avestruz se había ubicado en ese lugar, porque sabía que el zorro vendría a buscarla.

El zorro no sabía como sacarla, porque él no sabía nadar, entonces le dijo:

— Me tomaré toda el agua de esta laguna y cuando esté seca, iré a buscarte.

Y comenzó a beber el zorro. Tragaba y tragaba agua de la laguna y ésta parecía que nunca se secaría. El zorro comenzó a hincharse de tanta agua que había tomado. Tenía tanta rabia, que no se daba cuenta que ya parecía un globo peludo y seguía bebiendo agua.

Llegó un momento en que ya no pudo tragar más agua. Entonces, se llenaba la boca de agua y la botaba y así lo hizo hasta que el cansancio fue haciéndose cada vez más fuerte.

Estaba tan hinchado y cansado, que se fue a recostar al lado de unas matas de «paja brava».

De pronto se quiso dar vuelta y una «paja brava» lo pinchó y el zorro reventó en mil pedazos, los que saltaron por todos lados.

Es por eso que hay tantos zorros en el altiplano y los avestruces les tienen miedo.

Menciones Honrosas

El paso de Alonso de Ercilla por la Isla Puluqui

José Sebastián Gallardo Almonacid
Estudiante de 4º año básico
Escuela El Sembrador de Chope
ISLA PULUQUI, CALBUCO, X REGIÓN



Me contó mi abuelo que el poeta Alonso de Ercilla, primer español que atravesó el Canal de Chacao y llegó a Chiloé, cuando pasó frente a la Isla Puluqui, se acercó al lugar y en un árbol que pertenecía al terreno del padre de mi abuelo, don Alonso de Ercilla escribió el siguiente verso:

Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla el primero,
en un pequeño barco *desastrado**
con solo *uno** cruzó el desaguadero.

** No es raro que la memoria traicione al anciano abuelo del autor: en realidad Ercilla dice: «barco desastrado», es decir sin «lastre», arena o piedra que se pone en el fondo de la embarcación para mantener el nivel de flotación y el equilibrio. Y no cruzó con solo uno, sino «con solo diez»...*

La verdadera historia del Chingue

Loreto Alejandra Peña Pittet

13 años

Estudiante

Escuela G -35 Diego Portales

LAGUNA BLANCA, XII REGIÓN



En una lejana tierra que, en este momento el nombre no interesa, porque solo importan los hechos, había un bosque espeso y oscuro. Hubo una gran tormenta de nieve y una gran desesperación de los animales por salvar sus vidas y las de sus familias.

Muchos animales trataron de ir a lugares en donde refugiarse, pero era tan poco el tiempo que tenían para esconderse, que se fueron al bosque.

No muy lejos de ahí, un ñandú conversaba muy atentamente con un chingue; todavía no se daban cuenta de lo que pasaba a su alrededor, hasta que una ágil liebre les dijo:

— ¡Ñandú, chingue, se aproxima una tormenta de nieve, corramos! Los animales ya se han ido al bosque para esconderse.

— ¡Vamos, si fuese así, tenemos que ayudar a los animales del bosque!-contestaron ellos.

Así lo hicieron, corrieron y corrieron. El ñandú, con sus grandes trancos, avanzaba rápidamente acompañado de los grandes saltos de la liebre. Entrando al bosque, el ñandú exclamó:

— ¡Estamos salvados, amigos!

Pero al mirar, se dieron cuenta que el chingue no estaba. El ñandú se dio cuenta de su torpeza, pues no pensó que el chingue no corría tan rápido y seguramente se había quedado debajo de la nieve.

Pensaron en ir a buscarlo, pero un viejo y sabio guanaco manifestó que ya era demasiado tarde, pues con esa tormenta blanca ninguno de ellos sobreviviría.

— Dios legó al chingue sus patas cortas y torpes para correr. No es nuestra culpa que él muera congelado en la nieve.

Aún no terminaban de hablar, cuando a la entrada del bosque apareció el chingue cubierto de nieve y casi congelado. El guanaco dijo que lo ayudaran y los animales prontamente lo rodearon y trataron de animarlo, pero estaba muy mal.

Sobre la copa de un gran árbol había una bandurria que había estado observando todo lo ocurrido. Les pidió que lo subieran a su nido para que se refugiara y obtuviera calor. Así, las aves voladoras que allí estaban tomaron el agónico chingue y lo llevaron hasta el nido.

Después de un rato, el silencio y la tranquili-

dad se hicieron presentes. Sólo el silbido del viento y el ruido de los árboles eran la compañía de los animales. De pronto el chingue comenzó a reaccionar y los animales que estaban atentos mirando el nido, se dieron cuenta que el chingue estaba bien y gritaron emocionados:

— ¡Viva! ¡El chingue está vivo!

La bandurria le dijo al chingue que con su pico le sacaría la nieve del lomo, pero éste le señaló que eso no era nieve, que él era así. Un caiquén que estaba muy atento escuchando lo que hablaban pensó en lo extraño del color del chingue.

— Es una historia muy larga -dijo el chingue.

Una lechuza posada en una rama le pidió al chingue que contara su historia. Este aceptó y comenzó diciendo:

— Esta historia se remonta desde que el hombre todavía no llegaba a estas tierras. En una tarde de invierno como ésta, violentamente vino una tormenta de nieve y el único que estaba a salvo era un viejo chingue cuyo cuerpo en ese tiempo era completamente negro. Vivía en un gran tronco hueco y comenzó a observar atónito lo que pasaba a su alrededor y vio como muchos animales no encontraban dónde esconderse. El chingue salió de su tronco y comenzó a llamarlos para que se refugiaron allí.

Llegaron cientos de animales y él les dio albergue a todos. El chingue era tan sabio, que estaba preocupado de que no faltara ninguna especie en el tronco, pues sabía que afuera nadie sobreviviría y alguna especie podría desaparecer del lugar. Con ramas taparon los huecos de los dos extremos del tronco. Todos se abrigaron unos con otros. Se dieron cuenta que había un forado de la parte superior del tronco

y no tenían con qué tapanlo. El viejo chingue tomó la decisión de colocar su cuerpo tapando aquel hueco, quedando su lomo en contacto con la nieve. Quedó protegiendo a los animales durante toda la noche.

Al otro día los animales despertaron, los más grandes sacaron las ramas que tapaban los orificios y salieron al exterior, ayudando a los más pequeños. Estaban felices, pues se habían salvado; le debían sus vidas al chingue, pero éste no estaba. Corriendo fueron a buscarlo y aún se encontraba en la misma posición de la noche anterior, pero ya no vivía. Había muerto por salvar a todas las especies de animales de la Patagonia. Por eso Dios nos legó la marca de la nieve en el lomo, en recuerdo y agradecimiento por su valentía y solidaridad.

Los animales que escuchaban la historia con mucha atención, se emocionaron hasta las lágrimas y todos aprendieron que estando unidos se pueden lograr muchas cosas, como, por ejemplo, salvar vidas.

Las niñas hacendosas

Tamara Haymara Vega Benítez
10 años

Estudiante de 4° año básico
Escuela Prat N° 39 Luis Cruz Martínez
VILLARRICA, IX REGIÓN



Cuenta mi mamá que su mamá le contó que había una vez un matrimonio que tenía dos hijitas. Esta familia vivía muy feliz, hasta que un día la mamá enfermó, sin mejorar hasta el día que murió.

El papá, con mucha pena, tuvo que salir a trabajar, dejando a sus dos hijas muy pequeñas solitas en la casa. Al regresar por la tarde se encontró con la sorpresa de que la casa estaba aseada, la comida estaba hecha y las niñas muy bien peinadas y limpias, esperando que llegara él para cenar.

El padre, sorprendido, preguntó:

— ¿Cómo pudieron hacer esto?

Con mucho esfuerzo, papá -respondieron.

Al día siguiente ocurrió lo mismo y así durante varios días. La razón verdadera fue que el amor de la madre era tan grande, que aunque muerta, seguía ayudando a sus hijitas, pero sin que el padre se enterara, ya que ella sabía que los adultos son incrédulos y eso rompe los encantos e impide los milagros. Siendo así, ella no podría más socorrerlos.

Sin embargo, la curiosidad del papá fue tan

grande, que una mañana se quedó escondido y no fue a trabajar. Después de un rato entró a la casa y cuál no sería su asombro al descubrir que era su mujer quien venía a ayudar a sus pequeñas. Pero apenas sus miradas se cruzaron, ella desapareció para siempre y ya jamás la vio.

Algo de esto lo he vivido, algo me lo contaron, pero la gran mayoría, al campo se lo he robado.

La mujer que se convertía en oveja

Jonathan Javier Toledo Ponce

13 años

Estudiante

Escuela Las Palmas

OLMUÉ, V REGIÓN



Mi abuelita cuenta que hace muchos años atrás vivía en este pueblo un matrimonio que tenía siete hijos y que eran muy pobres. Vivían de los mismos productos que cosechaba el padre en su misma tierra.

El hombre, aburrido de ganar tan poco dinero, decidió irse a trabajar lejos, dejando a su esposa y a sus siete hijos. Con tanta mala suerte que no encontraba trabajo, pero decidió no volver a su casa sin dinero para su familia.

Mientras tanto, en su casa, su esposa y sus siete hijos se encontraban en la pobreza más grande. La mujer, cansada de ver a sus hijos pasando tanta hambre, no hallaba qué hacer. No muy lejos de su casa vivía una viejita que siempre le decía:

— Yo te puedo ayudar mucho más de lo que tú piensas, si te decidieras. Pero con la condición de que nadie tiene que saberlo, ni siquiera tu esposo ni tus hijos. Con esta ayuda que yo te puedo brindar, tus hijos no pasarían hambre.

Era tanto lo que esta mujer le insistía, que ella decidió aceptar la ayuda tan misericordiosa que ella le ofrecía. Un día, después de no tener nada que comer fue donde la viejita y le dijo

que estaba de acuerdo. Entonces la viejita le dijo:

— Yo te daré estos menjunjes. Tienes que pasártelos por todo el cuerpo. Te convertirás en una oveja y saldrás a recorrer los campos del lugar para buscar comida para tus hijos. Debes hacerlo solamente los martes y los viernes a las doce de la noche. Para que tus hijos no se den cuenta, te pasaré otro menjunje y ellos se convertirán en pequeños borregos.

La mujer, al escuchar esto, se quedó muy sorprendida, pero recibió igual las cajas que la viejita le pasó y las guardó cuidadosamente con llave.

Pasaron días y meses y su marido no llegaba a la casa con el dinero esperado para alimentar a la familia. A todo esto, falleció la viejita que a veces la ayudaba con comida para sus hijos.

De tanto pasar hambre, un día decidió probar aquel secreto que le había dado la viejita para ver qué pasaba. El siguiente martes, a las doce de la noche, empezó primero con sus hijos. Vio con gran asombro que iban convirtiéndose en pequeños borregos. Ella se embetunó también y salió a buscar alimentos para sus hijos. Repitió esta acción por varias veces.

Al cabo de un tiempo, su marido volvió al hogar pensando que sus hijos estarían en una situación crítica. Con gran asombro vio que sus hijos estaban bien alimentados.

Su esposa y sus hijos se alegraron mucho de volver a verlo. Así fueron transcurriendo los días.

El hombre salía todos los días a trabajar. Al llegar a su casa siempre encontraba ricas cazuelas. El le preguntaba a su esposa de dónde sacaba gallinas. Ella le contestaba que se las regalaban.

Sorprendido por la respuesta, él no quedaba muy conforme y empezó a averiguar quién se las regalaba. A quien preguntaba, le decían que no le habían regalado ninguna gallina, pero sí que se les perdían, a pesar de tenerlas encerradas en el gallinero.

El marido empezó a dudar de lo que su esposa le decía y quiso descubrir lo que estaba sucediendo.

Una noche decidió ocultarse, pero se quedó dormido. Despertó alrededor de la una de la mañana. Al ir al dormitorio de sus hijos, vio con gran asombro a sus niños convertidos en borregos. No hallaba qué hacer. Decidió esperar escondido y ver qué sucedía.

Vio llegar una oveja negra con una gallina en el hocico y también vio como se untaba el cuerpo con los menjunjes y poco a poco se convertía en su esposa. Luego untaba a los borregos, que se convertían en sus pequeños hijos.

El hombre, despavorido, huyó de allí y se puso a beber por varios días. Entonces decidió poner término a todo eso. Volvió a su casa un día viernes a las doce de la noche, con algunos tragos de más.

Se encontró con que sus hijos estaban convertidos en borregos. Los untó como había visto hacer a su esposa y volvieron a su estado de personas. En seguida quemó el resto de los unguentos y se quedó esperando a su esposa. Al llegar ella convertida en oveja, se dirigió a la habitación para recuperar su apariencia. Al darse cuenta que no quedaba nada, se desesperaba y balaba. Su esposo le dijo:

— Yo te quemé todos los menjunjes que te convertían en oveja.

Al escuchar esto, la oveja dio un balido lastimero como queriendo decir «¿Qué has hecho?». Se acercó a sus hijos, los lamió uno por uno y se alejó del hogar tristemente.

Cuando su esposo vio esto, se dio cuenta que su esposa quedaría para siempre convertida en oveja y tendría que criar él solo a sus hijos.

Cuentan que todos los martes y viernes llegaba la oveja a ver a sus hijos mientras dormían. El hombre la alimentaba, porque sabía que era su esposa.

Este hombre tuvo que cargar toda su vida con la culpa de ver a su esposa convertida en oveja.

Los zorzales

Fernando Javier Vicentelo Araya

11 años

Estudiante

Escuela Padre Blas Hernández Sánchez

ANDACOLLO, IV REGIÓN



Les voy a narrar un cuento que me contó mi abuelito. Todo comenzó cuando un zorzalito volaba; de repente apareció un hombre que le tiró una piedra y le dañó la alita. El zorzal no podía volar y, para suerte de él, estaba cerca de allí un gran árbol:

— Árbol, ¿me convidas un poquito de hojas para poder sanar mi alita? -dijo el zorzal.

El árbol le respondió:

— Quédate abajo, pegado a mi tronco, porque tienes la alita dañada, y sánate comiendo las semillas que caen de mis ramas.

Pasó mucho tiempo hasta que el zorzalito se mejoró de su alita y le preguntó al árbol si podía construir su humilde casa para vivir.

— Por supuesto, te doy alojamiento para toda mi vida -respondió el árbol.

Entonces el zorzalito comenzó a construir su casita de hojas y barro. Las hojas las trasladaba con su piquito fino y el barro lo trasladaba en una pequeña carretilla. Poco a poco fue construyendo su casita y pasó un largo tiempo hasta construir la vivienda.

El zorzalito observaba el bosque, así que salió a pasear. Andaba volando muy gustosamente, cuando escuchó cantar una zorzalita; él, al escucharla, le pareció un canto muy bonito y voló muy contento a conocerla. Cuando llegó al lado de la zorzalita, se paró al lado de ella y le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

La zorzalita le respondió:

— Rosaura, pero me dicen Rosa. Y tú, ¿cómo te llamas?

Rosamel.

Al cabo de algún tiempo, Rosamel y Rosa se enamoraron y se propusieron casarse e invitaron a otros pájaros: chincoles, tordos, loicas, tencas, diucas, gorriónes y muchos otros más, así es que entonces iban a empezar el casamiento.

Un tordo dijo «yo voy a ser el que los va a casar». Luego una loica dijo «yo voy a cantar en la fiesta». El chincol dijo «yo también voy a cantar». Los novios entonces dijeron que sólo faltaban los padrinos. «Yo seré el padrino» dijo el gorrión y «yo seré la madrina», dijo la diuca.

Entonces el zorzal le dijo al árbol:

— Árbol, sabes que yo me quiero casar con la zorzalita y vamos a tener muchos hijos. ¿La puedo traer a vivir para acá?

El árbol, al escuchar la petición del zorzalito, le dijo nuevamente que sí, que podía traer a vivir a la zorzalita. Además también podía traer a sus amigos al casamiento.

— Claro que tu casa se va a hacer muy chica -dijo el árbol- tienes que ampliarla para poder hacer una fiesta y además piezas de dormir para tus guaguas.

— Sí, claro -dijo el zorzalito muy contento.

Entonces la zorzalita y el zorzalito empezaron a agrandar su humilde casita. El zorzalito trasladaba el barro y la zorzalita trasladaba las hojitas en su piquito amarillento. Trasladaron hoja por hoja, hasta construir una pieza más; sólo le faltaba el techito de pasto seco.

Ellos partieron donde estaba el señor conejo.

— Oiga, señor conejo, usted que es tan bondadoso, ¿nos puede convidar un poco de pasto seco para usarlo de techo para nuestra casa, que estamos ampliando?

El señor conejo dijo:

— ¡Por supuesto, yo les voy a dar el pasto seco como regalo de matrimonio!

Luego de escuchar eso, los dos zorzales comenzaron a sacar el pasto seco y a llevarlo a su casita, hasta conseguir lo suficiente para su construcción. Al cabo de un tiempo los zorzalitos ya tenían ampliada su casita, todo estaba listo para el casamiento y solo faltaba un día, así que los dos estaban muy contentos.

Al día siguiente la casa estaba muy hermosa, con serpentinas y muchos globos. También había mucha comida, semillas, legumbres y muchas otras cosas más.

— Ya es la hora -dijo el tordo a Rosamel.

— ¿Usted acepta como esposa a Rosaura, para quererla y amarla hasta que la muerte los separe?

— Sí, acepto -respondió muy contento Rosamel.

Ahora le tocaba el turno a Rosaura. El tordo le preguntó:

— ¿Usted acepta como esposo a Rosamel, para quererlo y amarlo hasta que la muerte los separe?

— ¡Por supuesto que sí! -respondió Rosaura.

Después de la ceremonia de casamiento venía la fiesta. «¡Vivan los novios!», dijo la tenca y empezó la fiesta. La loica y el chicol que se había comprometido a cantar, cantaron el vals de los novios. El vals lo bailaron los novios y los padrinos, después cambiaron de pareja. El padrino con la novia y la madrina con el novio; así empezó el baile.

El tordo se iba a retirar y dijo sus últimas palabras:

— Que queden en la paz y en la alegría del Señor. Pueden continuar el celebramiento del casorio.

Todos los siguieron bailando hasta el momento de partir la torta. Ahí pararon de bailar y comieron hasta que se acabó todo. Luego se fueron a sus casas para dormir, porque al día siguiente iban a venir a almorzar a la casa de

los novios, que se iban a ir de luna de miel a la playa.

En la playa los iban a recibir los pelicanos y los patos, que les enseñaron a nadar. A orillas del mar, caminaban por la playa saludando a las gaviotas y pulgas marinas que sobresalían de la arena. Ya de vuelta, el pelicano les dio alojamiento, porque era heredero del hotel de su padre, que había muerto de cáncer al hígado porque fumaba dos cajetillas al día y los viernes, sábados y domingos se iba a la botillería. Además, gracias al mal ejemplo de su padre, el hijo también murió de la misma enfermedad.

Después de un largo tiempo, los zorzalitos ya habían acabado su luna de miel. Ellos regresaron a su casita y querían tener muchos hijos, porque ya tenían ampliada su casa. Entonces empezó a empollar la zorzalita y puso dos huevos; al cabo de veintiún días ya estaban saliendo del cascarón y sus padres estaban preparados con sus papas.

En un lapso de tiempo, los polluelos ya estaban listos para una nueva aventura. Sus padres eran los encargados de enseñarles a volar. Ellos se tiraron a volar para que así sus hijos hicieran lo mismo y les resultó mal y lo intentaron nuevamente, hasta que lo lograron a la perfección.

El nene falso

Claudia Consuelo Vicencio Vicencio

10 años

Estudiante

Escuela G - 193 La Quebrada

PUCHUNCAVÍ, V REGIÓN



Era una vez que estaba la señora Yéssica, de veinte años, con su pelo de oro rubio, de baja estatura, que andaba con unos pantalones rojos, con un chaleco café, zapatos morados, acompañada con su suegra Tila, que tenía puesto un vestido café con negro, de lana de llama, que le había regalado su antiguo tío Pedro, apodado «Chalalón».

También estaba el Quenne, un hijo pequeño de la señora Yéssica, calentándose en el brasero, con los rojos trozos de super buena calidad. Cuando se calentaban, sintieron un ruido, salieron para el patio y vieron a un gran caballo montado en un corcel negro, con unas espuelas que sonaban mucho. También iba acompañado por dos perros negros, con la cola engrifada.

La señora Yéssica y la señora Tila lo llamaban, pensando que era el Nene, el esposo de Yéssica, «¡Nene, Nene, Nene!» y no les contestaba. Ellas lo persiguieron, pero les empezó a dar miedo; las dos se devolvieron y quedaron muy preocupadas. Ellas seguían esperando al Nene.

El pequeño Quenne se quedó dormido y Yéssica y Tila siguieron calentándose en el candente brasero. La señora Tila con Yéssica

salieron al patio y el Quenne despertó llorando, porque se había caído de la cama, que era muy alta.

Inmediatamente la señora Yéssica con la señora Tila, fueron a ver al Quenne. Al rato después llegó el Nene y le preguntaron si él había llegado antes, pero el Nene les dijo que no había sido él, porque venía de arriba. Ellas le porfiaban que había sido él. Luego de discutir y sentir un gran frío que les corría por la espalda, entraron, comieron un platito de frangollo con mote. Después de abrigarse en el brasero, se fueron a acostar, quedándose rápidamente dormidos.

Doña Yéssica, a cada instante, cuando por las noches ladran los perros, recordaba aquella aparición que la hacía temblar, con aquel hombre en el caballo negro.

El duende de oro

Jorge Manuel Monroy Gómez
Estudiante de 4° año básico
Escuela G -606
RETIRO, VII REGIÓN



Hace mucho tiempo había un duende que era de oro y se iba a todas las casas de los ricos y les sacaba muchas cosas de valor para dárselas a los pobres.

Un día, los ricos se pusieron de acuerdo para atraparlo, pero el duende los convirtió en estatuas de oro. Logró escapar uno de los diez ricos, pero el duende le cerró las puertas y le dijo:

— Te convertiré en estatua, si no me ayudas a vender las estatuas de los ricos.

— ¿Para qué quieres el dinero de las estatuas?

— Para los pobres.

— Bueno, yo te ayudaré, pero tienes que llevarme con los pobres.

Se fueron los dos y luego de vender las estatuas, fueron donde los pobres y repartieron el dinero. El rico se enamoró de una de las hijas de don Juan, uno de los mejores amigos del duende de oro.

Ellos se casaron y vivieron felices para siempre, don Juan, su hija, el duende de oro y el rico.

Juaco, el ballenero

Camila Monserrat Muñoz Parada

9 años

Estudiante de 4º año básico

Escuela G -300 Capitán Patricio Ceballos

OVALLE, IV REGIÓN



Yo soy Juaco, el ballenero,
que hace veinte años
me fui a cazar ballenas gordas

a mil leguas de aquí.
Enorme como una iglesia,
una, por fin, se asomó,
y el capitán dijo :
«Arriba, ésa es la que quiero yo».

Al agua va el capitán
con su piquete y arpón,
lavándose los ojos con agua
y tomándose unos traguitos de ron.
De repente, ¡zas!
el pescado dio un sacudón
y barco y gente salieron
como bala de cañón.

Como la luna estaba de cuerno,
hasta allá fueron a dar.
Si hubiera un correo
que viniera de la luna para acá,
mándeme una limosnita,
que Dios se la pagará.

*En homenaje a mi abuelo Jaime Agustín Parada
Cheppi, de su nieta Camila.*

El rey pilón

Claudia Guzmán Gómez

10 años

Estudiante de 5° año básico

Escuela Puangue

MELIPILLA, REGIÓN METROPOLITANA



Había una vez un rey que tenía un defecto: era pilón. En esos años le decían así a la persona que no tenía orejas. Pues bien, al cabo de un tiempo el rey mandaba buscar a los peluqueros para recortarle el cabello. El lacayo preguntaba «¿qué defecto ves en mi rey?». El peluquero contestaba que su rey era pilón y entonces lo encerraban en los calabozos del reino. Con el tiempo se mandaba a llamar a otro peluquero y así pasaron muchos por el reino, sin saber qué les había pasado.

Quedaba el último peluquero. Era un joven que estaba muy preocupado, pues los peluqueros del pueblo no volvían. Lo vinieron a buscar, cuando iba camino al castillo se propuso: «si algo veo, no voy a ver; si algo escucho, no voy a oír ni preguntar, va a ser para mí no más».

Llegó ante el rey, comenzó a cortarle el pelo y se dio cuenta que no tenía orejas.

— ¿Ves algo? -le preguntó el rey.

— Nada, mi rey, todo está bien. Y así siguió cortándole el pelo.

El rey seguía preguntándole y él contestaba «nada mi rey». Al final, el rey le dijo:

— Te voy a pagar con oro por no haber dicho que yo era pilón. El secreto queda entre tú y yo.

Pasó el tiempo y el joven tenía ese secreto tan grande, que se fue a un cerro, abrió un hoyo profundo y gritó «mi rey es pilón». Tapó el hoyo y se fue muy tranquilo a su casa, pues se había desahogado.

En el hoyo que él hizo creció un hermoso cañaveral. Un día un pastorcito llevó su rebaño al cerro y se maravilló al encontrar tan lindo cañaveral; lo cortó e hizo una flauta. Al soplarla, la flauta decía «mi rey es pilón». Corrió hacia el pueblo tocando su flauta y todo el reino se enteró del defecto del rey.

El rey mandó a buscar al niño y le preguntó de dónde había sacado la flauta. El pastorcito le contó que había encontrado un cañaveral y con una de las cañas se había hecho la flauta.

El rey mandó a buscar al peluquero. Este iba todo asustado y llegó donde él y le contó todo lo que había hecho.

Al ver lo asustado que estaba, el rey lo calmó y le dijo:

— Si la madre tierra no es capaz de guardar un

secreto, qué quedará para nosotros.

El peluquero se fue tranquilo al pueblo y todos vivieron felices. El rey soltó a todos los peluqueros que tenía encerrados y colorín colorado, el cuento ha terminado.

El campesino

Carolina Catín Cheuquemán

9 años

Estudiante

Escuela Rural Buill

CHAITÉN, X REGIÓN



Érase una vez un campesino que andaba en el camino con su caballo. Pasó a una casa humilde, y como antes las personas amaestraban a los caballos, las casas no tenían cierro. Llegó este hombre y ordenó al caballo que pusiera su cabeza dentro de la casa.

Allí había un niño solo y entonces el hombre le preguntó:

— ¿Cuántos hay aquí en esta casa?

— Un hombre medio y la cabeza de un caballo -contestó el niño.

— ¿Dónde está tu papá?

— Anda juntando leña para cocer el pan que comimos anoche.

El hombre hizo una tercera pregunta:

— ¿Y dónde anda tu mamá?

— Anda buscando agua donde se reúnen todas las aguas.

Y la cuarta pregunta fue:

— ¿Llegaré yo donde intento llegar?

— Si se apura, no llega, y si no se apura, va a llegar.

Entonces el hombre quedó asombrado y se fue. Luego caminó un poco y quedó meditando todas las respuestas que aquel niño le había dado. Volvió nuevamente a la casa del pequeño y le dijo:

— ¿Por qué me diste esa respuesta cuando yo te pregunté cuántos había en tu casa?

Le dije así porque yo soy medio hombre y usted puso la cabeza del caballo dentro de la casa.

Con esta respuesta el hombre quedó conforme, pero aún le daban vueltas en su cabeza las otras respuestas del niño, así es que lo interrogó nuevamente.

Cuando te pregunté dónde andaba tu papá, tú me dijiste que andaba juntando leña para cocer el pan que comieron anoche. ¿Cómo van a cocer el pan si ya lo han comido?

Es que el pan que comimos anoche, lo pedimos y ahora tenemos que cocerlo para devolverlo, respondió el niño.

El hombre quedó meditando esta respuesta y

luego le dijo al niño que tenía mucha razón.

— Cuando te pregunté dónde andaba tu mamá, me respondiste que andaba buscando agua donde se reúnen todas las aguas.

Sonriendo, el niño le respondió:

— ¡Pero señor, cómo no va a saber que donde se reúnen todas las aguas es el mar!

Ante esta respuesta, el hombre quedó aún más sorprendido y se decía para sí «¿por qué no me imaginé esto solo, sin ayuda de este niño?». Pero todavía el hombre pensaba en la última respuesta que este muchacho le había dado y nuevamente interrogó al niño:

— Cuando te dije si llegaría a donde intento llegar, tú me dijiste que si me apuraba no iba a llegar y que si no me apuraba iba a llegar. ¿Qué querías decir?

A estas alturas el hombre estaba ya muy confundido, pero a la vez muy impresionado con este niño que para todo tenía una respuesta y que seguramente también ahora lo sorprendería. Y efectivamente así fue.

— Porque si te apuras, el caballo se va a cansar y va a caer al suelo a descansar, por lo que demorarás. Y si no te apuras, el caballo no se va a cansar y no va a caer al suelo para descansar; así no vas a demorar y podrás llegar a donde piensas ir -respondió el niño.

Ante tanta respuesta bien pensada por el niño, el hombre se fue muy contento y agradecido con él por haberle aclarado todas sus dudas. Se despidió en forma cariñosa y le dijo:

— ¡Que Dios te ayude mucho! Y se fue.

Al llegar el hombre al lugar que tenía pensa-

do, le contó a toda la gente lo que le había pasado. Hablaba mucho del niño y así éste se hizo muy famoso.

El hombre se había encariñado tanto con el niño, que lo extrañaba mucho y además le daba mucha pena acordarse de él y pensar que era muy inteligente, pero que no podía estudiar, porque eran muy pobres.

El hombre tenía muchas riquezas que no podía compartir con nadie, porque no tenía hijos ni ningún otro familiar. Decidió volver nuevamente a la casa de aquel niño del cual ni siquiera sabía su nombre. El hombre recordó con facilidad el camino y en compañía de su caballo, su inseparable amigo, llegó al fin a la casa del muchacho.

Ahí se encontró con los padres del niño y con éste. Contó todo lo que había sucedido y lo solo que él se sentía sin familia alguna. Los padres del niño también narraron su pena de tener un hijo tan inteligente y no poder darle estudios debido a su pobreza. El hombre, al escuchar esto, no dudó en ofrecer su fortuna a esta familia a cambio del cariño que ellos podrían entregarle y así poder educar al niño y sus otros hermanos.

La familia aceptó gustosa y así vivieron todos juntos en una gran casa y finalmente fueron muy felices.

Categoría "C"

Con ojos de mujer



Así, con ojos de mujer, fui descubriendo en los, casi cien trabajos de la categoría «C», del 6º Concurso **Historias y Cuentos del Mundo Rural, Mujeres**; narraciones que nos han impresionado por la riqueza humana y contenidos valóricos que fluyen y encuentran en todas las formas sugeridas por la naturaleza, su propio diálogo con el Universo; sin sospechar, siquiera, que su aporte es fundamental para seguir construyendo el conocimiento humano.

En **El Viaje** (Iquique - I Región) la autora relata: «sus maravillados ojos descubrieron los secretos luminosos con que la madre regalaba sus dones»... vivencias de infancia llenas de imaginación y poesía, con lenguaje sencillo y gran síntesis, este cuento ocupó el Primer Lugar.

...»Aquello era el llano, y allá, toscos, rudos, como si un cuchillo tan enorme como el cielo hubiese hecho un tajo al cerro con intención de partirlo en dos»... Desde Lontué, VII Región; nos llegó este relato intenso de una trabajadora; con sudor, olores, dolor a la cintura, donde... «aquella cosecha de maíz era como ir a buscar oro a una mina»... Este cuento obtuvo el Segundo Lugar; por su estilo, que sin dificultades en el lenguaje nos permite conocer sorprendentes vivencias.

...»Veo a mi madre. Sentada. Con su mirada fija en el infinito. Como buscando respuesta a una gran interrogante nunca contestada. Y veo a mi padre ausente, el nunca encontrado, el nunca presente»... Tercer Lugar, **Semilla Ancestral**, Colchagua VI Región. Impresionante cuento. Misterio-

so como la muerte, con ...» la meica Chabela sentada frente al fogón. Canta. Mueve sus manos, como si con ellas hiciera danzar el fuego... nos hace penetrar en otra dimensión, donde el encantamiento y las yerbas tienen su guarida. Preciso, bien llevado al texto hacia un final inesperado donde todo está por suceder.

No puedo dejar de mencionar **El Angelito**, porque habla de la realidad que aún viven algunas mujeres... «Cuando se le hinchó el vientre y comprobó horrorizada como él se alejaba y el abandono tomaba lugar, desesperada tapió su corazón, soltó errante su alma e invitó a su mente a la locura, para esperar lo inevitable»... relata la historia de una mujer, y una práctica que se conserva todavía en algunos sectores rurales del país, «el velorio del Angelito», con todo su drama y su entorno costumbrista. Este cuento junto a otros nueve, obtuvo mención honrosa.

Gran riqueza, imaginación, experiencia, fantasías y sueños para revitalizar el espacio donde se escribe, a veces, la historia no contada de las mujeres; donde casi sin percibirlo, las representaciones de lo femenino en la escritura, está creado y sostenido por culturas patriarcales.

Estos cuentos enriquecen el conocimiento que nace desde la mujer, sobre la base de nuestra propia interpretación de la realidad, entonces, qué importante es este espacio creado por FUCOA, para estimular y agudizar nuestro pensamiento, en la búsqueda e incorporación de verdades, que sean útiles en la recuperación y reconstrucción de nuestra participación en la cultura, con una cosmovisión de mujer.

En estos relatos encontramos mitos, leyendas, amor, poesía, encantamientos, emoción, ternura; muchos de ellos, con gran realismo, nos hacen retrotraernos a nuestro origen, porque la narrativa femenina está profundamente comprometida con la naturaleza.

Sin duda, aquí tenemos un aporte valioso. Ayuda al enriquecimiento de nuestras consciencias, como también al de otras formas de culturas alejadas de la dominante, aniquilada por ésta, pero solo dormidas en el inconsciente colectivo y cuya historia recién comienza a develarse.

Hay aquí una poética de lo cotidiano, lenguaje popular, creatividad, sabiduría, cuestionamiento al orden preestablecido y contenidos reprimidos y silenciados en la extraordinaria validez de la enmudecida cultura femenina. Felicitamos a todas las mujeres que escribieron su historia; hubiésemos querido hablar y escribir de cada una, porque todas, sin lugar a dudas, abren la esperanza de un mundo mejor para el ser humano; pero el espacio es reducido. Solo me queda felicitar a los autores de todos los cuentos presentados

al Concurso y decirles que «a escribir se aprende escribiendo», y que aún nos queda un mundo por descubrir en la literatura femenina.

Felicitemos esta iniciativa que lleva seis años realizándose, esperamos siga adelante, pues ofrece el reencuentro de las mujeres con la cultura humana y es un aporte invaluable en la construcción de una identidad de mujer chilena y latinoamericana en la literatura, ya próximos a vivir el siglo XXI.

Tatiana Olavarria
Escritora

Primer Premio

El viaje

Elisa Gladys Castillo Avalos
Estudiante de Literatura
IQUIQUE, I REGIÓN

La pequeña gustaba de caminar sin zapatos sobre la tierra caliente del desierto, aunque su madre la regañara cada vez que la sorprendía, pues las niñas educadas y bonitas no descuidan sus pies. Pero la enanita nunca se esforzó en comprender lo que su madre decía y se empeñaba en salir corriendo sobre la tierra desnuda hasta alcanzar la piedra más alta del pucará de Quito solo para sentir el viento atravesándola mientras sus ojos intentaban devorar todas las colas de zorro que crecían junto al silencioso río. Gustaba de tomar el sol recostada sobre el suelo caliente apoyada sobre su perro flaco, siempre empolvado o embarrado o tiznado, siempre como ella.

A veces subía los perales de la plaza pero no le interesaba mirar la iglesia y su antiguo campanario, ni el salón de pool que siempre estaba transitado, ni tampoco la tenencia o la casa parroquial. Miraba los pajarillos piojentos



dentro de los nidos y hablaba a las ramas más altas las que se acercaban al cielo, las que guardaban el mejor fruto del árbol. Comía tranquila las peras recalentadas por el sol y con las negras pepas hacía puntería a la calva cabeza del párroco del pueblo, quien ensimismado por algún nuevo hallazgo en los cementerios indígenas, no se percataba del bombardeo.

Otras veces se quedaba dormida sobre el pasto, entre los rosales con la oreja pegada a la tierra, tratando de escuchar algún quejido profundo, soñando la manera en que toda esa maravilla era creada.

Uno de esos días de deambular luego de hacer llorar a la mamá, se echó entre los rosales de la plaza para mirar de cerca el irregular camino que dibujaba un pequeño grupo de hormigas grises, cargadas de pequeñísimos granos blancos y rosados. Comenzó a sentir la tierra blanda de ese jardín, su aroma distinto iba apoderándose de su cuerpo rechoncho que empezaba a caer en un sopor extraño.

La tierra estaba tragándose de a poco mientras ella soñaba despierta con los misterios que conocería allá donde iba.

Muy pronto estaba sumergida en la primera capa de la tierra. Los insectos pasaban sobre su cuerpo, a través de él, haciéndole cosquillas. Sus brazos y piernas eran porosos y livianos, atravesaban la tierra lenta y tranquilamente sin que nada fuera un obstáculo en su camino. El cuerpo se deformaba, se expandía o comprimía según fuera el terreno que iba cruzando.

Sus maravillados ojos descubrían los secretos luminosos con que la madre regalaba sus dones. Lograba oír a los pájaros subterráneos que volaban de un lugar a otro haciendo crujir sus nidos cuando Pachamama se acomodaba y desataba su oleaje tremendo; las terrosas olas furiosas de amor escupían espuma violenta, espuma amorosa mientras la niña viajera y amante latía de felicidad, chorreaba una deliciosa alegría.

El mundo de aquí abajo también florecía en el movimiento adormilado y perezoso de las raíces de los árboles en pleno crecimiento, sentía

la alegría en el repiqueteo baboso de las lombrices enamoradas o de algún otro insecto presuroso amenazado por el inminente invierno. Todo olía a vida y a madre pariendo maravillas. Ella, estirada, sorprendida, emocionada continuaba su viaje atraída por una invisible fuerza hacia el centro más oscuro de la tierra. Su cara traspasaba ahora un cinturón de rocas de distintos tamaños, unas como las peras de pascua, otras como membrillos amarillos, todas flotando en el vientre que también la cobijaba a ella, ahora que pertenecía a este nuevo cuerpo.

Cuando comenzó a estabilizarse observó una maraña de raíces que formaban un inmenso nido. Al centro, acomodada como una reina, la anciana la esperaba tranquila. La vieja tenía el cuerpo retorcido y por todas partes le brotaban raíces y flores. Su piel estaba cubierta de un musgo fino y caminaban sobre ella más arañas y hormigas de las que había visto nunca.

Fue acercándose a la abuelita despacio para no asustarla, para que no creyera que andaba sin permiso. Cuando estuvo muy cerca se dio cuenta de que era ciega. La abuela ciega tejía sentada. Tejía con sus largos y deformes dedos. Tenía en sus manos flores, hongos silvestres y dos únicos dedos excesivamente largos con los que urdía los puntos de su tela. En su cara lo más sobresaliente era la tiesa lengua que salía de su boca obligándola a dejar caer un grueso hilo de espesa baba que sus ágiles dedos comenzaban a utilizar para tejer esa extraordinaria manta. Descubrió con sorpresa que todo lo que la rodeaba estaba hecho del tejido baboso de la anciana hilandera.

El tejido de la anciana le cubría las piernas, se derramaba a su alrededor hasta que alcanzaba un rincón del trono. Por una escuálida rendija, entre una raíz y una roca, el sol gotecía.

La pequeña puso su mano para que una gota del luminoso calor le abrigara el cuerpo. La anciana estiró un cucharón de madera con el que revolvía sus aguas para las hierbas y alcanzó el fino chorro de luz. En piedras oscuras vertió el preciado líquido y al momento las rocas se tornaron rojizas. Sobre ellas extendió su tejido y comenzó a formarse más y más tierra fértil. La vieja reanudó su trabajo silencioso junto al manantial luminoso.

De pronto sintió como si la jalaran por la espalda. Todo su viaje fue en reversa. No alcanzó a despedirse de la anciana, ni de las lombrices, ni tampoco de los pájaros que la habían encantado. Sobre la tierra estaba recostada, con la oreja pegada a la tierra y su incansable y flacuchento perro lamiéndole la cara.

Segundo Premio

El rincón del viento

Aurora Priscila Vásquez Zapata
Secretaria administrativa agrícola
LONTUÉ, VII REGIÓN

Imponentes vio los cerros. Demasiado altos, dejando a la vista las rocas desnudas que marcaban el deslinde de Requiringua; entre ellas, una piedra blanca, apenas como un punto diminuto que desde muy lejos podía verse. ...Aquello, era el llano; y allá, toscos, rudos, como si un cuchillo tan enorme como el cielo hubiese hecho un tajo al cerro con intención de partirlo en dos, y como resultado para quien los viese, estaban allí, excelsos y mágicos: Los riscos. Requiringua era amplio. Desde el mismo Sanatorio hasta casi llegar a Sagrada Familia; y desde la Higuierilla hasta el final de las lomas, cruzando el cerro, todo lo que la vista podía alcanzar. ...Era, solo, pararse a ver la plenitud de los cerros; el cielo azul; los campos de alfalfa; el trigo; el maíz; los establos; los toriles; la gente trabajadora y amable; el aroma a pan amasado recién sacado de los hornos de barro; los patios húmedos y recién barridos; los huasos a caballo, espueleando y latigando, abriendo a galope los



polvorosos caminos; y el viento como un ser insólito asustando a los temporeros, quienes creían que era un espíritu enojado. ...Dolia la espalda, también la cintura, estar todo el día semi parado o semi agachado abriendo las hojas resacas para sacar la mazorca madura y luego arrojarla a un saco y después quebrar la caña. Al mirar el campo de lejos se les veía

cual si fuesen pequeñas langostas devorándose el maizal. Ella estaba allí, sobándose la cintura y acomodándose el «lloqui» para protegerse del sol. Sudada igual que los caballos y cansada como cualquier trabajador. Por unos segundos se detenía y entonces los observaba trabajar, ágiles y contentos; sabía que lo hacían porque eran pobres como ella, motivados por una subvida: Llevar pan a los hijos, vestirse y pagar cuentas. La mayoría eran de las poblaciones nuevas a las que llamaban casetas; casas de madera con dos o tres cuartos pequeños adjuntas a un baño, donde dentro en sus paredes era difícil comunicarse y amar; sin embargo, quizás por qué extraña filosofía, trabajaban con alegría y entusiasmo, allí en Requiringua, la tierra de la abundancia. Tan concentrados estaban por tener muchos sacos cosechados al momento en que pasara el jefe de cuadrillas contabilizando, que no escucharon el galope de un caballo. Solo ella, que vio una estela de polvo aproximarse veloz desde el principio del camino; Carlos Barria, quien iba adonde Alamiro Silva, el jefe de cuadrillas de ese potrero. Hablaron, pero ella no supo de qué. Alamiro Silva quedó con cara de preocupado. A la hora del descanso, ella se le acercó y le preguntó si le ocurría algo, y él, entre broma y serio, le respondió que tal vez el trabajo se les iba a acabar más luego. La gente mientras, llegaban con sus ollas hasta la orilla del camino y se acomodaban bajo unos sauces para almorzar. Las mujeres extendían frazadas improvisando «picnics». De los sauces, con el viento, caían hojas y gusanos verdes sobre las ollas o sobre los plátanos de los que ya estaban almorzando. Ella sacó su vianda, almorzó y después se puso a dormir un rato. Ese día se había levantado muy temprano, a pesar de la fama de «quedarse enredada en las sábanas», como le decía el predicador cada domingo cuando llegaba tarde a la iglesia. Y es que el predicador no sabía que la pieza en que ella dormía era fría, tan fría, en las mañanas de in-

vierno como en las del verano. Tal vez por las ventanas sin cortinas que dejaban ver el cielo, a menudo, nublado, haciéndola sentir más frío, pero con un frío interiorizándose en su mente, adentrándose en ella hasta el alma; entonces, tomaba las sábanas y se tapaba entera, y con ello el frío parecía irse. Debajo de las frazadas escuchaba el reloj constante, incansable, aburrido. Primero lo oía en forma mecánica; luego lo escuchaba atenta, así, con la cabeza tapada: ...tic-tac, tic-tac. Imaginaba compases de negras y corcheas, después cambiaban a blancas o le resultaban mezcladas haciendo un tictitac - tictitac... De repente, se acordaba que ya podía ser hora de levantarse, como en ese día. ...Se levantó vistiéndose muy rápido para no sentir el frío de la pieza. Fue a la cocina y se sirvió un café. Fijó la vista en el centro de la taza mientras la revolvió. Emergió un vaho cálido incorporándose a la atmósfera. Esperó unos segundos para que se enfriara, y se lo tomó. Luego, guardó la vianda en la mochila, se la acomodó a la espalda, se puso el «lloqui» y se fue rumbo al pueblo que aún dormía; poco a poco fueron llegando los que con ella esperaban a uno de los camiones que los transportaban a Requiringua. Y es que no eran solo los lontueninos, los temporeros; también de La Isla, de Santa Rosa, de Sanatorio, la Higuera, del mismo Sagrada Familia, y de más allá, de Huaquén y Villa Prat, de todos esos alrededores, llegando como una plaga de langostas hambrientas hasta el maizal. ...Llegó el primer camión a la bomba de bencina, recogió a un grupo y se fue. Luego llegó otro camión, y un bus, recogiendo a otros grupos. La gente atrasada corría para no irse a pie hasta Requiringua. El último camión se fue más cargado de gente porque le tocó el grupo más grande, pero era justo el camión con la carrocería más maltrecha. Ya partía, cuando a silbidos lo hicieron parar porque todavía unos corrían para no quedarse abajo. El viejo que iba adelante era chico y no alcanzaba a trepar

por las barandas. Desde arriba lo tomaron de las manos para ayudarlo a subir. La vieja tampoco podía subir porque llevaba bultos. Ya estaba casi arriba, cuando se resbaló un pie y con el taco del zapato le pegó en la cabeza a un mucoso que subía detrás de ella. El dio un grito. Con el apuro de subir nadie se percató que sangraba. Solo cuando estuvo arriba. Los primeros en verlo volvieron la cara haciendo gestos repulsivos. Una chiquilla que se volvió a verlo se puso a vomitar de impresión. ¡Lleven a ese cabro a la posta...! Exclamaban conforme se volvían a mirarlo. ¡Es que le reventaron un ojo...! Decían. El chico lloraba a gritos, y el viejo tratando de apaciguar la situación, sacó un pañuelo y entre risas le decía. «Quéate callaito, no vís que vamos a ganal plata... ¡Ven que el cauro es alentao, si hasta pierde los ojos por tra'ajar! igual al paire». Y reía. Dejó de llorar escondido entre toda esa gente, quienes ya se olvidaban de lo que había pasado; en tanto, se impacientaban por llegar. ...El camión empezó a presentar problemas en los frenos. A ella, no le importaban ni los frenos, ni la gente, tampoco el chico de ojo reventado, solo miraba el vacío, ausente. ...Él iba rápido y las chacras a orillas del camino pasaban frente a la vista iguales de rápido. Uno de los chicos que iban a su lado exclamó. «¡Miren las acelgas pa' grande!» Esas no son acelgas, ignorante; es tabaco. Replicó otro. Ella puso atención y preguntó. ¿Cuáles acelgas? ¿Qué tabaco? Y el Choja, un chico todo sucio y haraposo le dijo. Eso ...es tabaco. Mostrándole la plantación. Se sucedieron muchas plantaciones de tabaco después de aquella; y de tomates; y de cebollas; potreros con vacas, luego el Sanatorio un caserío a lo largo de ese tramo: Casas grandes con chimeneas humeando y rosales desparramados adornando las entradas con rejas de alambre. De pronto empezó a pensar por qué estaba allí, entre esa gente burda, acaso por la realidad sórdida de la pobreza, o por su forma rebelde y aventurera o porque en el

fondo, ganar plata si era importante. Pero volvió a surgir la pregunta en su interior «por qué estaba allí», entre ellos, aguantando el frío que trasminaba hasta las arterias; oyendo sus risas estrepitosas, en ese camión con barandas medio puestas y medio caídas, la carrocería con el piso roto y colmada de lontueninos como si hubiesen sido animales que llevaban a la feria. Y cuando pensó en esto, sintió desprecio de sí misma y de ellos, tan vulgares y pestilentes. ...El camión frenó y todos se fueron de golpe hacia adelante chocando unos con otros. Una de las barandas soportaba más peso que la otra, y crujía como si en cualquier momento fuese a reventar. La gente se asustó. Algunos comenzaron a silbar fuerte y otros gritaron improprios al chofer porque había frenado en un puente, más encima en curva y a exceso de velocidad. Las barandas seguían crujiendo y cimbrándose de un lado a otro. «¡Puchas... nos querís matar!» Gritó uno. «¡Pégate una arreglita a los frenos! o querís que le digamos al patrón las gracias que hacís». Alguien dijo después. El chofer continuaba la marcha aunque molesto. Por fin, asomaba allí, tal como el primer día que los vieron, los riscos, que a pesar de la distancia lucían tan magistrales y vivos; emergiendo lento ante la vista de ellos, quienes siempre acababan viéndolos con el mismo asombro. Ya podían verse los toriles y se oía mugir las vacas. Llegaban a ese recinto amplio. Ya parado el motor del camión, se abrieron las barandas y empezaron a bajar. Ella... respiraba el aire, tan fresco y diferente del aire lontuenino. La gente seguía bajando de los camiones, e igual que las filas de una romería se dirigían a los distintos potreros que se les habían asignado. Era igual todos los días. Los huasos criticando a los lontueninos por huastecos, y los lontueninos a los huasos por huasos. Los comentarios bajos de los distintos grupos con expresiones de asombro, indicando con el dedo y sin ninguna sutileza el apareamiento de los vacunos. Y más allá, de

los corrales, los toriles: como cuatro cuerdas tapizadas de moscas. A medida que ellos pasaban, las moscas volaban de donde estaban paradas y luego volvían al mismo sitio, como si nada hubiera pasado, acostumbradas al pasar de los hombres por ese lugar, que al parecer les pertenecía. Al volar hacían mucho ruido, zumbando igual que las abejas. Cada día más de alguien hacía muecas de protesta, ya fuera por el mosquerío o por la hediondez a mierda de vaca, y literalmente, no se podía respirar. Luego, a los lontueninos los apodaron de siúticos por taparse la nariz o por pasar con un pañuelo frente a la nariz o tapándose la boca para evitar las náuseas o agitando las manos a modo de espantar las moscas y no tragárselas por llevar la boca abierta. Después de eso pasaron frente a un campo de trigo que se veía más dorado de lo que era con el sol. Y al final, al fondo, el cerro ... Cruzaron un canal como de siete metros de ancho con un palo, equilibrándose. Cruzaban uno, y otro, y otro, como las filas indias, haciendo malabares para no caerse a la corriente. La gente del fundo pasaba a caballo, a todo galope, salpicando de agua a todas partes. Otros cruzaban el palo con sus bicicletas al hombro, y al llegar al final del camino, las dejaban amarradas arriba en los sauces. Al seguir a pie por el camino se veía las huellas de las bicicletas dejando un rastro de reptil en el suelo. Ya uno de los grupos había llegado a los hornos y se sentaba a descansar en el suelo sobre las champas de pasto o sobre la tierra reclamando que las cosas en Requingua estaban «a la vuelta de la esquina». Al llegar el jefe de cuadrillas, empezaron a trabajar; mecánicos, monótonos, moviendo sus manos de una manera sabia. Al principio del potrero los observaba Alamiro Silva; serio, pensando. Carlos Barria llegó y comenzaron a conversar... La mañana transcurría lenta para la gente, presionados contra el tiempo a quebrar el máximo de cañas posible. El sol... avanzaba, decidido a ratificar la

fama del potrero «Los hornos». A media mañana llegó una carreta llena de lecheros de 15 litros, pero con agua fresca sacada de las norias del fundo. Revigorizaba beberla, helada y transparente como los manantiales. En un santiamén se tomaron cincuenta litros. Algunos se mojaban las camisas y se vaciaban agua por el cuello y por la cabeza, volviendo en seguida a sus lugares de trabajo, continuando con una concentración imperturbable, con sus movimientos programados quebrando cañas y llenando sacos y más sacos con maíz. Ella, también era absorbida por la fiebre de Requingua, aquella cosecha de maíz era como ir a buscar oro a una mina, y todos tenían un miedo secreto de que la mina se acabara. De pronto el silencio del trabajo fue alterado por los motores de los camiones que venían a recoger los sacos con maíz. Todos se extrañaron, ya que siempre llegaban en la tarde. Solo Alamiro Silva y Carlos Barria no se extrañaron, y pensaban, cuál sería el mejor momento para informarles que ya no habría más cosecha. Los camiones seguían llegando y levantando polvo que el viento alzaba al aire con su soplo violento. Poco a poco, los puntos coloridos que eran ellos en el campo, empezaron a recogerse para almorzar donde había tres sauces muy frondosos. Ensimismadas en sus comentarios domésticos, las mujeres; y los hombres en sus actitudes de machos, intentando montar un caballo o trepando a los sauces. Ella, luego de almorzar, dormía. Su sueño se interrumpió bruscamente cuando uno de los que estaban arriba del sauce arrojó un palo para despertarla, y este cayó sobre sus piernas. En ese momento el Alamiro Silva los llamó a todos porque tenía algo importante que decirles. Les dio los agradecimientos por haber llegado a trabajar desde lugares tan distantes a Requingua. Ya entendían que el discurso iba encaminado a una sola cosa, «no había más pega». Alamiro Silva, continuaba, diciendo que al día siguiente debían volver a pagarse en los mismos trans-

portes que hasta ahora los traía y los llevaba. El veía como en sus rostros se presentaba la desilusión, la nostalgia, casi la desesperanza; ella también los observaba preocupados, sin embargo en su interior, sentía que aquello no podía importar, que así como Requiringua habían otras partes adonde ir, que siempre habría adonde partir, adonde llegar... Se retiraban, volviendo por el camino, amurrados, algunos, y otros sacando cuentas de cuánto habían ganado. Después de pasar por el palo donde no había puente, pudieron ver en el potrero «Los santos», una máquina, tan grande, esta sí que era una langosta de las dimensiones de Requiringua. Con la boca abierta pasaban viéndola empezar en un extremo y como si nada, llegar al otro lado, una y otra vez. Parecía un insecto de mandíbulas duras y anchas, muy hambriento, de color anaranjado, y... tenaz, devorando incansable, sin importar el sol, que a esas horas, derretía a los más valientes. Ella, volvió su vista al principio del Fundo y fue volviéndose en círculos parada en medio del camino, observando a la máquina, y al frente el campo con trigo, la columna de gente... al final, los hornos, y por último los riscos. Y como si el viento supiera que ya se iban, bajó fuerte desde los cerros, y levantó el polvo haciendo innumerables remolinos, esparciendo la tierra hasta los confines del llano, despidiendo a los temporeros. Ella... extendió los brazos para sentirlo, y las oleadas del viento le sacaron el «lloqui», que se fue volando, elevándose a cada instante más y más, en los aires de Requiringua.

Tercer Premio

Semilla Ancestral

Jéssica María González Mahan
Técnico agrícola
COLCHAGUA, VI REGIÓN

La Chana se encargó de preparar todo. Puso a hervir el agua junto a las hierbas, las preparó bien preparadas, como dijo ella. Me dijo que la tomara bien caliente. Yo le obedecí en todo y comencé a beber. Quería puro vomitar. Ese líquido de sabor amargo comenzó a bajarme hasta la guata, y después me subió un calor que me llegó hasta la cabeza. La Chana me dijo que mejor me acostara y tratara de dormir.

Me estiré en la cama, con los ojos fijos en el techo. Sentía la piel caliente, como si mi sangre hirviera. El vientre duro, que a ratos se contraía, como haciéndome recuerdo de lo que había tomado. Yo apretaba los dientes como aguantando el dolor y reteniendo el llanto.

En la tarde había pasado el Lucho a la casa. Bromeando preguntaba qué brujería hacíamos con tanta hierba. Yo me hice la lesa, dejé que



la Chana hablara y esta le dijo que era pa' resfrío y pa' dejar mudo a los preguntones.

Ahí viene otra contracción. Miro hacia el techo, con los dientes apretados. El cuerpo rígido en defensa del dolor y miro hacia el techo. Como si a través de éste estuviera el escape para aliviar mi dolor. Como esperando que se abriera y dejara caer la lluvia sobre mí. Re-

frescándome de esta fiebre que me agobia. La meica Chabela siempre andaba recogiendo hierbas. Las ocupaba *pa' too'*, *pa'* sanar a los enfermos, *pa'* quitar los males y penas, *pa'* las alegrías y *pa'* solucionar todos los problemas. Con la Chana siempre le andábamos mirando. La escuchábamos cantar, dando inicio a un ritual en donde preparaba las hierbas, que sanarían a todos los dolientes, volviéndolos felices.

La Chana dice que esta hierba me hará bien. Que ella lo sabe, ya que quedó con el don de la meica Chabela. Que cuando ésta murió la fue a visitar en el sueño y le dijo que ella podía llegar a ser meica. Y que le daba su don. Nuevamente siento contraerse el vientre y apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido...

Un día la abuela nos agarró a la Chana y a mí. Nos dijo que no leseáramos más a la meica Chabela, que íbamos a puro molestarla. Que la meica tenía que estar sola para poder centrar la cabeza y hacer bien su trabajo. Que si la andábamos espiando le iba a salir todo mal y tendríamos la culpa, de cualquier calamidad que ocurriera.

La meica Chabela tenía muchos años, dicen que ella siempre estuvo ahí, que conocía todo, cada lugar de los campos, cada hierba. Hablaba con el viento y buscaba las respuestas en el río, era amiga de los animales y podía conversar con ellos. Pedía al cielo lluvia *pa'* las siembras o sol cuando lo quería.

Ahora miro fijamente el techo, comienzo a penetrar en éste y así encantada comienzo a elevarme. Lánguida, suave, como borracha por la liviandad de mi cuerpo.

Me siento libre. Penetrante en otra dimen-

sión, en otro lugar. Estoy retrocediendo, e inicio un viaje al pasado. Un viaje al encuentro de mi infancia.

Veó a mi madre. Sentada. Con su mirada fija en el infinito. Como buscando respuesta a una gran interrogante nunca contestada. Y veo a mi padre ausente, el nunca encontrado, el nunca presente.

Ella estaba quieta. Posada como una garza, suave, casi ausente, indiferente. Con su larga cabellera negra, solía deambular por los rincones de la casa. Siempre con su mirada fija en el infinito, en busca de la gran respuesta. Quizás preguntaba por él, por su ausencia, por la falta de su presencia.

Nunca le escuché hablar, jamás emitió sonido alguno, solo deambulaba con su mirada fija por la casa.

Yo la observo desde la pieza, ahora se ha recostado en la cama, con la mirada fija en el techo. Ausente.

— ¡Mamá! ¿mamá?— preguntaba con curiosidad, tratando de despertarla de un largo sueño.

Y de repente, como casi indiferente, suavemente descoloca su mirada desde aquel punto perdido y la posa en otro punto perdido de la pieza. La había interrumpido y aquella interrupción le indicaba la búsqueda de su respuesta en otra parte del infinito.

La Chana decía que mi mamá no tenía alma. Que su espíritu se había arrancado, que no quería estar con ella. Que solo tenía cuerpo, por eso no hablaba, porque estaba vacía.

Tu madre no respetó a la madre naturaleza. Negó su mensaje -me dijo un día la meica-. Siempre recuerdo esas palabras, yo no entendi

mucho. Quizás mamá hizo algo que molestó a la naturaleza y debido a eso le quitaron el alma. Dejándola vacía, sin sentimientos, sin habla.

Nuevamente sintió contraerse el vientre y apretó los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, apretó los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido...

Ahí está la meica Chabela. Sentada frente al fogón. Canta. Mueve sus manos, como si con ellas hiciera danzar al fuego. Canta. Mueve sus manos. Canta. Yo la observo desde la ventana. Ella sabe que estoy ahí, porque ella todo lo sabe. Canta, canta. Siento contraerse el vientre y apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido... la escucho cantar...

Ah, ah...Madre Tierra, Madre Tierra. Llévame hacia tu vientre, el que me engendró. Recogedme nuevamente en tus entrañas.

Padre Sol, Padre Sol, dadme tu calor, dadme tu luz, que me conducirá al vientre de tu amada, de mi Madre.

Dadme el descanso y recogedme en tus entrañas. Comienzo el viaje ancestral, el inicial, el que indica el fin.

Mi evolución se ha completado, vuelvo a los orígenes.

Madre Tierra, Padre Sol, vuelvo a mi origen, a mi origen...

Ese día la meica se fue. Se fue en el viaje que la llevaba a su origen. Era invierno, pero había un brillante y gran sol. Dicen que caminó al volcán y subió hasta su cráter, y ahí inició el recorrido hacia las entrañas del vientre mater-

no. De la Madre Tierra, conducida por la luz del Padre Sol.

Siento contraerse el vientre y apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido...ahora descanso. Veo a mi madre junto al fogón, destapa la olla y coloca en ella unas hierbas, las revuelve y tapa la olla. Está sentada frente al fogón. Comienza a cantar, canta. Canta una suave melodía. Sí, es como la que cantaba la Chaina. Canta y destapa la olla. Su rostro se cubre de vapor y canta. Ahora se sirve de esa olla y bebe, como si tuviera mucha sed, bebe, solo bebe.

Siento contraerse el vientre y apreto los dientes. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, mirando el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido...ahora descanso.

Se ha recostado sobre la cama, mira fijamente el techo, está sudando, tiene calor, ahora se retuerce, se aprieta el vientre, como tratando de detener un gran dolor. Tiene el cuerpo rígido, se contrae, mira el techo, aprieta los dientes. La veo, siente dolor, mucho dolor, dolor...

Siento contraerse el vientre y apreto los dientes. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, miro el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido, rígido...la veo, con el cuerpo rígido, aprieta los dientes, con el cuerpo rígido, rígido... Ahora solo mira hacia el techo, con la mirada fija, perdida, en un punto infinito. Se encuentra aliviada, lánguida, suave, como si estuviera ausente.

La ventana abierta se golpea, es como si un viento se escapara por ella. Ahí se ha ido su dolor. Ya no lo siente más. Y ningún otro. Ahora está vacía. Su alma se ha ido por la

ventana. Mira el techo, con la mirada fija, perdida. Mira el techo, con la mirada fija, perdida, perdida...

Siento contraerse el vientre y apreto los dientes. Con el cuerpo rígido, apreto los dientes, miro el techo. Con el cuerpo rígido, con el cuerpo rígido. El viento que entra por la ventana me refresca el rostro, me despeja la mente, me acaricia los cabellos. Me invita a irme con él. A danzar por los campos, a ser libre, a no sufrir, a no sentir este dolor.

El viento me acaricia, me envuelve, me siento libre, suave, soy liviana, soy libre. Desde la ventana veo el campo, está verde, es primavera, hay sol. Escucho la voz del viento, me llama. Me llama con una suave melodía... *vuelvo a mi origen, vuelvo a mi origen, a mi origen. Madre Tierra, Padre Sol. Recogedme nuevamente en tus entrañas. Comienzo el viaje ancestral, el inicial. Vuelvo al origen, al origen...*

El viento me hace sentirme suave, liviana, escucho la melodía. Me ayuda a salir por la ventana. Estoy fuera, soy libre, no hay dolor, soy libre. Miro hacia la pieza, me encuentro recostada en la cama. No, es sólo mi cuerpo, el que esta tendido, casi ausente, indiferente, lánguido. Ha quedado vacío, con los ojos hacia el techo, con la mirada fija, perdida. Con la mirada fija, perdida...

Se golpea la ventana y el viento me lleva.

Menciones Honrosas

Las tres cruces

Mireya Carrasco Jara
Secretaria
EMPEDRADO, VII REGIÓN



Desde que tengo uso de razón que la abuela Eulogia vive sola, casi no sale de la pequeña casa. Sentía mucha curiosidad por esta solitaria mujer. La gente del pueblo dice que está loca, otros, que guarda un gran secreto, y los menos, que tiene una gran pena.

Para disipar mis dudas me decidí a visitarla. No estaba segura si sería bien recibida, pero tendría que intentarlo.

Como a las cinco de la tarde, tomé mi bolso y me dirigí a su casa. Toqué a la puerta varias veces y como nadie respondía, pensé que tal vez estaría dormida, pero lo intenté por última vez y escuché una suave voz que me dijo: ¡Pase por favor!

Timidamente abrí la puerta. La habitación estaba en semipenumbra, el pequeño brasero con sus rojas brasas, iluminaba tenuemente el rostro rugoso de la abuelita Eulogia, un rostro cansado y triste. En su regazo dormitaba un gato completamente negro.

Me observó con una mirada tan triste que creí ver en ellos un destello de felicidad que se esfumó demasiado rápido. ¡Hola!, le dije. Pasaba por aquí y quise pasar a saludarla y ver

como estaba, como usted está siempre tan solita. No me contestó nada, me miró por largo rato, y comentó: Tú me recuerdas mucho a alguien muy querido. ¿Sí? ¿a quién? -a mi hija- ¿tiene usted una hija? -Sí, pero ya no está conmigo-

— Abuelita, si a usted le parece bien, me gustaría que me contara algo sobre su vida. Su rostro se iluminó y tomó un aspecto más dulce, se acomodó en su asiento, puso el gato en el suelo, atizó el fuego con las tenazas, suspiró y tras mirarme fijamente comenzó diciendo:

— Yo de niña fui un poco retraída, me agradaba mucho estar sola y pensar y soñar mucho, quizás debido a eso tuve pocos amigos. La muerte de mis padres vino a trastornar mi existencia, me vine al campo a vivir con mi abuela. El clima me hizo muy bien y aquí entre árboles y flores, pájaros y aire puro, transcurrió mi apacible niñez.

Cuando llegué a la adolescencia mi mundo sufrió una metamorfosis. El día en que cumplí mis 16 años, específicamente el 5 de agosto, llegó a mi vida esa gran alegría llamada amor personificado en el hombre más apuesto que jamás había visto.

Verlo y enamorarme perdidamente de él fue todo uno. Y al parecer la atracción fue mutua. Él vivía en el fundo vecino llamado «Tres Cruces», tenía 24 años, moreno, tierno, arrogante, fuerte... en fin, todo lo que una mujer podría aspirar, o como dicen algunas el príncipe azul. Fueron días de ensueño, todo pasó como de repente y en forma vertiginosa, el noviazgo, el matrimonio y casi sin darme cuenta me encontraba convertida en la señora de Antonio Quinteros. Casi no lo podía creer, tanta felicidad junta, me sentía dichosa, inmensamente feliz.

Los primeros años fueron muy hermosos, Antonio era muy trabajador y cariñoso. El día en que le dije que estaba embarazada, gritó de felicidad, corría como un loco por el campo. Junto a los trabajadores y les comunicó la noticia y celebramos hasta avanzada la tarde. Al nacer Anita, fue como una luz que entró a nuestras vidas, era lo que nos faltaba para completar nuestra felicidad.

Era una niña muy linda e inteligente, corría por toda la casa y luego por el campo persiguiendo los pollos. Su tierna voz se escuchaba por todas partes y todos la queríamos mucho. Pero, como nada es eterno y quizás nosotros nos embriagamos con tanta dicha, ésta el día menos pensado nos abandonó.

El fundo «Tres Cruces» fue azotado por una gran sequía y el campo se arruinó. Hubo que despedir a los inquilinos y nos cubrimos de pobreza.

Al cabo de dos años de vivir en estas condiciones, llegó la desgracia a nuestra casa. Antonio, mi amado Antonio ya no volvió a ser el de antes, se le veía cansado, molesto, sucio. Comenzó a beber y a beber, se puso agresivo conmigo y con la niña, las golvizas eran el pan de cada día. Luego cuando se le pasaba la bo-

rrachera me pedía perdón y tratábamos de volver a empezar. Y así una y otra vez.

Mi vida se transformó en una constante angustia, mi pequeña niña estaba muy delgada y pálida, casi no quería comer.

Cierto día Anita amaneció con fuertes dolores de estómago. En ese momento Antonio venía llegando a la casa, tan ebrio que apenas podía mantenerse en pie. Yo salí a su encuentro y el me gritó ¡qué me miras!, ¡no tienes nada mejor que hacer que estarme mirando como una estúpida!

—Antonio, es que la niña está muy enferma, creo que está muy grave. Sería mejor llevarla al pueblo y medicarla.

— ¡No tengo plata para estarla gastando en cabras «mañosas»!

— ¡Pero Antonio, tenemos que hacer algo, es nuestra pequeña, está sufriendo mucho.....! Antonio ya no escuchaba a Eulogia, se había quedado dormido en el suelo con la botella en la mano.

Como pudo arrojó a la niña que transpiraba de dolor. Salió al patio a buscar hierbas medicinales para prepararle y aliviarla.

Anita miró a su madre y le dijo: — Mamita yo te quiero mucho y a mi papá también, aunque él ya no me quiera.

Eulogia la miró con mucha tristeza y fue a buscar un pañito húmedo para refrescar la acalorada frente de su hija.

Con el corazón recogido y angustiado seguía atendiendo a su hija, perdidas las esperanzas de poder llevarla al pueblo donde el doctor.

¡De repente Antonio despertó bruscamente y gritó!

¡Donde estas mujer de m...! ¡Eulogia, hija de perra, en donde te quedaste!

La mujer terminó de dar los remedios a su hija y partió corriendo a ver a su marido. Cuando estuvo cerca de él, éste se incorporó y con la mano empuñada la lanzó sobre el rostro de la mujer, que rodó por el suelo. ¡Esto te pasa por dejarme botado como un perro! y le daba de patadas. Eulogia se encogió de dolor. Antonio estaba fuera de sí, parecía un loco y sólo paró de pegar cuando escuchó una voz que le dijo ¡no papá, por favor no mates a mi mamita!, la niña cayó desmayada al suelo.

Antonio se le quedó mirando con la respiración agitada y la mano empuñada en alto.

Como pudo Eulogia se paró, tomó en brazos a su hija y la tendió sobre la cama, ardía en temperatura y se retorció de dolor. De nada sirvieron las agüitas calientes para los dolores, que eran tan intensos que casi no los soportaba. Fue una noche terrible, una de las peores de mi vida, que lejos estaban aquellos días blancos y dichosos, ahora era todo negro y triste. Mi hija yacía sobre su cama retorciéndose de dolor, de pronto mi niña comenzó a calmarse poco a poco, abrió sus ojos y me dijo: mamita linda, ya no sufras más, yo te quiero mucho, pero ahora me voy a ir con Diosito, le voy a pedir que mi papá sea bueno y que a ti te cuide mucho hasta que volvamos a encontrarnos en el cielo. Ahora mami dame un abrazo y un besito porque ya me voy. Cuando estaba besándola sentí que se iba y su suave cuerpo se ponía rígido.

Grité con un grito desgarrador, la hija de mis entrañas, mi pedazo de cielo, mi razón de vivir, mi Anita estaba ¡muerta! ¡muerta! ¡Es que se pueden siquiera imaginar lo que es perder un pedazo de la vida! ¡Se pueden hacer la idea de lo que es perder una hija, sangre de la pro-

pia sangre! ¡Oh, Dios, Dios, porqué, porqué te llevaste mi niña, porqué me dejaste tan sola! ¡No! ¡No! ¡No puede ser que te llevas a mi niñita!

Lloré hasta que se me acabaron las lagrimas, tenía mi corazón hecho pedazos y adolorida el alma.

Mis vecinos vinieron a ayudarme con el velorio, yo no era capaz de hacer nada, tuvieron que quitarme la niña de los brazos, estaba como loca, no quería que la pusieron en el cajón, realmente estaba desquiciada.

Antonio estaba callado y cabizbajo en un rincón de la pieza, por su culpa la niña había muerto y él lo sabía.

Cuando llevaron mi pequeña al cementerio no quería dejar que la taparan con tierra, no podía soportar que nunca más vería a mi Anita, que ya no la tendría entre mis brazos. Es que usted logra entender esto. ¡Tenía tan solo seis años, sufrió tanto, era tan frágil y pequeña!, realmente creí que no podría soportar tanto dolor.

Las lágrimas rodaron en forma abundante por los surcos del rostro de la abuelita Eulogia y los sollozos hacían estremecer su cuerpo. Le pasé mi pañuelo para que enjuagara sus lágrimas. Y ella continuó su relato.

Al regresar del cementerio, me imaginé que Antonio estaría en casa. Pero no fue así, lo buscaron por todos lados sin encontrarlo. Esa noche no regresó a casa. Muy temprano me levanté para dirigirme al cementerio a ver a mi hija, me acompañaron dos buenas vecinas, al llegar a la tumba encontramos a Antonio sin vida, había estado allí toda la noche arrepentido de sus culpas.

Lo enterramos junto a la niña.

¿Sabes? agregó la abuelita. — Tú te pareces mucho a mi Anita, si mucho, mucho, repitió en voz baja.

Se quedó un rato pensativa y luego hizo un gesto como si intentara escuchar algo. De pronto el rostro de la mujer tomó otro aspecto, todo rastro de lucidez había huido de él. La persona que estaba frente a mí, era el de una desquiciada, tuve mucho miedo. Con una voz muy fina preguntaba ¿Anita? ¿Anita? ¿Mi niña estas ahí? ¿Te oigo llorar, donde estás? ¡Ya mi niña no llores más que tu mamita te consolará y te cantará lindas canciones para que te duermas, recuerda que yo te quiero mucho...! Poco a poco fue volviendo a la razón y cuando se fijó en mí nuevamente me invitó a visitarle más seguido.

Me despedí de ella un poco asustada. Cerré la puerta suavemente. Salí de esa casa con el alma acongojada, lo que había escuchado impactó demasiado mi alma. Estuve muchos días sin salir de casa. Cuando me enteré que la solitaria anciana había fallecido y fue enterrada al lado de su hija y su marido y curiosamente al igual que el nombre de su fundo ellos formaron tres cruces.

La abuelita Eulogia por fin se encontró con su niña, solo el recuerdo de su hija la mantuvo con vida. Amó mucho y sufrió mucho, respetemos su dolor.

¿Vida o muerte?

Ana Rosa Gárate Godoy
Auxiliar paramédico
COMBARBALÁ, IV REGIÓN



Para hablar de muerte es preciso hablar de vida, en este caso no sé si fue primero la vida o fue primero la muerte, no lo tengo claro, lo vi pasar todo como a través de un tul brumoso y espeso con olor a vida y con olor a muerte.

Nuestras casas, la de Eva y la mía se ubicaban en la última calle del pueblo por el norte, cerca del río. De Eva solo sabía su nombre, porque la madre ciega lo vociferaba a todo pulmón desde su puerta cuando Eva no regresaba a tiempo, no sé bien a que salía ella cada mañana, supongo que a trabajar y regresaba por las tardes con su aspecto de delicada gacela, parecía que sus pies no alcanzaban a tocar el suelo al caminar, a pesar de sus rudos zapatos. No era bella precisamente pero tenía una gracia y una delicadeza que siempre llamó mi atención, me quedaba mirándola con admiración, sentía por ella una fuerte simpatía a pesar de que nunca medió una sola palabra entre las dos.

Una tibia tarde de verano, los niños del barrio jugábamos los interminables juegos vespertinos envueltos en una nube de polvo, alegría y sudor, cansada decidí sentarme entre las vecinas que conversaban y tejían sentadas en la acera, por la que en ese momento avanzaba

Eva con sus ojos de cervatillo entre cándidos y sorprendidos; me molestó la crueldad y el desprecio con la que la miraban y hablaban de ella, puse entonces atención y así me enteré que Eva esperaba un hijo, sentí ganas de llorar y de reclamarles aquellas lenguas largas, no por lo del niño que para mí no tuvo ninguna importancia en ese momento, sino por Eva ¿Porqué la lastimaban así? si yo creía que ni todo el lodo del mundo hubiera conseguido mancharla.

Pasaron los meses. Llegó el otoño arrastrando su melancolía, el cuerpo de Eva se había transformado totalmente, una protuberancia grande le abultaba el vientre que amenazaba con reventar su vestido celeste, su caminar se había vuelto torpe, pesado, apenas levantaba sus piernas hinchadas, solo su diáfana mirada se mantenía intacta. Las vecinas ya no se ocupaban de ella ni de su niño, hacían como si no la vieran y seguían chismorreando de otras cosas. Hasta un domingo en que yo despreocupada boteando mi pelota verde, mordisqueaba el último trozo de pan que guardaba del desayuno, cuando un grito desgarrador me hizo volver la cabeza, puse atención y luego escuché que alguien pedía ayuda, me fui acercando y me di cuenta que los gritos venían de la casa de Eva, llegué hasta la puerta misma y la voz

de la madre me llegó clara — ¡quién sea que esté ahí, ayúdeme por favor, mi hija va a tener su niño y está sola!

¿Qué quiere que haga señora? y me respondí yo misma — ¡voy a la posta para que la manden al hospital! — ¡No! gritó ella al hospital no, el hospital no es para los pobres, ve a buscar a la Luchita Pastén y dile que venga pronto que la Eva va a tener el niño. Corrí, como si de ello dependiera mi vida, nunca encontré tan grande mi pueblo, la distancia hasta la casa de la señora se me hacía insalvable, mis pies no eran lo suficientemente ágiles; el regreso fue peor, aunque doña Lacado se demoró apenas uno minutos en salir de su casa, caminaba terriblemente lento para mi gusto.

Cuando llegamos la madre se afanaba en paseos y ademanes inútiles, la enferma en tanto se retorció en la cama quejándose lastimeramente, bañada en sudor, parecía otra, como que no era ella, no era Eva, tendida en la cama con el vientre desmesuradamente grande a mis ojos de niña.

La mujer la examinó y dijo -¡el niño ya viene!- de prisa hay que tener agua caliente para lavar el recién nacido.

— ¡Niña! ordenó la madre, ve a ver el fuego, yo obedecía como hipnotizada, el agua hervía en el fuego en medio del patio. Yo regresé y me coloqué en un rincón del cuarto, la madre sentada en un piso de paja bajo murmuraba oración tras oración en un rosario infinito, yo me mordía las manos hasta hacérmelas sangrar, la escena que tenía ante mí, era algo salvajemente sublime ni siquiera una lágrima podía arrancar a mis ojos muy abiertos a aquel mundo de emociones encontradas desconocido para mí. La buena doña Lacado ahora se movía ágil como una ardilla maniobrando en el cansado cuerpo de Eva, un vaho espeso y

picante saturaba el cuarto en semipenumbra, de repente un quejido grande y lastimero me traspasó el corazón, en ese instante se daba vuelta hacia el centro de la habitación sosteniendo en sus manos rudas, un montoncito palpitante y violáceo que lloraba con desesperada fuerza, fuerza que no me explicaba de donde sacaba para llorar de ese modo. -Es un varoncito- dijo como único comentario; con una destreza y rapidez increíble cortó el cordón umbilical, lavó y vistió al pequeño y lo depositó en el regazo de la abuela, ella hizo un gesto no sé si de risa o de llanto y acarició su húmeda cabecita.

Entretanto doña Lacado atendía a Eva que ahora yacía pálida y desmadejada entre trapos sucios de sangre y sudor, sus ojos estaban velados y sus manos caían lacias a ambos lados. La partera apretó la mandíbula y un gesto de sorpresa o de susto se pintó en su rostro, entonces comprendí que Eva había muerto al traer a su hijo al mundo, quizás por el tremendo esfuerzo, me atreví a pensar yo, que había permanecido en mi rincón muy quieta sin mover un cabello, conteniendo la respiración; en ese instante la señora Luchita murmuró como para sí misma -la niña Eva ha muerto ¡cómo que ha muerto! grité desesperada, ella recorrió el cuarto con la mirada como buscando ayuda, recién reparó en mí y dijo con voz angustiada -y vo' porquería ¿qué está haciendo ahí?- ¡vete de aquí! intrusa entrometida nomás.

Claro que me iría, yo solo quería irme, si no sabía cómo había aguantado todo el tiempo sin derrumbarme allí mismo, como había aguantado el dolor de la pobre Eva ni la angustia de la abuela. La casa se había llenado de ruidos y voces, las vecinas, las mismas vecinas, se habían agolpado según ellas para ir en ayuda de la pobre y triste mujer que ahora lloraba con grandes sollozos y gruesas lágrimas de sus ojos ciegos, con su nieto en brazos la muerte

de su pobre Eva.

Salí a la calle, débil y temblorosa, hubiera querido morir yo también, debe haber sido mediodía, hacia frío y yo estaba aturdida, traspasada de dolor, sentí que se me contraía el estómago bruscamente, todo me daba vueltas, hasta hundirme en un sopor tibio después vacío, nada...

Después de una semana abrí los ojos, estaba en mi cama y mi madre a mi lado y dijo que había estado muy enferma con mucha fiebre y que ahora debía cuidarme mucho. Mi madre no sabía hasta mucho tiempo después el motivo de mi repentina y extraña enfermedad, debe haber sido el tremendo impacto que causó en mí aquel trágico episodio de la vida, ¿o de la muerte? Como dije antes no sé si fue primero la vida o fue primero la muerte.

Ahora, cuando ya muchos años han pasado por mi calle aún se confunden en mi mente hechos y momentos, si en el preciso instante en que floreció la vida, también floreció la muerte, por eso me gusta pensar que la muerte no es solo el hecho de dejar de existir, llegar al fin, sino es la prolongación de los seres en la vida, en el tiempo, en el infinito, en Dios.

Ciclos

Vivianne Slaughter Zamorano
Orientadora familiar
BUIN, REGIÓN METROPOLITANA



Usted tiene un cáncer hepático.
—¿Cuánto tiempo me queda?

—No le puedo precisar eso.

—¿Más o menos?

—Sólo puedo responderle estadísticamente. En situaciones similares a la suya, la supervivencia es entre 1 y 5 años. Pero como le digo, es sólo estadística. La respuesta individual, no siempre es igual a la promedial. Además, esta es una enfermedad, cuya evolución, depende en gran medida, del paciente. El querer seguir con vida es el factor más determinante, para que efectivamente ésta se prolongue.

La noria; la noria de nuestra casa en la Isla de Maipo. Esa cavidad profunda y negra, a la que tanto temí en mi infancia; esa fue la imagen que se interpuso entre el médico y mi entendimiento. Se presentó a mí, después de décadas, con el mismo vestuario de entonces, como sinónimo de peligro, de temor al sin fin de su hondura, al vacío de su oscuridad.

La sensación que experimentó mi cándida percepción campesina, hoy volvía a estremecer mi corpulenta estructura cargada de avance y

tecnología, tan distantes ellos, de la inocencia y calma que envolvía mis días de tierra, sol, aire y vegetación.

En ese instante se me hizo tan claro, que mi contacto primero con la concepción de la muerte, fue a través de aquella noria y que ese concepto quedó grabado en mí, como algo adverso, a lo que hay que rehuir.

En aquel entonces, fue la creación del conocimiento popular, de la inventiva primaria, la que grabó en mí esa atemorizada aversión; hoy es la ciencia avanzada, la que vuelve a dibujarme los contornos patéticos de una noria cavada por el cáncer.

¡Qué paradójal la hermandad de imágenes, tomando forma de contraste!

De la primera bebíamos, regábamos las melgas de hortalizas y frutales, saciábamos la sed de los animales, nos aseábamos, en fin, por ella nos manteníamos, crecíamos, producíamos; por ella, básicamente, éramos seres vivos en evolución.

La segunda no tiene otra proyección que ser la última experiencia de los seres vivos, para comenzar su involución.

Pero en realidad, esta evidencia que me enfrenta por segunda vez al peligro de la muerte, no encierra un nuevo concepto de ella; lo que hace es desenterrar de mi memoria profunda y adormecida, la misma imagen angustiosa, que se había configurado ya en mi primera infancia. La sensación producida por la cercanía de la muerte es la misma en aquel lejano sentir pequeño, que en esta presente impotencia adulta. Solo que hoy, a la sensación conocida, se suma la certeza de que inevitablemente, caeré al vacío misterioso, desde ese mismo borde amenazante, que ya no será más la frontera que protegió mi niñez.

¡Qué contradictorio es plantearse frente a la muerte, con temor y naturalidad simultáneamente!

Nuestra parcela era colindante, en su costado poniente, con el cementerio del pueblo. Con mis hermanos, hicimos de ese lugar, uno de nuestros importantes recursos lúdicos. Transitábamos por ahí, con la misma naturalidad con que lo hacíamos por nuestro terreno. Jugábamos a enterrarnos unos a otros, en la oquedad de sepulcros desamparados, depredados u olvidados, por los mismos que alguna vez declararon amar a quienes ahí yacieron. Calaveras, fémures, lápidas, ataúdes, eran a nosotros, lo que trompos, volantines, muñecas y pelotas, eran el resto de los niños de la época.

¡Qué curioso cómo sentí la muerte donde brotaba la vida; y cómo viví la vida donde yacía la muerte!

Una réplica de aquella casita campestre es lo que quiero para mis hijos; la reconstruyo con la memoria nostálgica, porque es en el único lugar donde existe.

La galería larga, asoleado en pleno, exceptuan-

do la esquina en que se erguía majestuosa la buganvillia. El corredor con piso de tierra y techo suspendido por rústicos troncos de cipreses, con vista y paso abiertos en un patio donde circulábamos libres y confundidos niños y animales con sus esperanzas y frustraciones; sus penas y alborozos; llenos de paz y también de temores; creando y destruyendo simultáneamente. Allí, cada día, cada instante se amalgaban la vida y la muerte.

Una docena de huevos de primera selección, para la gallina clueca; ella los empollaría durante 21 días, hasta dar forma a los polluelos dentro del cascarón, del cual, ellos mismos producirían su propio parto, picoteando las paredes de lo que había sido su útero ovíparo. Las que nacieron hembras, serían más tarde, las gallinas ponedoras. Los machos, a la venta; menos uno, el más gallardo que quedaría de pisador.

Lo mismo pasaba con las hortalizas más hermosas y sanas, a ellas se les dejaba semillar, para la siembra de la siguiente temporada. Los porotos mejores, para guarda; las pepas de las sandías más grandes o los choclos más bonitos se convertirían en maíz para volver a la tierra. La chancha Pascuala paría cada 95 días, entre 10 y 12 crías. Las chanchillas eran cuidadas, para que al cabo de casi 5 meses, se convirtieran en reproductoras como su madre. A los machos se les sometía a engorda, para sacar buen precio por ellos; exceptuando al más vigoroso, que cumpliría la función de semental, como su padre.

Todo estaba sujeto al nacer, crecer, morir y transformarse; el ciclo de siempre y para siempre.

Desde que tuve conciencia y comprensión, fui testigo de ese círculo infinito. Lo incorporé a mi saber, como la única forma de sobrevivencia

de las especies. Pero hoy, que es mi turno, me resisto a aceptarlo para mí.

Como me resisto a que mi habitáculo final sea la fosa abandonada que fue mi juguete infantil. Quiero mi osamenta reducida al mínimo que permite el fuego, depositada en una antigua ánfora, que sobreviva a la degradación.

Me resisto, o quizás ya no, a aceptar que no estaré cuando mis hijos se gocen viendo a mis nietos por el largo corredor, con vista y paso abiertos al patio, confundiéndose y dialogando con la naturaleza, amalgamados con tierra, sol y agua, siendo protagonistas de otros ciclos de vida, que inevitablemente, terminarán en ciclos de muerte, para el renacer del siguiente.

El angelito

Jeanette Mena Morales
Dueña de casa
CURICÓ, VII REGIÓN



Cuando se le hinchó el vientre y comprobó horrorizada como él se alejaba y el abandono tomaba su lugar, desesperada tapió su corazón, soltó errante a su alma e invitó su mente a la locura, para esperar lo inevitable.

La noche que me parió en el más absoluto de los silencios, limpió mi cara con sus húmedas manos, cortó el cordón que nos unía con los dientes, para liberarme de su desgracia. Sus lágrimas saladas y amargas fueron el primer sabor que tuve de la vida.

El grito de mi abuela al verla colgada del parrón, despertaron a los muertos de la familia que descansaban en una aparente paz. Meciéndome entre sus brazos, sin poder consolar mi llanto, mientras el Rucio descolgaba a su hija como si fuera la faena del día, repetía una y otra vez ¡nunca perdonaré al maldito que la abandonó a su suerte, maldito mil veces maldito, él y todos los suyos! No maldiga tanto misia, le replicó el Rucio, recuerde que algo de él tiene su nieta en la sangre, mirándome con sus ojos turbios por la pena.

Transcurrió así mi primer año, en aquella casona añosa, rodeada de corredores, donde el tiempo se había detenido a ver como la araña

teja su trampa traslúcida en aquel rincón para atrapar el insecto ciego que luego sería su festín o como los ratones jugaban al pillarse por entre los sacos de chicharos, mientras la gata los miraba sigilosa hasta que sus garras cazaban al más remolón. Los grillos, eran la música de mis oídos: las ranas, mis compañeras de correrías que se apoderaban de la poza de los patos, que era mi lugar favorito para meter mis pies descalzos en el agua fangosa que llegaba justo a mis tobillos. Pero ese día, inexplicablemente el agua empezó a subir hasta mis rodillas, luego hasta mi cintura. Mi felicidad era completa frente a este milagro del agua, que subía y subía.

¿Pero quién abrió la compuerta del pozo? preguntaba mi abuela entre sollozos mientras cambiaba mi ropa mojada por aquel hermoso vestido de organza, que tenía para ocasiones especiales.

Las comadronas sacaron al corredor principal la mesa grande que no se ocupaba nunca, la adornaron con flores aromáticas y la rodearon de bancas que aparecieron quién sabe de dónde. Mi silla de mimbre se veía pequeñita sobre la mesa, pero cuando me sentaron con la corona de perlas blancas sobre mi cabeza, parecía reina.

Los niños de la iglesia cantaban canciones de cuna, las mujeres vestidas de negro rodeaban a mi abuela que no dejaba de lamentarse en voz baja: los hombres me pegaban con saliva monedas en mi cara y mi frente, luego se persignaban. El Rucio me secaba el hilito de agua que corría por mi boca y repetía «fue la maldición, fue la maldición que se llevó al angelito», mientras mi madre me sonreía dulcemente apoyada en el parrón.

La pirquinera

Hilda Mercedes Olivares Michea
Funcionaria hospital de Chañaral
CHAÑARAL, III REGIÓN



Se pasea por la casa desesperada, sin saber qué hacer. Barre frenéticamente los restos de pan que cayeron al sacudir el mantel, levantando polvo.

Abre la puerta y riega la tierra seca de su casa, más bien *choza*, rabiosa con los perros que entraron en estampida, ¡es que no puede! no quiere aceptar que deba estar aquí, no comprende por qué le hacen ésto, ya nada será igual. La mujer morena, de edad incalculable, se sienta y llora silenciosamente, no le queda más que resignarse a la orden que dieron sus hijos.

— Mamá ¡ya está bueno! Lucho debe estudiar algo, por lo menos aprender a escribir y leer, así que Ud. se va a Diego de Almagro para mandarlo a la escuela.

— Pero hijo; si todos ayudamos, más metal sacaremos, esperemos algunos años más.

— No mamá, ya es bastante, nosotros nos quedamos analfabetos.

— Si pues mamá, háganos caso, Ud. está cansada y es bueno que se quede esperándonos en la casa- añade Pedro.

De nada sirvió llorar, sus dos hijos mayores

fueron tajantes ya lo habían conversado y decidido, así que fueron echando a la camioneta «camastros» y ropa de ellos. Lucho reía feliz, por fin a una vida normal, por fin vería los monitos en la tele, ya no tendría miedo a la oscuridad ni a *la llorona*.

Leontina, mientras llora silenciosamente apoyada en la mesa, piensa y recorre su vida. Llegó de Rancagua a visitar a su tía en Chañaral; era su único familiar así que había que obedecer.

Que cambio más grande, del verdor a la aridez, el tren lentamente come distancias y ella con ojos muy abiertos va sintiendo el miedo a lo desconocido ¿dónde quedará Chañaral?, a sus quince años, no conoce otro lugar que donde nació, pero sola se consuela ¡será para mejor! Es que nadie te preguntaba si querías, sólo te ordenaban, al menos hoy sus hijos lo habían conversado.

Pronto Leontina se dio cuenta que tenía todo el puerto para ella, su tía salía en las mañanas y llegaba muy tarde por la noche, trabajaba como doméstica, así que no se enteraba que había salido. Lo primero que hacía en las mañanas era abrir las ventanas y mirar los cerros, es que Chañaral, está rodeado de ellos, el que

encontraba más lindo era «el Botín», que tenía la figura de una bota invertida, así aprendió que no todos son del mismo color, nunca se atrevió a subir a alguno pensando en que rodaría si perdiera el equilibrio.

No pasó mucho tiempo cuando ya tenía admiradores, jóvenes mineros la pretendían y ella sucumbió a los encantos de José, hombrón moreno, alto, con su piel curtida por el sol. Su soledad, falta de afecto y su candidez la hizo aferrarse a este cariño que nacía. Enamorada se fue a Pueblo Hundido con el consentimiento de su tía, quien dijo, -era mejor así-, vivieron entonces intensamente su amor en una pensión, cada vez que el bajaba, pero cuando esperaba su primer hijo, quiso llevarla a la mina. Al principio ella lloraba, si el cambio desde su ciudad a Chañaral fue grande, esto era peor; es que la palabra mina no estaba en su mente, ella nada sabía sobre esta dura vida, pero tuvo que aprender, cambió su taza por un *tacho*, cambió su cama por un camastro, cada cosa cambió en su joven vida.

«La Ñata» está situada entre Inca de Oro y Pueblo Hundido, el recorrido se hacía en un par de mulas, silencioso andar por el desierto, colgando a sus costados alforjas con el alimento, cantimploras y *cacharpas*, pasaban las horas yendo más y más arriba, a lugares más desolados, donde no existen caminos, a la altura de cerros impresionantes, cerros grises de rocas envejecidas, con su cara empolvada y medio desfallecida por el cansancio y el sol.

A poca distancia de la mina hicieron su *ruco*, con calaminas, palos y algunas maderas, es que para empezar una nueva vida todo sirve, tenían lo mínimo, pero ella era feliz, amasaba el pan para tres días, limpiaba la lámpara de carburo y se disponía cada tarde, cuando el sol se esconde a esperar fuera de «La Ñata», a su José, con luz y comida caliente. Con las ma-

nos en su vientre de niña esperaba sentada que apareciera de la boca de la mina, los hombres, cuales topes saliendo del pique. Negros de polvo con su capacho a cuesta cargando las riquezas extraídas, llega José a su lado y de la mano caminan al *ruco*, echando tallas a los otros mineros. Así terminaba el día para ellos. Leontina a causa de su embarazo se ha vuelto perezosa y no se levanta hasta las 10:00 horas, es que no hay relojes ni gallos que te lo indiquen, sacude su camastro por precaución a las vinchucas y baratas y preparaba el almuerzo. En una bajada que hizo José al Pueblo Hundido, le trajo su primer regalo una gran radio a pilas que les sirvió a todos y se volvió rutina reunirse a la hora de la *choca* a escuchar rancheras, corridos y radioteatros que hacían llorar de pena a la Leo, era necesaria una partida de dominó para acortar la noche, ella no se acostumbraba a permanecer quieta junto a los hombre y mientras reían por las *cuchufletas* en el juego, caminaba en las noches de luna por ahí cerca o bien se sentaba en una roca sintiendo silbar el viento en sus oídos, bonitos sonidos, todos nuevos para ella. Su cutis se fue volviendo más moreno y curtido por el sol, pero le impedía dar sus acostumbrados paseos, uno que otro algarrobo y espino eran toda la vegetación en la pampa nortina que no le ayudaban a esconderse del sofocante calor.

Una vida apacible para esta mujer buena y obediente, aprendiendo a amar el silencio y la soledad, y al llegar su segundo hijo, se quedó a solas con ellos mientras José recorría el desierto buscando el ansiado tesoro en nuevos puntos, así encontró una *veta ardiente* mucho más alejado, camino a El Salvador, la inscribió a su nombre y desarmaron su *ruco* para hacerlo ahora cerca de «La Carola», su mina, esta vez tomó más forma de casa, tenía ventanitas, piso de maderas y más camas para los chiquillos, «La Carola» era un *veta ardiente*, un filón de plata y oro, por fin al recorrer el

desierto buscando el anhelado tesoro por las duras rutas, tenían algo propio, en este nuevo acampado tomaron mineros para explotarla en forma, así marchaba todo mejor, en cada bajada José compraba un juguete para sus hijos, un perrito, una gallina y provisiones para la familia e implementos para trabajar en mejor forma la mina.

José a torso desnudo y sudoroso bajaba al pique cada mañana a sacar el mineral de la madre tierra jugándose la vida a cada golpe de martillo, trabajo peligroso el del minero, un derrumbe y la boca de la mina para siempre se cerró, con sus manos encallecidas arañaba la roca de la buena tierra.

Era feliz, estaba en paz, tenía su familia, una linda y buena mujer que cuidaba de ellos, por eso se esforzaba, él sabía de soledades pero a Leontina y los niños les faltaba diversión.

Pero a esta tierra seca y soleada le vendría un cambio en este invierno y que hizo trabajar arduamente a José. Sí, lo que sucede muy pocas veces en el norte chileno, la lluvia cayó por casi tres días seguidos, nadie estaba preparado para esta lluvia inesperada para los asustados mineros, tapando techos y la boca de la mina; cuando llegó la calma y vino la primavera, el norte como pocas veces, mostró una visión muy distinta, era el desierto florido, que impresionante era ver los cerros verdes, y alfombras de flores adornaban la tierra por donde no había caminos, ¡qué regalo de Dios! permitir que nosotros, humildes mineros disfrutáramos de la belleza de la floresta.

Ya los niños estaban más grandes, así que pudieron también salir a correr por los cerros vedes o tratar de atrapar los conejos que asomaban de sus madrigueras; también se veía por ahí uno que otro guanaco en busca de aguas.

Los niños ya tenían 12 y 11 años cuando una negra nube vino a empañar esa felicidad, era una tarde fatídica, triste y fría como presagiando algo, con ese sexto sentido que tenemos las mujeres se paseaba nerviosa, la bulla de los chiquillos le tenía molesta, entonces sintió gritos y carreras, eran los mineros de «La Carola» que venían a avisarle que se había producido un derrumbe y la cuerda que sostenía la *jaula* (donde bajaban hasta el pique a las profundidades de la tierra también se había cortado) y José se fue golpeando por las paredes de la mina hasta caer al fondo sin vida, atrapado por las rocas.

Recobró el conocimiento cuando estaba en la posta de El Salvador, entonces recordó lo sucedido, después de esa noticia, vino otra, no sabía si reír o llorar de felicidad o dolor, no era momento de estar alegre pero nuevamente estaba embarazada. Quedó pensando que sería de sus hijos y de ese hijo, que no conocería padre, se quedaba sin apoyo, sin su compañero. Después de pasada la tragedia era tiempo de tomar decisiones, ¿qué haría? ¿dejar la mina y bajar a Diego de Almagro? ¿pero en qué trabajaría? no sabía hacer nada y ahora esperaba un nuevo hijo, el mundo que conocía era de palas, picotas y minerales, tienes que seguir luchando, se dijo y lo grabó en su memoria y una mañana calzó las botas de su marido, puso sus pantalones, tomó el casco y el capacho y bajó a la mina, aferrada muy firme de la jaula, rezando, nerviosa, acompañada de la luz de la lámpara, no veía nada hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y comenzó a picar la roca dura, con rabia por haberle arrebatado a su José, en cada golpe pensaba en el sustento de sus hijos, de allí hacia adelante ya nada detuvo su oficio, por fin era importante, por fin era parte de la vida.

Y nació Lucho; y hubo de acostumbrarse a estar al cuidado de sus hermanos, mamá ahora trabajaba y no podía atenderlo, creció siendo

miedoso y llorón, realmente le hizo falta atención y su padre, ni ella ni sus muchachos pudieron reemplazarle en los años que vivieron en el desierto.

En noches de luna, en noches de penas y recuerdos, solía sentarse fuera de casa y entregarle su amor de madre que le negaba en el día. Las cosas iban mejor y hasta les permitió comprarse una camioneta de tercera mano pero en buen estado que les facilitara el traslado de los minerales hasta las *mostreras* para el pesaje y la *ley*, Pedro y Javier eran los que realizaban esta labor por ser conocedores de los porcentajes que debían de ganar y para que decir de lo apenados que llegaban cuando el mineral se iba a *panteón*, porque la vida del minero es dura y penosa, no siempre se gana.

Los problemas de madre llegaron también, el convivir en forma diaria con hombres rudos hizo madurar tempranamente a sus niños y ya sabían de la vida y mujeres, ella no dormía cuando no regresaban por la noche, entonces muy de mañana subían con Lucho a los cerros más altos y no se movían hasta divisar por el camino una nube de polvo que se acercaba, sabían así que eran ellos que volvían en la camioneta después de una noche de juergas. Los vio también tristes y sufriendo por amor.

La sacó de sus pensamientos el ruido de la camioneta, eran sus hijos que bajaron de la mina a comprar sus provisiones, pero no venían solos, con ellos entraron también dos lindas mujeres jovencitas, rápidamente hicieron un buen almuerzo que comieron muy alegres, Leontina estaba contenta, eran una familia y le hacía falta, las muchachas se preocuparon de lavar la loza y arreglar los dormitorios ya que ella no se había animado.

No debía ser egoísta, sus hijos habían encontrado pareja y era recordar sus comienzos con José, cuando en la tarde partieron a la mina y

Lucho se acostó a mirar tele, se quedó sola en la cocina y siguió repasando lo vivido hasta ahora, recién supo que una parte de ella había concluido, era tiempo de descanso, de reposo a dedicarse a su hijo menor y a esperar la llegada de sus nietos, atrás dejaba el silencio y la soledad de la mina, debía decir adiós a la poesía que existe en el desierto, el ruido del viento silbando en sus oídos, mirar la luna sentada en un peñasco. Todo sería un bello recuerdo.

La mirada de tu hija

Magdalena Radrigán Navarro
Estudiante de Periodismo
VICHUQUÉN, VII REGIÓN



A veces me cuesta aceptar que los años pasan y que nos queda poco tiempo juntas. Sin embargo el recuerdo de tantas aventuras y de las cosas que nos enseñaste, sirven de marco a esta fotografía que hemos creado con mis hermanos y tu constante compañía, mamá.

Mientras tejemos estos chalecos para mi próximo hijo, te observo y en cada gesto, cada arruga, descubro la valentía y el encanto con el cual nos criaste.

Al verme embarazada pienso en la fuerza que tuviste al sufrir once partos, asistida por la partera que aún vive con sus ciento diez años y quizás el mismo número de alumbramientos, esos que nacieron en este lugar tan solitario, tan pequeño, tan alejado del resto de los pueblos.

Ese pueblo que ahora con los años lo veo en su total magnitud, pero que cuando niñas era todo nuestro mundo, nuestro enorme y único mundo, sirvió de telón de fondo para nuestras travesuras, para nuestro crecer.

Es esa imagen la que me lleva a rememorar esos tiempos en los cuales nos levantabas al alba, a buscar las vacas, esos animalitos que

eran nuestras mascotas, las que bautizábamos para sentir las como nuestras, las que ordeñabas con paciencia para darnos la leche antes de ir a la escuela.

El mismo potrero de antaño, lleno de vacunos y caballos, el mismo que albergó tantos sueños, afortunadamente sigue en pie, amparando el juego de tus nietos.

Hoy nuestros hijos juegan entre la paja del trigo, se esconden y crean nuevas ideas, al igual que nosotros, tus nueve niñas y tus dos varones.

Mis hijos se ríen cuando les cuento lo que significaba para nosotras el ir a la escuela, cuando yo tenía cerca de trece años, vestidas completamente de blanco, envueltas en esos almidonados delantales, los mismos que teníamos que refregar cada vez que los cubríamos de barro cuando, en época de calor, nos lanzábamos al estero a jugar.

Y ellos no entienden que nuestro máximo placer era asistir a clases, porque fue en ese momento, cuando se nos amplió nuestro estrecho mundo.

No sé si alegrarme de tanto recuerdo o de en-

tristecerme, por que siento que esa época, pasó muy rápido.

Cuando veo a mis hijos y sobrinos divertirse junto a ti, de golpe me transporto a esos días en los cuales recibíamos visitas, a las cuales espíabamos tras la puerta para ver si llegaban con algún regalo, y obviamente la vergüenza te hacía enfadar, pero con comprensión nos explicabas que estábamos errados.

Pero también sé lo difícil que fue para ti, el vivir con nuestro papá.

Independientemente del cariño que ambos nos daban, a pesar de tus esfuerzos por disimular tu angustia, la pena se reflejaba en tus ojos, la que nos hacía llorar, cuando ya no soportabas el detener por más tiempo tus lágrimas. Y aún me aflige mantener esa imagen tan negra de mi padre, por más que lo intento, compruebo que el tiempo no es lo suficientemente fuerte como para borrar situaciones amargas, pero a pesar de todo, reconozco el sacrificio que ambos hicieron para mantener a esta familia de once hijos.

Me detengo un momento para asomarme por la ventana. Para ver esos caminos que tantas veces fueron cómplices de nuestras triquiñuelas. Como esa vez que nos pintamos todo el cuerpo con maqui para asustar a unas viejas santurronas, que se escandalizaban por todo. O cuando con nuestras hermanas quisimos hacernos rubias y recurrimos a los pelos de cholo ¡qué manera de pelar choclos!

Pero estas travesuras volvían más entretenido aún, nuestro limitado mundo, cercano a la Laguna Torca.

Esa laguna, en la cual nos permitías nadar cada vez que nos portábamos bien, ese era nuestro premio, el que anhelábamos cada verano. Verano que comenzaba con Navidad.

¡Qué bonitas eran nuestras nochebuenas! Me acuerdo que cuando niña, la noche del veinticuatro de diciembre, me asomaba por la ventana para ver las estrellas y trataba de encontrar el carruaje del Viejito Pascual.

Lo mejor era la espera, porque empezábamos a juntar zapatos viejos, esos que estaban retorcidos por el sol o el agua, los cuales limpiábamos y dejábamos en la ventana para recibir los regalos.

Durante las mañanas de Navidad, nuestra casa se convertía en una fiesta, ya que nos levantábamos a buscar las galletas, dulces o los muñequitos de totora que, tiempo después, descubrimos que eran hechos y vestidos por ti.

Porque nunca recibimos juguetes de plástico, sólo una vez tuvimos un muñeco de los *comprados* con el cual jugamos todas y creo que fue el muñeco más querido por nosotras.

Con ese muñeco aprendimos a cuidar a las guaguas. ¿Te acuerdas de él?

Con él, las hijas más grandes, practicamos los cuidados maternos, porque muchas veces tuvimos que hacernos cargo de nuestros hermanos más pequeños.

Si no hubiese sido por ti mamá, no tendría una adultez y maternidad como la que hoy vivo. Ya que fuiste el pilar fundamental para que, tanto mi infancia y adolescencia, sirvieran para formar la persona que ahora ves, sentada enfrente tuyo.

En este momento, próximo a dar a luz, me conmueve el saber que mi hijo tendrá una abuela de quien sentirse muy orgulloso, tanto como lo siente esta hija que te ama.

La gallina blanca

Josefina Picón Ruiz
Dueña de casa
SANTIAGO, REGIÓN METROPOLITANA



Manuela tiene la templanza de la tierra, su pelo lo peina estirado, los ojos miran sin vacilaciones.

Se conocieron con Efraín y se amaron con el impetu del sol, del horizonte que se tiñe de rojo al atardecer.

El campo fue creciendo a medida que llegaban los hijos. El tiempo se mide según las estaciones. Se cosecha en verano. En otoño se limpia la tierra. En invierno la casa es un cálido refugio para esperar con ansias la primavera que va con paciencia de pintor embelleciendo los árboles.

Manuela miró sus manos curtidas por el trabajo y miró también el escuálido gallinero, antes poblado de orgullosas gallinas; las había de plumaje negros, rojizos y blancas.

Todo se convirtió en desolación, la sequía y la plaga azotaron los campos. Los animales enflaquecieron. En la feria el pago por ellos es cada vez menor.

Las sombras de la tarde cubren la casa. Manuela se queda quieta pensando. Yo solo soy memoria que veo el valle seco y recuerdo, hay días como el de hoy en el que recordar me

da tristeza y, sin embargo, dentro de mí hay un jardín iluminado por pájaros y carreras de niños. Pero ahora estamos solos y la casa es un largo silencio.

El galope de un caballo la hace volver de su viaje interior, aguza el oído y su vista se encuentra con la figura vencida de Efraín; ambos se miran para decir ¿Qué haremos? Efraín tiene algo de poeta y dice: la tierra se secó para nosotros y guarda sus tesoros.

Ella sabe que las pequeñas economías hechas de sacrificios, de arar y sembrar, se están terminando.

Ahora la mira y no sabe que decir, sus manos que siempre se suavizaban para acariciarla, han olvidado el camino.

La casa se alarga en los corredores, se puebla de sol en las mañanas y de sombras en las tardes y se engalana los fines de semana, cuando llega Angélica, la única hija que vive cerca, trabaja de enfermera en el hospital del pueblo.

Manuela vuelve a mirar el gallinero donde ahora queda exclusivamente la gallina blanca, la regalona, la que no han querido vender pues

tiene una historia.

Efraín la encontró mientras desmalezaba un sembrado, sintió un piar y vio una pollita de no más de un mes, herida, engarzada en los alambres de púas. La llevó a la casa y juntos la cuidaron. Cuando la trasladaron al gallinero fue la reina.

La tarde los envolvió. Efraín miró el cielo y con la sabiduría que da la tierra, mirando las nubes, dijo: no va a llover.

Hoy es lunes, el domingo vendrá el novio de Angélica con sus padres a fijar la fecha de matrimonio. La semana se les hace larga en la espera.

Manuela limpia la casa, almidona el mantel de flores celeste. Todo reluce. Al pensar en su hija, la invade una ola de ternura y se ve con sus trenzas negras junto a Efraín, galopando en el mismo caballo, llegando a mirar la luna en el lugar del agua, donde los sauces forman cortinas oscuras.

Su pensamiento regresó al almuerzo del domingo; revisó la despensa, casi vacía. ¿Que haré, cómo organizar algo digno de ocasión? Pensó en la gallina blanca solitaria y se dijo, no, no la puedo sacrificar.

Salió al corredor. De las habitaciones abiertas sale una obscuridad de cueva, solo la tinaja de tierra llena de agua parece vivir alegre en medio de la noche. Sus pasos la llevan al dormitorio, abre el ropero, éste es su orgullo, lo heredó de su madre, con un hermoso espejo biselado. Arregla su pelo, que aún lo tiene negro y brillante. Buscó la caja de las emergencias, allí no queda más, más que las esperanzas.

Hoy es domingo. Efraín se levantó al amanecer.

Manuela se recoge en la cama y duerme un rato más, extrañando el calor de su cuerpo. Entre sueños, siente las seis campanadas monótonas, persistentes, que la sacan de la duermevela.

Va a la cocina a preparar el desayuno y amasar el pan. Solitaria en una fuente está la gallina blanca, la cabeza despegada y los ojos mirándola con reproche.

Mientras prepara la cazuela, sus lágrimas van dejando un río que se desliza entre las papas, choclos y zapallos. De repente, la mente de Manuela se detiene, queda fuera de tiempo, suspendida en un lugar sin ruidos, quieto, vacío.

Pero ahora desciende a la realidad y escucha los mil ruidos de afuera, el viento azotando las ventanas, el agua que cae por las canaletas del tejado, los pasos apresurados de Efraín. Se encuentran y las palabras vuelven a la memoria mágicas y milagrosas como la lluvia. Salen juntos al campo y se dejan empapar por ella.

Se miran y el amor y el deseo que estaba escondido en los pliegues de su cuerpo empieza a fluir, a invadirlos igual como la lluvia hace con la tierra.

La gallina blanca

Josefina Picón Ruiz
Dueña de casa
SANTIAGO, REGIÓN METROPOLITANA



Manuela tiene la templanza de la tierra, su pelo lo peina estirado, los ojos miran sin vacilaciones.

Se conocieron con Efraín y se amaron con el impetu del sol, del horizonte que se tiñe de rojo al atardecer.

El campo fue creciendo a medida que llegaban los hijos. El tiempo se mide según las estaciones. Se cosecha en verano. En otoño se limpia la tierra. En invierno la casa es un cálido refugio para esperar con ansias la primavera que va con paciencia de pintor embelleciendo los árboles.

Manuela miró sus manos curtidas por el trabajo y miró también el escuálido gallinero, antes poblado de orgullosas gallinas; las había de plumaje negros, rojizos y blancas.

Todo se convirtió en desolación, la sequía y la plaga azotaron los campos. Los animales enflaquecieron. En la feria el pago por ellos es cada vez menor.

Las sombras de la tarde cubren la casa. Manuela se queda quieta pensando. Yo solo soy memoria que veo el valle seco y recuerdo, hay días como el de hoy en el que recordar me

da tristeza y, sin embargo, dentro de mí hay un jardín iluminado por pájaros y carreras de niños. Pero ahora estamos solos y la casa es un largo silencio.

El galope de un caballo la hace volver de su viaje interior, aguza el oído y su vista se encuentra con la figura vencida de Efraín; ambos se miran para decir ¿Qué haremos? Efraín tiene algo de poeta y dice: la tierra se secó para nosotros y guarda sus tesoros.

Ella sabe que las pequeñas economías hechas de sacrificios, de arar y sembrar, se están terminando.

Ahora la mira y no sabe que decir, sus manos que siempre se suavizaban para acariciarla, han olvidado el camino.

La casa se alarga en los corredores, se puebla de sol en las mañanas y de sombras en las tardes y se engalana los fines de semana, cuando llega Angélica, la única hija que vive cerca, trabaja de enfermera en el hospital del pueblo.

Manuela vuelve a mirar el gallinero donde ahora queda exclusivamente la gallina blanca, la regalona, la que no han querido vender pues

tiene una historia.

Efraín la encontró mientras desmalezaba un sembrado, sintió un piar y vio una pollita de no más de un mes, herida, engarzada en los alambres de púas. La llevó a la casa y juntos la cuidaron. Cuando la trasladaron al gallinero fue la reina.

La tarde los envolvió. Efraín miró el cielo y con la sabiduría que da la tierra, mirando las nubes, dijo: no va a llover.

Hoy es lunes, el domingo vendrá el novio de Angélica con sus padres a fijar la fecha de matrimonio. La semana se les hace larga en la espera.

Manuela limpia la casa, almidona el mantel de flores celeste. Todo reluce. Al pensar en su hija, la invade una ola de ternura y se ve con sus trenzas negras junto a Efraín, galopando en el mismo caballo, llegando a mirar la luna en el lugar del agua, donde los sauces forman cortinas oscuras.

Su pensamiento regresó al almuerzo del domingo; revisó la despensa, casi vacía. ¿Que haré, cómo organizar algo digno de ocasión? Pensó en la gallina blanca solitaria y se dijo, no, no la puedo sacrificar.

Salió al corredor. De las habitaciones abiertas sale una obscuridad de cueva, solo la tinaja de tierra llena de agua parece vivir alegre en medio de la noche. Sus pasos la llevan al dormitorio, abre el ropero, éste es su orgullo, lo heredó de su madre, con un hermoso espejo biselado. Arregla su pelo, que aún lo tiene negro y brillante. Buscó la caja de las emergencias, allí no queda más, más que las esperanzas.

Hoy es domingo. Efraín se levantó al amanecer.

Manuela se recoge en la cama y duerme un rato más, extrañando el calor de su cuerpo. Entre sueños, siente las seis campanadas monótonas, persistentes, que la sacan de la duermevela.

Va a la cocina a preparar el desayuno y amasar el pan. Solitaria en una fuente está la gallina blanca, la cabeza despegada y los ojos mirándola con reproche.

Mientras prepara la cazuela, sus lágrimas van dejando un río que se desliza entre las papas, choclos y zapallos. De repente, la mente de Manuela se detiene, queda fuera de tiempo, suspendida en un lugar sin ruidos, quieto, vacío.

Pero ahora desciende a la realidad y escucha los mil ruidos de afuera, el viento azotando las ventanas, el agua que cae por las canaletas del tejado, los pasos apresurados de Efraín. Se encuentran y las palabras vuelven a la memoria mágicas y milagrosas como la lluvia. Salen juntos al campo y se dejan empapar por ella.

Se miran y el amor y el deseo que estaba escondido en los pliegues de su cuerpo empieza a fluir, a invadirlos igual como la lluvia hace con la tierra.

Eterna viejita Ube

Náyareth Evangelina Montecinos Rosales
Profesora de Educación Básica
TEMUCO, IX REGIÓN



Hoy quisiera hablar de ella. No es una dedicatoria. No es un homenaje. Simplemente...quisiera hablar de ella.

Recuerdo el día en que la conocí. Ella, como yo, esperaba ese encuentro. Ella deseaba conocer a la mujer que le estaba arrebatando, en cierto modo, al que había sido su compañero en los últimos años, su hijo menor. Y yo también ansiaba llegar a ver a la persona de quien sabía tanto a través de las palabras cargadas de ternura con que se expresaba de ella el compañero de mi vida.

Era una persona increíble. A sus 80 años mantenía la vitalidad de sus mejores tiempos. No se hubiera pensado que esa viejita de tantos años, tan pequeña, tan delgada, con su figura ya encorvada, pudiera andar corriendo de un lado para otro, cumpliendo con sus quehaceres habituales. Era casi envidiable el ánimo con que acarrea agua del pozo, picaba leña, y parecía que los trabajos livianos y los no tanto eran lo mismo para ella.

Su sola presencia hacía acogedor cualquier rincón del viejo caserón. Pero cuando algo le molestaba, los nietos sabían que debían someterse a ese carácter fuerte y bondadoso al mis-

mo tiempo, estricto pero justo.

La cocina era, por las noches, el punto de reunión de las visitas que durante el verano escapaban de Santiago para ir a relajarse en aquel lugar que ofrecía la paz de sus tan hermosos paisajes. Después de la cena, el mate era infaltable compañero para amenizar aquellas largas conversaciones que solo terminaban cuando alguien se daba cuenta que la viejita Ube estaba quedándose dormida en su silla, y nadie se había dado cuenta de que hacía bastante rato que ella no participaba en la conversación.

Así fue durante los primeros años que tuve ocasión de visitar su casa. Luego pasaron dos inviernos en que mis deberes no nos permitieron pasar las vacaciones con ella, pero mi esposo dedicaba sagradamente los días domingo para compartir con su viejita. Sabía que si él no acudía algún día, después ella le reprocharía su desapego, el que se debía únicamente a motivos de trabajo, pero que ella a sus años ya no podía entender.

Pasaron los años, y doña Ube fue decayendo cada vez más. Quizás no era tanto el cansancio físico como el del espíritu. Empezó a caminar con más lentitud, y las correrías por su

casa y por los cerros que la rodeaban eran ya un recuerdo. Cuando íbamos a verla se esforzaba en mostrarse animosa « para atender a las visitas », pero su cuerpo parecía cada vez más pequeño, y su rostro denotaba el cansancio de tantos años difíciles, « que fueron mejores en otros tiempos », decía.

— Cuando vivía mi viejo aquí no faltaba nada, y ningún muchachón me faltaba el respeto como lo hizo el otro día Chundo, el hijo de Orfelino, que me alegaba que el cerco de mi tierra estaba metido en el terreno de su padre.

Y luego se ponía a llorar desconsolada, diciendo que se aprovechaban porque ella ya estaba vieja y sola, y que la culpa de todo era de su marido.

— ¿Por qué se tuvo que morir? ¡Me dejó sola antes de tiempo! ¡Tanto sufrir, Dios mío, criando hijos, para después quedar sola! -

Y así pasaba los días, encerrada en su viejo caserón, dependiendo de las atenciones de uno de sus hijos que se decidió finalmente a acompañarla, para realizar aquellas tareas de las que ella no era capaz.

Algunos días se levantaba con una leve sonrisa en los labios, pero se iba borrando así como transcurrían las horas y a medida que iban apareciendo los dolores que la aquejaban, que ya eran muchos. Las únicas salidas de doña Ube eran al cementerio en el verano, a ver a « ese ingrato » como ella le decía, por haber partido antes que ella. Me sorprendió verla un día camino al camposanto con un ramo de flores en una mano y en la otra una radio.

— ¿Le lleva música a los muertos, abuelita? -
Le preguntó uno de sus nietos.

— Si - le contestó ella. - Para alegrar un poco

a mi viejo.-

Y allá instalaba su radio al lado de la sepultura, mientras sacaba el pasto y colocaba flores frescas en los tarros oxidados.

Durante los inviernos que vinieron, doña Ube se atrevió a dejar su tierra para viajar a la capital, a ver si algún doctor le daba algún remedio para sus dolores, según decía. Cuando sus hijos la visitaban insistían en que se fuera a vivir con alguno de ellos, pero ella alegaba.

— ¿Cómo voy a dejar mi casa sola? ¿Y mi perro, y mis ovejas? -

El dejar su casa significaba para ella dejarla abandonada, aunque quedara alguien a su cuidado. En más de una ocasión se mostró decidida a marcharse, aburrida de los inviernos fríos y lluviosos.

— Me voy a Santiago, donde mi hija. Allá no me va a faltar nada y no voy a estar tan sola.-

Partía con apenas un bolsito de ropa, habiendo tomado la precaución de guardar todas las cosas que ella consideraba de más valor: sus manteles más blancos; los candelabros que le había regalado uno de sus hijos para su cumpleaños; su reloj de pared.

— No vaya a ser cosa que no encuentre nada cuando vuelva. - Decía. No alcanzaba a pasar un mes cuando ya estaba de vuelta.

— Una casa sin su dueña no es casa. - Argumentaba.

Así era la vida de la viejita Ube, algunos días sonriente y otros cabizbaja. Algunos días sentíase fuerte y otros muy débil, hasta que llegó la mañana en que su menudo cuerpo ya se cansó del esfuerzo de tantos años, y su mente

quiso empezar a abandonar tantos dolorosos recuerdos, recuerdos que llenaban su pequeño mundo, pero que la hacían sufrir al mismo tiempo, porque eran el reflejo de mejores tiempos.

Pasaba acostada la mayor parte del día. Se levantaba por ratos, miraba por alguna ventana y volvía a su pieza. A veces abría un antiguo baúl que tenía al lado de su cama, de allí sacaba un montón de libros y papeles envueltos en polvo y telarañas, que después volvía a guardar con gran cuidado.

Cuando alguien le preguntaba cómo se sentía ella respondía - Estoy esperando que mi viejo venga a buscarme. Ya no tengo nada que hacer aquí, ya trabajé demasiado ¿Qué más va a hacer aquí esta pobre vieja?

Y llegó el día. El día para doña Ube, y la noche para el viejo caserón que sin su presencia ya no parecería sitio para cobijar alma alguna. Se fue así, silenciosa, mirando fijamente como si estuviese viendo algo que había esperado durante mucho tiempo. Tal vez habrá soñado que finalmente él, su viejo, al que tanto amó, cansado de escuchar sus quejas, cansado de que ella le reprochara tanto el haberla dejado sola antes de tiempo, venía por fin a buscarla...

Ya nada es lo mismo en la casa de la viejita Ube, nada. El caserón silencioso, más oscuro que de costumbre, parece vacío a pesar de todo lo que ella dejó: el baúl del que nadie encontró nunca más la llave; el ropero donde guardaba sus manteles blancos que nunca usó; la silla que ocupaba en la cocina por donde pasaron tantos momentos, tantos recuerdos de toda una vida, y los sueños que la hicieron creer que algún día, tal vez, todo volvería a ser como antes.

La gallina blanca

Josefina Picón Ruiz
Dueña de casa
SANTIAGO, REGIÓN METROPOLITANA



Manuela tiene la templanza de la tierra, su pelo lo peina estirado, los ojos miran sin vacilaciones.

Se conocieron con Efraín y se amaron con el impetu del sol, del horizonte que se tiñe de rojo al atardecer.

El campo fue creciendo a medida que llegaban los hijos. El tiempo se mide según las estaciones. Se cosecha en verano. En otoño se limpia la tierra. En invierno la casa es un cálido refugio para esperar con ansias la primavera que va con paciencia de pintor embelleciendo los árboles.

Manuela miró sus manos curtidas por el trabajo y miró también el escuálido gallinero, antes poblado de orgullosas gallinas; las había de plumaje negros, rojizos y blancas.

Todo se convirtió en desolación, la sequía y la plaga azotaron los campos. Los animales enflaquecieron. En la feria el pago por ellos es cada vez menor.

Las sombras de la tarde cubren la casa. Manuela se queda quieta pensando. Yo solo soy memoria que veo el valle seco y recuerdo, hay días como el de hoy en el que recordar me

da tristeza y, sin embargo, dentro de mí hay un jardín iluminado por pájaros y carreras de niños. Pero ahora estamos solos y la casa es un largo silencio.

El galope de un caballo la hace volver de su viaje interior, aguza el oído y su vista se encuentra con la figura vencida de Efraín; ambos se miran para decir ¿Qué haremos? Efraín tiene algo de poeta y dice: la tierra se secó para nosotros y guarda sus tesoros.

Ella sabe que las pequeñas economías hechas de sacrificios, de arar y sembrar, se están terminando.

Ahora la mira y no sabe que decir, sus manos que siempre se suavizaban para acariciarla, han olvidado el camino.

La casa se alarga en los corredores, se puebla de sol en las mañanas y de sombras en las tardes y se engalana los fines de semana, cuando llega Angélica, la única hija que vive cerca, trabaja de enfermera en el hospital del pueblo.

Manuela vuelve a mirar el gallinero donde ahora queda exclusivamente la gallina blanca, la regalona, la que no han querido vender pues

tiene una historia.

Efraín la encontró mientras desmalezaba un sembrado, sintió un piar y vio una pollita de no más de un mes, herida, engarzada en los alambres de púas. La llevó a la casa y juntos la cuidaron. Cuando la trasladaron al gallinero fue la reina.

La tarde los envolvió. Efraín miró el cielo y con la sabiduría que da la tierra, mirando las nubes, dijo: no va a llover.

Hoy es lunes, el domingo vendrá el novio de Angélica con sus padres a fijar la fecha de matrimonio. La semana se les hace larga en la espera.

Manuela limpia la casa, almidona el mantel de flores celeste. Todo reluce. Al pensar en su hija, la invade una ola de ternura y se ve con sus trenzas negras junto a Efraín, galopando en el mismo caballo, llegando a mirar la luna en el lugar del agua, donde los sauces forman cortinas oscuras.

Su pensamiento regresó al almuerzo del domingo; revisó la despensa, casi vacía. ¿Que haré, cómo organizar algo digno de ocasión? Pensó en la gallina blanca solitaria y se dijo, no, no la puedo sacrificar.

Salió al corredor. De las habitaciones abiertas sale una obscuridad de cueva, solo la tinaja de tierra llena de agua parece vivir alegre en medio de la noche. Sus pasos la llevan al dormitorio, abre el ropero, éste es su orgullo, lo heredó de su madre, con un hermoso espejo biselado. Arregla su pelo, que aún lo tiene negro y brillante. Buscó la caja de las emergencias, allí no queda más, más que las esperanzas.

Hoy es domingo. Efraín se levantó al amanecer.

Manuela se recoge en la cama y duerme un rato más, extrañando el calor de su cuerpo. Entre sueños, siente las seis campanadas monótonas, persistentes, que la sacan de la duermevela.

Va a la cocina a preparar el desayuno y amasar el pan. Solitaria en una fuente está la gallina blanca, la cabeza despegada y los ojos mirándola con reproche.

Mientras prepara la cazuela, sus lágrimas van dejando un río que se desliza entre las papas, choclos y zapallos. De repente, la mente de Manuela se detiene, queda fuera de tiempo, suspendida en un lugar sin ruidos, quieto, vacío.

Pero ahora desciende a la realidad y escucha los mil ruidos de afuera, el viento azotando las ventanas, el agua que cae por las canaletas del tejado, los pasos apresurados de Efraín. Se encuentran y las palabras vuelven a la memoria mágicas y milagrosas como la lluvia. Salen juntos al campo y se dejan empapar por ella.

Se miran y el amor y el deseo que estaba escondido en los pliegues de su cuerpo empieza a fluir, a invadirlos igual como la lluvia hace con la tierra.

Eterna viejita Ube

Náyareth Evangelina Montecinos Rosales
Profesora de Educación Básica
TEMUCO, IX REGIÓN



Hoy quisiera hablar de ella. No es una dedicatoria. No es un homenaje. Simplemente...quisiera hablar de ella.

Recuerdo el día en que la conocí. Ella, como yo, esperaba ese encuentro. Ella deseaba conocer a la mujer que le estaba arrebatando, en cierto modo, al que había sido su compañero en los últimos años, su hijo menor. Y yo también ansiaba llegar a ver a la persona de quien sabía tanto a través de las palabras cargadas de ternura con que se expresaba de ella el compañero de mi vida.

Era una persona increíble. A sus 80 años mantenía la vitalidad de sus mejores tiempos. No se hubiera pensado que esa viejita de tantos años, tan pequeña, tan delgada, con su figura ya encorvada, pudiera andar corriendo de un lado para otro, cumpliendo con sus quehaceres habituales. Era casi envidiable el ánimo con que acarrea agua del pozo, picaba leña, y parecía que los trabajos livianos y los no tanto eran lo mismo para ella.

Su sola presencia hacía acogedor cualquier rincón del viejo caserón. Pero cuando algo le molestaba, los nietos sabían que debían someterse a ese carácter fuerte y bondadoso al mis-

mo tiempo, estricto pero justo.

La cocina era, por las noches, el punto de reunión de las visitas que durante el verano escapaban de Santiago para ir a relajarse en aquel lugar que ofrecía la paz de sus tan hermosos paisajes. Después de la cena, el mate era infaltable compañero para amenizar aquellas largas conversaciones que solo terminaban cuando alguien se daba cuenta que la viejita Ube estaba quedándose dormida en su silla, y nadie se había dado cuenta de que hacía bastante rato que ella no participaba en la conversación.

Así fue durante los primeros años que tuve ocasión de visitar su casa. Luego pasaron dos inviernos en que mis deberes no nos permitieron pasar las vacaciones con ella, pero mi esposo dedicaba sagradamente los días domingo para compartir con su viejita. Sabía que si él no acudía algún día, después ella le reprocharía su desapego, el que se debía únicamente a motivos de trabajo, pero que ella a sus años ya no podía entender.

Pasaron los años, y doña Ube fue decayendo cada vez más. Quizás no era tanto el cansancio físico como el del espíritu. Empezó a caminar con más lentitud, y las correrías por su

casa y por los cerros que la rodeaban eran ya un recuerdo. Cuando íbamos a verla se esforzaba en mostrarse animosa « para atender a las visitas », pero su cuerpo parecía cada vez más pequeño, y su rostro denotaba el cansancio de tantos años difíciles, « que fueron mejores en otros tiempos », decía.

— Cuando vivía mi viejo aquí no faltaba nada, y ningún muchachón me faltaba el respeto como lo hizo el otro día Chundo, el hijo de Orfelino, que me alegaba que el cerco de mi tierra estaba metido en el terreno de su padre.

Y luego se ponía a llorar desconsolada, diciendo que se aprovechaban porque ella ya estaba vieja y sola, y que la culpa de todo era de su marido.

— ¿Por qué se tuvo que morir? ¡Me dejó sola antes de tiempo! ¡Tanto sufrir, Dios mío, criando hijos, para después quedar sola! -

Y así pasaba los días, encerrada en su viejo caserón, dependiendo de las atenciones de uno de sus hijos que se decidió finalmente a acompañarla, para realizar aquellas tareas de las que ella no era capaz.

Algunos días se levantaba con una leve sonrisa en los labios, pero se iba borrando así como transcurrían las horas y a medida que iban apareciendo los dolores que la aquejaban, que ya eran muchos. Las únicas salidas de doña Ube eran al cementerio en el verano, a ver a « ese ingrato » como ella le decía, por haber partido antes que ella. Me sorprendió verla un día camino al camposanto con un ramo de flores en una mano y en la otra una radio.

— ¿Le lleva música a los muertos, abuelita? -
Le preguntó uno de sus nietos.

— Si - le contestó ella. - Para alegrar un poco

a mi viejo.-

Y allá instalaba su radio al lado de la sepultura, mientras sacaba el pasto y colocaba flores frescas en los tarros oxidados.

Durante los inviernos que vinieron, doña Ube se atrevió a dejar su tierra para viajar a la capital, a ver si algún doctor le daba algún remedio para sus dolores, según decía. Cuando sus hijos la visitaban insistían en que se fuera a vivir con alguno de ellos, pero ella alegaba.

— ¿Cómo voy a dejar mi casa sola? ¿Y mi perro, y mis ovejas? -

El dejar su casa significaba para ella dejarla abandonada, aunque quedara alguien a su cuidado. En más de una ocasión se mostró decidida a marcharse, aburrida de los inviernos fríos y lluviosos.

— Me voy a Santiago, donde mi hija. Allá no me va a faltar nada y no voy a estar tan sola.-

Partía con apenas un bolsito de ropa, habiendo tomado la precaución de guardar todas las cosas que ella consideraba de más valor: sus manteles más blancos; los candelabros que le había regalado uno de sus hijos para su cumpleaños; su reloj de pared.

— No vaya a ser cosa que no encuentre nada cuando vuelva. - Decía. No alcanzaba a pasar un mes cuando ya estaba de vuelta.

— Una casa sin su dueña no es casa. - Argumentaba.

Así era la vida de la viejita Ube, algunos días sonriente y otros cabizbaja. Algunos días sentíase fuerte y otros muy débil, hasta que llegó la mañana en que su menudo cuerpo ya se cansó del esfuerzo de tantos años, y su mente

quiso empezar a abandonar tantos dolorosos recuerdos, recuerdos que llenaban su pequeño mundo, pero que la hacían sufrir al mismo tiempo, porque eran el reflejo de mejores tiempos.

Pasaba acostada la mayor parte del día. Se levantaba por ratos, miraba por alguna ventana y volvía a su pieza. A veces abría un antiguo baúl que tenía al lado de su cama, de allí sacaba un montón de libros y papeles envueltos en polvo y telarañas, que después volvía a guardar con gran cuidado.

Cuando alguien le preguntaba cómo se sentía ella respondía - Estoy esperando que mi viejo venga a buscarme. Ya no tengo nada que hacer aquí, ya trabajé demasiado ¿Qué más va a hacer aquí esta pobre vieja?

Y llegó el día. El día para doña Ube, y la noche para el viejo caserón que sin su presencia ya no parecería sitio para cobijar alma alguna. Se fue así, silenciosa, mirando fijamente como si estuviese viendo algo que había esperado durante mucho tiempo. Tal vez habrá soñado que finalmente él, su viejo, al que tanto amó, cansado de escuchar sus quejas, cansado de que ella le reprochara tanto el haberla dejado sola antes de tiempo, venía por fin a buscarla...

Ya nada es lo mismo en la casa de la viejita Ube, nada. El caserón silencioso, más oscuro que de costumbre, parece vacío a pesar de todo lo que ella dejó: el baúl del que nadie encontró nunca más la llave; el ropero donde guardaba sus manteles blancos que nunca usó; la silla que ocupaba en la cocina por donde pasaron tantos momentos, tantos recuerdos de toda una vida, y los sueños que la hicieron creer que algún día, tal vez, todo volvería a ser como antes.

El gran desastre

Olivia del Carmen Aguila Ruiz
Dueña de casa y estudiante de 7º y 8º básico
CALETA QUINTAY, V REGIÓN



Aconteció un día 21 de Mayo de 1960, en nuestro territorio, desde el Puerto de Talcahuano hacia el Sur. Yo, lo viví en Valdivia. Era un espléndido día asoleado, poco común en esa región y en esa fecha. A las 15.15 horas vino un temblor muy fuerte, cerca de donde yo me encontraba, debido a él, comenzó a incendiarse una casa vecina. Alarmados, corrimos junto a otras personas a ver el incendio, como se aglomeró tanta gente, se entorpecía el trabajo, los bomberos comenzaron a decirle a la gente que despejara el lugar, nosotros nos fuimos a la casa, en eso sentimos un fuerte ruido subterráneo y empezó a moverse la tierra, todos gritaban ¡Terremoto!, ¡Terremoto!, la gente en las calles corría de un lado para otro. Muchos salían de sus casas, gritaban, se sentía el aullidos de los perros, se escuchaba un zumbido como de un fuerte viento, nosotros no atinamos a nada, parecía una guerra, era tan fuerte el movimiento que uno no se sostenía en pie. Yo veía cómo las personas que estaban paradas frente a mí, se me acercaban, me estiraban los brazos para tomarnos las manos, pero era imposible, la fuerza del movimiento arrastraba autos como si fueran muy livianos, un kiosco de diarios que estaba frente a nosotros se dio vuelta como una pluma. Lo único que pensaba era que pasara luego el terremoto, fueron minutos in-

terminables, parecían horas de terror, sin darme cuenta yo gritaba igual que los demás. Cuando terminó, nos mirábamos y nos abrazábamos llorando, agradecíamos a Dios por estar vivos, salimos corriendo, sin saber por qué, sentíamos un escalofrío en todo el cuerpo, mis piernas no tenían fuerzas para sostenerme, sentía que me iba a desmayar. Llorando seguimos caminando, sentimos una angustia mayor cuando empezamos a ver que casi todas las casas estaban desplomadas en el suelo, la gente lloraba a gritos en las calles, llamando a sus hijos, pidiendo auxilio, otros estaban tan desorientados que no hallaban qué hacer. Y seguía un movimiento suave hasta que llegué a mi casa, la cual era de ladrillo y no se cayó, pero se hicieron grietas enormes, por las cuales se veían las camas del interior, en esa cuadra quedaron solo dos casas en pie.

Cuando empezó a caer la tarde pasó un fenómeno raro, el cielo se oscureció, entonces comenzamos a escuchar fuertes gritos que venían desde el río. La gente que vivía cerca del río corría y gritaba para que subieran a la parte más alta de la ciudad. El río se estaba saliendo, sus aguas estaban calientes y aumentaba cada vez más el caudal, salía un fuerte olor a azufre. Nos fuimos a pie, corriendo por las calles, hasta alcanzar la parte más alta, cuan-

do íbamos pasando frente al hospital de Valdivia, cerca de una plazoleta, recuerdo que había militares instalando muy apurados, gran cantidad de carpas de emergencia para atender a los heridos. Lo más que me impactó fue ver en una camilla, a una persona que llevaban muerta, toda reventada.

Nos instalamos en la plazoleta, ya había mucha gente, todos asustados, con algunas frazadas en las manos y los chiquillos lloraban sin comprender aún lo que pasaba. Empezó a hacer frío, la mayoría estábamos con lo puesto. Los sacerdotes estaban con la gente efectuando misas y rezando para darle tranquilidad. Así pasamos tres días en ese lugar, nos alojamos en una carpa verde, hacíamos unas filas interminables para recibir el desayuno y así era para todos los alimentos. Nos dieron algo de ropa para abrigarnos y se hacían reuniones para organizar a la gente. El pueblo estaba todo destruido, las pocas casas que quedaban en pie fueron echadas abajo para evitar derrumbes. Los hombres hacían ese trabajo, mientras las mujeres trataban de sacar algo de ropa o alimentos de los escombros.

Sin energía eléctrica, ni agua potable, sin un peso para comprar nada. Invade la pena y el dolor. La impotencia y la desesperanza hizo presa de muchos, quienes intentaron tirarse a las aguas del río. Nos encontramos de la noche a la mañana sin nada. Más grande era el desconuelo cuando caminábamos por las que habían sido hermosas calles, los edificios estaban en el suelo. El río había crecido mucho, todo lo que estaba en la ribera, ahora estaba bajo el agua, industrias, casas, escuelas, diques, puentes, todo. Como el río Calle Calle es fluvial y navegable, toda la movilización era en embarcaciones y naves motorizadas, ahora nada quedaba para movilizarse, no había cómo trasladarse a los pueblos cercanos como: Niebla y Corral que quedan hacia la desemboca-

dura, hubo que esperar que llegaran embarcaciones de apoyo desde Talcahuano. Así comienza la odisea de saber noticias de los familiares. Yo no tenía noticias de mi familia, mis padres y hermanos vivían en Niebla, me desesperaba no saber nada de ellos y cuando llegaba a la Gobernación Marítima para poder viajar, nos decían que debíamos esperar y esperar ya que era muchísima la gente que deseaba saber de sus familiares. Toda la ayuda era insuficiente, éstas se demoraban en ser repartidas y la gente se desesperaba en las filas para recibir algo, se peleaban e insultaban unos a otros. Todo era gratuito, la movilización y el alimento, pero debíamos presentar un carné que entregaron a cada jefe de familia. Debíamos hacer filas para que nos vacunaran a fin de evitar las epidemias, lo que era obligación.

Por fin llegó el día en que pude viajar a Niebla, mientras viajaba por el río, lloraba amargamente al ver cómo habían quedado los pueblos desolados. Cuando me bajé de la lancha, me dijeron que mis familiares estaban vivos, sentí un gran alivio, ellos estaban viviendo en casa de unos compadres, en la parte alta. Cuando vi a mi padre que corría a mi encuentro llorando, nunca se me borrará esa imagen, porque él era un hombre muy fuerte y siempre decía que los hombres no lloran, pero con la dureza que nos había tratado la madre naturaleza nadie estaba libre del dolor. Así me encontré con toda la familia, cada uno tenía su propia experiencia. Mis padres y mis hermanos, andaban todos juntos en la Isla de Manceira, que queda frente a Niebla, salieron en una embarcación a remo con el fin de ir a mariscar a los choritos, que abundaban en ese lugar, cuando comenzó a temblar, dicen que los animales, vacunos y caballos corrían despa- voridos de un lado para otro relinchando asustados. Ellos salieron corriendo de las piedras donde estaban, cuando miran para la playa, vieron que con la fuerza del temblor se agrietó

de tal manera, separándose en grandes zanjones por donde saltaban chorros de agua, cuando trataron de arrancar no podían, así es que tuvieron que volver a subirse a las rocas ya que en la arena se enterraban con el movimiento. Todo eso duró el lapso del terremoto. Cuando por fin se aquietó la tierra, vieron cómo el mar comenzó a recogerse, quedaba al descubierto un gran trecho, dejando ver el fondo marino y luego volvía a llenarse calmadamente, el mar hizo tres veces lo mismo, luego se enfurecieron las olas, el mar se puso tormentoso. Ellos se subieron al bote para atravesar a su destino, pero la fuerte corriente los arrastró para los lados volcando la embarcación, ellos muy asustados salieron del mar nadando con fuerza y luego siguieron corriendo sin darse cuenta de la magnitud del desastre que estaban viviendo. Una vez en la parte alta, vieron como crecían las olas, arrasando el puerto y las embarcaciones. Tan fuerte era el oleaje que no permitía estabilizarse a los barcos. Al otro lado de Niebla, queda el Puerto de Corral, allí había barcos mercantes de gran tonelaje, fondeados en la bahía. Las grandes olas los sacaron de su sitio, haciéndolos tiras en los roqueros, otros se hundieron. Dicen mis hermanos que el mar los arrastraba, pasando por sobre las casas, donde estaban las poblaciones. Como testimonio de ello quedó un barco llamado «San Carlos», en la salida del Puerto y otro, «El Canelo», en el río Calle Calle, varios kilómetros hacia arriba. Este barco fue la salvación para el pueblo de Niebla ya que con la autorización de la Armada, tuvieron que abrir sus bodegas, donde había un precioso cargamento de leche condensada y harina cruda, la que repartieron a la gente para hacer pan que servía como uno de los pocos alimentos que aplacaba el hambre, la leche se cocía y se hacía manjar, mientras llegaban las donaciones. Este barco con el tiempo fue dinamitado, ya que entorpecía la navegación en el río pero aún queda parte visible de él, recuerdo vivo de

aquella terrible tragedia que nunca podremos olvidar ya que desaparecieron muchísimas personas. Nunca se supo de una cifra exacta de los muertos.

Pero esto no terminó allí, después de varios días de desolación, empezó a correrse la voz de que el Lago Riñihue, estaba sufriendo transformaciones, la alarma general no se hizo esperar y la gente empezó a desesperarse ya que el agua se juntaba en el lago amenazando con desbordarse, arrastrando al pueblo completo que ya se encontraba bajo su nivel. Con palas y escasa maquinaria, los hombres y gente del ejército empezaron a trabajar para que el agua corriera y no se produjera el desborde temido, la lluvia y el viento hacían cada vez más difícil la tarea. Hubo muchos derrumbes y dos hombres que trabajaron allí, murieron aplastados, pero gracias a Dios todo resultó bien, logrando volver el curso del río.

Se inició la reconstrucción, el Gobierno dictó la Ley de Estado de Sitio para poner orden, mandaron a todas las ramas de la Fuerzas Armadas. Se abrieron las casas de turismo y hoteles para cobijar a la gran cantidad de gente damnificada.

Después de 38 años de ocurrido este desastre, los recuerdos me vienen a la mente como si los hubiese vivido ayer, sin quererlo se me llenan los ojos de lágrimas, al visualizar en mi mente, tanto sufrimiento y dolor encarnado en los niños, mujeres y hombres que vivimos ese terremoto.

Índice



Índice

Presentación		5
Categoría «A»		
Historias Campesinas		7
Primeros Premios		
EL PROFESOR RURAL	Camilo Henriquez González	9
PANTEONERO	Oscar Olavarría Sanhueza	13
LA PAMPA DE LAS PERDICES	Senén Durán Gutiérrez	16
Menciones Honrosas		
LOS WENUAH	Juan Levio Chicahual	22
EL MESTIZO JUANITO	Juan Catalán Portales	23
UN SECRETO EN EL LUCERO	Magaly del Carmen Hernández	26
RÉQUIEM	Voltaire Catalán Jiménez	32
EN LA VIEJA NAHUELBUTA	José Merino Valdebenito	37
PERRO MUERTO RESUCITADO	Eduardo Román Rodríguez	41
EL HUEVO DE GALLO	Manuel Báez Yáñez	46
ESTE AÑO SÍ	Jorge Flores Clerfeuille	49
TENGO UNA PENA CABALLA	Héctor Valenzuela Zura	52
INGRATA REVANCHA	Leonardo Mosso Zolezzi	56
LA LOMA DEL MILAGRERO	Fernando Rojas Faúndez	59
EL BAILARÍN DE FOLKLORE	Branny Cardoch Zedan	63
Categoría «B»		
Me lo contó mi abuelito		66
Primeros Premios		
LA PAPA, EL GUALATO Y EL HOMBRE	Moisés Unquén Unquén	69
MATILDA ¿VACA O GALLINA?	Mabel Zapata Retamal	71
EL AVESTRUZ Y EL ZORRO	Elvira Choque Calizaya	73

Menciones Honrosas

EL PASO DE DON ALONSO DE ERCILLA	José Gallardo Almonacid	75
POR LA ISLA PULUQUI	Loreto Peña Pittet	76
LA VERDADERA HISTORIA DEL CHINGUE	Tamara Vega Benítez	78
LAS NIÑITAS HACENDOSAS	Jonathan Toledo Ponce	79
LA MUJER QUE SE CONVERTÍA EN OVEJA	Fernando Vicentelo Araya	81
LOS ZORZALES	Claudia Vicencio Vicencio	84
EL NENE FALSO	Jorge Monroy Gómez	85
EL DUENDE DE ORO	Camila Muñoz Parada	86
JUACO EL BALLENERO	Claudia Guzmán Gómez	87
EL REY PILÓN	Carolina Catín Cheuquemán	89
EL CAMPESINO		

Categoría «C»

Con ojos de mujer		91
-------------------	--	----

Primeros Premios

EL VIAJE	Elisa Castillo Ávalos	94
EL RINCON DEL VIENTO	Aurora Vásquez Zapata	97
SEMILLA ANCESTRAL	Jéssica González Mahan	102

Menciones Honrosas

LAS TRES CRUCES	Mireya Carrasco Jara	106
¿VIDA O MUERTE?	Ana Gárate Godoy	110
CICLOS	Vivianne Slaughter Zamorano	113
EL ANGELITO	Jeanette Mena Morales	116
LA PIRQUINERA	Hilda Olivares Michea	118
LA MIRADA DE TU HIJA	Magdalena Radrigán Navarro	122
LA GALLINA BLANCA	Josefina Picón Ruiz	124
ETERNA VIEJITA UBE	Náyareth Montecinos Rosales	126
FOTOGRAFÍA EN SEPIA	Amelia Salinas Arévalo	129
EL GRAN DESASTRE	Olivia Águila Ruiz	134